



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Facultad de Comunicaciones y Filología



Zuluaga / Quiroz

IncurSIONES metodológicas

Ensayos de historia intelectual

Ensayos de historia intelectual IncurSIONES metodológicas

Diego Alejandro Zuluaga Quintero
Luis Fernando Quiroz Jiménez
Editores académicos



HISTORIA Y PENSAMIENTO

El Fondo Editorial de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia es una iniciativa académica creada con el propósito de cualificar y divulgar las producciones investigativas y creativas de sus estudiantes, profesores, egresados y personal administrativo. Desde una pedagogía del consenso, promueve el diálogo en torno a la diversidad cultural, la apropiación social del conocimiento y la consolidación de redes de investigación regionales, nacionales e internacionales. Las obras publicadas en cada colección han sido avaladas por pares de reconocida trayectoria académica.



ISBN
978-
958-
5157
47-7



El Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana, GELCIL, fundado en 2005, está adscrito al área de Lingüística y Literatura de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia, y tiene como misión “abrir un horizonte interpretativo e investigativo en el campo de la historia intelectual latinoamericana, la recepción de las ciencias sociales y humanas en Colombia y la reivindicación de las culturas indígenas y afrodescendientes colombianas”.

Los autores de *Ensayos de historia intelectual. IncurSIONES metodológicas* proponen una revisión de las metodologías con las que se aborda esta vertiente historiográfica, a partir de sus propias experiencias de investigación. Así, cada uno de los siete capítulos adquiere gran interés no solo por sus alcances académicos, sino también por el valor testimonial de los casos que se exponen aquí. Los primeros tres capítulos plantean una reflexión sobre la dinámica social de la producción intelectual desde tres nociones sociológicas, respectivamente: *sociabilidades*, *rituales de interacción* y *afinidades electivas*. Los demás capítulos se enfocan en la historicidad de la producción de las ideas, en un examen al ejercicio biográfico a partir de las vivencias de los autores en los procesos de indagación y estudio sobre tres personajes: Rafael Gutiérrez Girardot, Baldomero Sanín Cano y Manuel Antonio Balcázar. En síntesis, esta obra nos propone que examinemos nuestro modo de aproximarnos a las fuentes, a los personajes y a la escritura histórica, frente a la cual los capítulos mismos constituyen una sugestiva invitación.

Ensayos de historia intelectual
IncurSIONES metodológicas



HISTORIA Y PENSAMIENTO

Ensayos de historia intelectual
IncurSIONES metodológicas

Diego Alejandro Zuluaga Quintero
Luis Fernando Quiroz Jiménez
Editores Académicos



HISTORIA Y PENSAMIENTO

© Colección Historia y pensamiento

© Diego Alejandro Zuluaga Quintero, Luis Fernando Quiroz Jiménez, Juliana Vasco Acosta, Sandra Jaramillo Restrepo, Juan Guillermo Gómez García, Gildardo Castaño Duque, Rafael Rubiano Muñoz, Andrés Alejandro Londoño Tamayo

© FOCO Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones y Filología, Universidad de Antioquia

ISBN: 978-958-5157-47-7

ISBNe: 978-958-5157-48-4

Dirección editorial: Andrés Vergara Aguirre

Comité editorial: Juan Fernando Taborda Sánchez, Alba Shirley Tamayo Arango,

Mauricio Naranjo Restrepo, Andrés Vergara Aguirre

Asistente editorial: Laura Daniela Arboleda Ramos

Auxiliar de edición: Nathalia Andrea Parra Cardona

Diseño, portada y diagramación: Juan Esteban Ávalo Valencia

Primera edición: marzo de 2021

Impresión y terminación: Publicaciones VID, Cl 78 # 52D-93, cotizaciones@fovid.org.co, Itagüí, Colombia, marzo de 2021, 300 ejemplares

Impreso y hecho en Colombia. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio o con cualquier propósito sin la autorización escrita del Fondo Editorial de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia, foco@udea.edu.co (574) 2195926

Las imágenes incluidas en esta obra se reproducen con fines educativos y académicos, de conformidad con lo dispuesto en los artículos 31-43 del capítulo III de la Ley 23 de 1982 sobre derechos de autor.

El contenido, las opiniones y el estilo de cada capítulo corresponden al derecho de expresión de los autores y no comprometen el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor de las fuentes citadas.

LC B1051
199/.861-DDC

Ensayos de historia intelectual. Incursiones metodológicas / Diego Alejandro Zuluaga Quintero y Luis Fernando Quiroz Jiménez, editores académicos. -- 1. edición. -- Medellín: Fondo Editorial FOCO. Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia; 2021.

161 páginas.

ISBN: 978-958-5157-47-7

ISBNe: 978-958-5157-48-4

1. Colombia - Vida intelectual. 2. Intelectuales - Colombia - Historia. 3. Pensamiento colombiano. 4. Gutiérrez Girardot, Rafael, 1928-2005. 5. Zuleta, Estanislao, 1935-1990. 6. Arrubla Yepes, Mario, 1936-2020. 7. Sanín Cano, Baldomero, 1861-1957. 8. Balcázar, Manuel Antonio. I. Zuluaga Quintero, Diego Alejandro, editor académico. II. Quiroz Jiménez, Luis Fernando, editor académico. III. Título.



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Facultad de Comunicaciones y Filología

Tabla de contenidos

- ⁷ Hacia la construcción del objeto de estudio
Diego Alejandro Zuluaga Quintero
Luis Fernando Quiroz Jiménez
- ¹⁵ La sociabilidad en la conformación de la institución de la literatura en Colombia a finales del siglo XIX
Juliana Vasco Acosta
- ³¹ Las cartas en la historia intelectual. Las redes epistolares de Rafael Gutiérrez Girardot
Diego Alejandro Zuluaga Quintero
- ⁵¹ Revistas y afinidades electivas como herramientas para estudiar la vida intelectual. Los casos de Mario Arrubla, Estanislao Zuleta y sus círculos de sociabilidad
Sandra Jaramillo Restrepo
- ⁷³ ¿Qué es una biografía intelectual? A propósito del caso de Rafael Gutiérrez Girardot
Juan Guillermo Gómez García
- ¹⁰¹ La invención de un pasado para Baldomero Sanín Cano
Gildardo Castaño Duque
- ¹²¹ Autobiografía de un viaje intelectual con Baldomero Sanín Cano
Rafael Rubiano Muñoz
- ¹³⁹ Una aproximación al valor del expediente criminal para la historia intelectual en Antioquia. Manuel Antonio Balcázar y el delito de imprenta
Andrés Alejandro Londoño Tamayo
- ¹⁵⁹ Índice analítico
- ¹⁶⁰ Índice onomástico

Hacia la construcción del objeto de estudio

Diego Alejandro Zuluaga Quintero

Luis Fernando Quiroz Jiménez

A lo largo de los últimos quince años, las instituciones académicas de América Latina han venido acuñando el término de historia intelectual.¹ En principio, se podría pensar que ella es el estudio de las ciencias, los pensadores o el conocimiento, pero la cuestión es mucho más compleja si se tiene en cuenta que estos temas han sido clásicos de la historia de las ideas. Mejor dicho: así no tendría sentido el uso de un nuevo término. Y es cierto que todavía no se ha llegado a un consenso acerca de su definición y de su objeto de estudio, que no hay claridad, sobre todo, para el público general. Entonces, ¿qué sentido tiene hablar de historia intelectual? Examinemos más a fondo esta cuestión.

La historia intelectual no se puede desligar de la ciencia, los pensadores y el conocimiento; en consecuencia, tampoco se puede desligar de la tradicional historia de las ideas. Más bien, supera a esta mediante diversos desarrollos metodológicos, ofreciendo miradas diferenciadas sobre el objeto de estudio: ya no solo las ideas en sí mismas, sino ellas en relación con sus productores o reproductores, dejando lejos la concepción de grandeza o heroicidad del pasado que se investiga. Dicho de otra forma: a medida que las ideas se asumen como consecuencia de interacciones sociales, no de genios aislados, esta historia trata de los intelectuales, en sus distintas acepciones, y de las instituciones que los posibilitan y que median entre ellos y la sociedad. Para ejemplificar esto, bastaría con pensar en *La Nación*, periódico impreso en Buenos Aires, o en *Hispania*, revista impresa en Londres, instituciones que proyectaron

¹ La institucionalización de la historia intelectual cuenta con un punto de inflexión en los dos tomos de *Historia de los Intelectuales en América Latina*, publicados entre 2008 y 2010. Siguió un aumento generalizado de la bibliografía, de las revistas académicas que hacen dossieres y números monográficos y de los programas universitarios: el seminario de la Universidad Autónoma Metropolitana de México-Unidad Cuajimalpa, el seminario de la Universidad de Colima y el Colegio de México, el semillero de la Universidad de Antioquia o la nueva maestría de la Universidad de Quilmes. A la par, se han realizado cuatro congresos de historia intelectual de América Latina, el primero de ellos en Medellín en 2012, algunas de cuyas ponencias fueron editadas en 2014 en *Utopías móviles. Nuevos caminos para la historia intelectual de América Latina*; una quinta versión tendrá lugar en Montevideo a finales de 2021, siempre que esta pandemia o alguna otra no obligue a nuevos cambios.

a nuevos públicos internacionales los escritos de Baldomero Sanín Cano.

A la producción intelectual hay que darle un significado relacionado con un contexto exterior e inmediato, con condiciones prácticas y materiales, aunque dicha producción, ya se entrevé, también suele ser consecuencia de una red intelectual transnacional. Así se rompe con el supuesto sentido universal, unívoco o puro de las ideas: se asume que al ser divulgadas y apropiadas en diferentes medios e instituciones, ellas adquieren variadas significaciones. Más precisamente, una de las principales preocupaciones de la historia intelectual es la circulación de las ideas, en tanto ellas son, como ha dicho Juan Marichal, entes migratorios. Los principios universales, los grandes sistemas, por sí mismos no dicen mucho: tan solo expresan realidades abstractas, nominales y superficiales, al decir de Elías Palti. Por el contrario, vistas caso a caso, discusión a discusión, las ideas expresan una realidad más cercana a los grupos sociales particulares o a las colectividades que las han recibido, modificado y puesto de nuevo en circulación. No es lo mismo hablar de marxismo en *Les Temps Modernes*, la revista francesa de Jean-Paul Sartre, que en *Estrategia*, la revista colombiana de Estanislao Zuleta y Mario Arrubla.

Se podría decir que la historia intelectual, más que un saber especializado, es uno humanístico que exige el conocimiento de otras ciencias sociales y humanas, como los estudios literarios, las biografías, la sociología de la cultura y de la ciencia o aun la filosofía, pues ellas señalan otros caminos para estudiar la circulación y la resignificación de las más diversas ideas. La unidad de este saber humanístico quizás radique en la relación estrecha con las fuentes de investigación. Según la audacia de quienes investigan, epistolarios, fotografías, glosas en los libros, hojas sueltas, revistas o incluso expedientes criminales ofrecen innumerables posibilidades para comparar casos, extender interpretaciones, confrontar testimonios y suplir carencias de información; precisamente porque las fuentes tienen un uso común: documentar el pensamiento, provenga de donde provenga, sean artesanos, científicos, editores,

literatos, estadistas; más aún, muestran las huellas de encuentros y desencuentros físicos y espirituales.

A pesar de la amplitud de los temas de los que trata la historia intelectual, a pesar de la variedad de las tradiciones académicas de las que ella se nutre, lo anterior no quiere decir que haya una libertad absoluta de investigación. Hay principios metodológicos que delimitan y orientan el enfoque. Para cada caso, es necesario saber construir el objeto de estudio en sus especificidades sociohistóricas, en sus posibilidades documentales y en sus exigencias conceptuales, pues “la teoría se va formando o reformando con el trabajo empírico, en una relación recíproca de control, que evite tanto la especulación conceptual posible como la reducción exclusiva a lo empírico”, conforme advirtiera Rafael Gutiérrez Girardot. Este es el quid de la metodología, la reflexión que, en la práctica, nos permite la construcción del objeto de estudio, es decir, la reflexión que nos permite el estudio mismo del objeto, todo lo cual caracteriza las incursiones que nos proponemos hacer en este libro.

En principio, *Ensayos de historia intelectual. IncurSIONES metodológicas* nace de un balance metodológico del Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana —GELCIL—, cuyos miembros, de distintas procedencias disciplinares y universitarias, reuníamos ya un considerable número de investigaciones recién culminadas o a punto de culminar. Nos planteamos entonces las siguientes preguntas: ¿cómo se definió la investigación en la historia intelectual?, ¿cómo se delimitó la búsqueda de las fuentes?, ¿cómo se analizó la información? Además, extendimos las preguntas a investigadores cercanos al grupo. Las respuestas implicaron un examen de la propia formación o de los antecedentes que desataron la curiosidad, encauzándonos hacia ciertos conceptos, ciertas tradiciones, ciertos problemas. La base autobiográfica, más o menos detallada, más o menos discutida, no solo juega con la relación de sujeto y objeto de estudio, muy a la manera del interés cognoscitivo de que hablara Max Weber, sino que dota a los siete capítulos de sustancia ensayística.

La primera parte de este libro enfoca el carácter social de la producción intelectual mediante tres nociones sociológicas: sociabilidades, rituales de interacción y afinidades electivas, respectivamente los capítulos de Juliana Vasco Acosta, Diego Zuluaga Quintero y Sandra Jaramillo Restrepo. Las sociabilidades permiten entender la institucionalización de la literatura y la división del trabajo intelectual en la Colombia de finales del siglo XIX, procesos relacionados con los antecedentes de formación de los editores, los escritores y los críticos literarios; los rituales de interacción tratan del grado de vinculación afectiva entre intelectuales y la consiguiente consagración a proyectos comunes, los cuales constituyen atajos, obstáculos o filtros para la circulación internacional de las ideas, como ocurrió con los dosieres, libros colectivos o eventos académicos que Rafael Gutiérrez Girardot organizó desde Alemania mediante redes epistolares y durante más de media centuria. Por su parte, las afinidades electivas pueden ser un camino para entender los proyectos culturales que se mantienen al margen de carreras académicas o lucros profesionales, por ejemplo la difusión del marxismo en Colombia mediante la revista *Estrategia*, redactada por Mario Arrubla y Estanislao Zuleta, dos autores que también se caracterizan por la procedencia socioeconómica disímil.

En términos metodológicos, Vasco Acosta propone la prosopografía, es decir, el estudio empírico de las características sociales de los individuos que hacen parte de asociaciones o sociabilidades. Las revistas pueden leerse como sociabilidades, pero el estudio de estas requiere la ampliación de fuentes: ir a diarios, actas, crónicas, diccionarios biográficos y todo lo que ayude a entender la estructura del grupo, las reglas de funcionamiento, la cohesión mediada por la literatura o la política y las trayectorias profesionales de los miembros, entre otros aspectos. Una fuente más para tal propósito son las cartas, en las cuales se enfoca Zuluaga Quintero. El establecimiento de los rituales de interacción apunta a un mayor aprovechamiento de la información contenida en

las cartas, más allá de lo estrictamente verificable al respecto de algún acontecimiento o de algún tercero, y amplía las posibilidades para la confrontación de testimonios y fuentes. La construcción de un archivo epistolar que presente con suficiencia las redes internacionales implicó un desafío colectivo, cuyos azares e insistencias también pormenoriza el autor. En cambio, los impresos periódicos, las memorias y *La infancia legendaria de Ramiro Cruz*, la novela de Arrubla de base autobiográfica, le permiten a Jaramillo Restrepo captar el itinerario de experiencias efímeras, sociabilidades poco instituidas y cambiantes apuestas políticas.

La segunda parte del libro enfoca la historicidad de la producción de las ideas, poniendo al servicio de aproximaciones biográficas los anteriores conceptos y otros más, tales como: progreso indefinido, invención, autobiografía, intelectual transeúnte, cultura jurídica. Se trata de los capítulos de Juan Guillermo Gómez García, Gildardo Castaño Duque, Rafael Rubiano Muñoz y Alejandro Londoño Tamayo. La filosofía de la historia es un presupuesto de cualquier trabajo historiográfico, por lo que antes de plantear la posibilidad de una biografía intelectual de Rafael Gutiérrez Girardot, Gómez García discute cierto legado de la Ilustración, el progreso indefinido de la humanidad, y de las dos guerras mundiales: el nihilismo generalizado, la ahistorización de las ciencias sociales y el regreso trivial de aquel progreso mediante la llamada moda biográfica. Para estudiar los años de formación de Baldomero Sanín Cano, de quien no se conserva ningún archivo personal o familiar, Castaño Duque examina en dos direcciones la invención: la nación, la región y la familia como comunidad imaginada y el archivo como una imagen determinada por los criterios de selección y preservación documental. El acento autobiográfico sirve a estos dos autores para tratar de reconocer los límites entre biógrafo y biografiado, o entre retrato y autorretrato —para cobijar también a los autores de la primera parte—. Rubiano Muñoz, por su parte, complementa esto trazando relaciones entre las biografías de algunos sociólogos europeos y esta-

dounidenses y las autobiografías latinoamericanas. Inspirado en este diálogo de tradiciones, señala cómo su propia formación y el hallazgo accidental de nuevas fuentes primarias reencauzaron su tesis doctoral hacia un Sanín Cano adulto, el intelectual transeúnte cuya sociabilidad resignifica el hecho de viajar, lejos del afán de vivencias o del turismo. La cultura jurídica aglutina muchas discusiones de filosofía, política y ciencias sociales, como el derecho penal, la opinión pública y la libertad de imprenta; con dicha cultura se armó el editor y publicista liberal Manuel Antonio Balcázar para confrontar a las autoridades judiciales, aunque infructuosamente; Londoño Tamayo se adentra en este caso representativo del problema de política, religión y censura en la Antioquia que vio nacer a Sanín Cano.

El horizonte de fuentes abierto en la primera parte se expande todavía más en esta segunda. Mientras que Gómez García ha ampliado un archivo personal de por sí desmesurado, naufragando entre manuscritos, mecanoscritos, cartas, informes diplomáticos, libros, traducciones, grabaciones e incluso un *curriculum vitae*, Castaño Duque y Rubiano Muñoz no cuentan con casi ninguna fuente para biografiar a Sanín Cano. Aquel tiene que recurrir, en distintos archivos regionales, a actas de matrimonio, partidas de bautismo y planos de escuela, e incluso al legado periodístico de los artesanos de mediados del siglo XIX; este acude, con olfato de anticuario, a homenajes a Sanín Cano, a testimonios de dicho autor sobre otros intelectuales y, especialmente, a periódicos, revistas y editoriales argentinas de la primera mitad del XX. Londoño Tamayo —quien nos habla de manera impersonal, aunque advirtiendo entre líneas su relación con las fuentes— consulta testamentos, periódicos, hojas sueltas y pasquines; con todo, para seguir el proceso en contra del editor Balcázar, su clave de bóveda es el expediente criminal, tipo de fuente que se preserva en archivos instituidos y que no refleja la realidad de los hechos, en cuanto instrumento del Poder Judicial, pero que sí cifra de manera extraordinaria la cultura jurídica de jueces, fiscales, jurados, defensores y acusados, entre otros datos.

A pesar de los diferentes escenarios, todos los autores insisten en la duda: las fuentes por sí mismas no garantizan la objetividad de la información que contienen, ni siquiera su propia legibilidad o aun la hipótesis de trabajo, así como los archivos, por definición, no conservan todas las fuentes. Sean privados o estatales, los archivos tienen condiciones siempre distintas, muchas de ellas muy lamentables en nuestro país —abandono institucional, falta de catalogación, escasa digitalización, tecnologías anticuadas como el microfilmado, deterioro de las instalaciones, prohibición de toda fotografía, encargados sin capacitación o precariedad laboral de los capacitados, familias que desechan o intervienen el archivo personal de un difunto, o que niegan o usufructúan la consulta—... Al final, queda claro el riesgo de no dudar: casarse con un archivo, una novela, una carta, una versión o un prejuicio; es la parcialización de la historia, sea por vanidad, pereza o ruindad política.

Nuestro propósito no fue hacer un manual de historia intelectual o un texto de recetas para investigar, ni mucho menos sofisticar ningún esquema de planteamiento del problema, marco teórico, marco conceptual, estado del arte, metodología, pertinencia social, impactos esperados y demás. Aun así, el conjunto esboza el entrecruzamiento y la convergencia de algunos caminos en la historia intelectual, tanto de unos que han conducido a ella como de otros que ella permite explorar. Confiamos en que este relativo carácter pedagógico también resuena entre los jóvenes lectores e investigadores.

Agradecemos a la Facultad de Comunicaciones y Filología, a Andrés Vergara Aguirre y a los demás miembros del Fondo Editorial, quienes con tanto entusiasmo acogieron nuestra propuesta para la primera convocatoria de textos. Agradecemos igualmente a Selnich Vivas Hurtado, quien también confió en nuestra propuesta, impulsándola junto al Fondo Editorial mismo. A todos los autores, por su compromiso y paciencia, incluso en medio de la consabida pandemia.

La sociabilidad en la conformación de la institución de la literatura en Colombia a finales del siglo XIX

Juliana Vasco Acosta¹

¹ Doctora en Historia de la Universidad de los Andes. Miembro del grupo de investigación Historia, Trabajo, Sociedad y Cultura (Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín) y del Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana (Universidad de Antioquia). Coordinadora adjunta del Laboratorio de Fuentes Históricas de la Universidad Nacional de Colombia y coordinadora del Semillero en Historia Intelectual de la Universidad de Antioquia. Esta reflexión parte de la tesis doctoral “Instituciones de la vida literaria y sociedades literarias en Antioquia. Estudio de formas de sociabilidad, 1880-1914”, realizada bajo la dirección del profesor Renán Silva y financiada mediante el crédito condonable de Colciencias para Doctorados Nacionales Francisco José de Caldas. Correo: jvasco@unal.edu.co

Introducción

Entre las corrientes de la historia intelectual y la cultural que más se han desarrollado en los últimos años en Colombia cabe destacar la sociabilidad. Se trata de un instrumento de análisis que cuenta con una fuerte tradición historiográfica en Europa y una más reciente en América Latina. Dicha corriente se refiere a las formas específicas de asociación e interacción de los grupos sociales a partir de proposiciones básicas de la sociología, tal como lo presentó desde los años sesenta Maurice Agulhon.² La sociabilidad constituye un elemento clave, aunque no el único, para acercarse al estudio de la actividad asociativa; de hecho, se complementa con la prosopografía —una especie de biografía colectiva—³ y contribuye tanto al estudio general de las asociaciones como al de la circulación de las ideas, al igual que aporta a la aprehensión de distintos planos socioculturales.

Observado desde la sociabilidad, el campo literario o la institución de la literatura —sistema compuesto por un corpus de obras, unos agentes literarios, unas instancias de producción y difusión y unos dispositivos de legitimación—⁴ presenta la literatura como un hecho social en la medida en que la relaciona con las condiciones y los actores sociales que la hacen posible. De esta forma, nuestro instrumento central de análisis contribuye a la comprensión crítica de la literatura porque historiza una experiencia especí-

² Maurice Agulhon, *Pénitents et franc-maçons de l’Ancienne Provence* (París: Fayard, 1967); *El círculo burgués: la sociabilidad en Francia, 1810-1848* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2009).

³ Para una presentación extensa de la prosopografía como herramienta para la investigación histórica, véase: François-Xavier Guerra, “Lugares, formas y ritmos de la política moderna”, *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 284 (1989): 2-18.

⁴ Jacques Dubois, *La institución de la literatura*, trad. Juan Zapata (Medellín: Universidad de Antioquia, 2014).

fica: los escenarios de actuación de los hombres de letras, su experiencia intelectual, su vida política y material, sus ideas, sus medios, sus comportamientos, sus discursos, sus lenguajes, sus símbolos y sus prácticas. Así, se puede decir que la sociabilidad se encuentra en el cruce de varios elementos de análisis y problemas históricos que no competen directamente al ámbito de la actividad asociativa; sin embargo, aporta a la definición, delimitación metodológica e interpretación de estos. Tal es el caso de la transición de una sociabilidad tradicional a una moderna en la institución de la literatura colombiana, fomentada por organismos oficiales entre finales del siglo XVIII y principios del XX y caracterizada por tres etapas: la tertulia, la sociedad literaria y los cafés.⁵

⁵ Esta reflexión parte del comentario crítico que sobre esta investigación realizó la profesora Paula Andrea Marín.

En las páginas siguientes presento una reflexión metodológica ligada al estudio de un problema en particular: la profesionalización de la vida literaria y de los escritores en Colombia a finales del siglo XIX. Me refiero al estudio de un hecho social en un momento aún no muy avanzado de un largo proceso, el cual ha tenido etapas, ritmos diferenciados —marchas de poco avance, retrocesos, parálisis, aceleración— y desarrollos originales, todo lo cual en buena medida continúa vigente. Aquí me propongo mostrar cómo la sociabilidad aportó al análisis de algunas sociedades literarias, de sus miembros y de sus implicaciones para la producción, difusión y recepción de la literatura, así como para la conformación de la institución colombiana de la literatura en dicho momento. Para mostrarlo, en primer lugar realizaré una aproximación conceptual a la noción de sociabilidad; en segundo lugar, me detendré en los tipos de fuentes utilizadas, en la forma de lectura que sobre estas impone el enfoque de las sociabilidades y en el modo como las fuentes circunscriben las posibilidades de la investigación. Así, me interesa resaltar las ventajas, aportes y posibilidades de uso de la sociabilidad para la historia intelectual y la cultural.

La sociabilidad, un vasto campo de investigación para la historia intelectual y la cultural

Quiero comenzar afirmando que si bien la sociabilidad puede ser considerada un tema, un campo de investigación, una noción o un enfoque en cuanto forma de lectura de un problema, no es propiamente una metodología, pues no todas las sociabilidades se analizan de la misma manera, ni con el mismo tipo de fuentes documentales. Es más bien una herramienta de análisis e interpretación para la historia intelectual y la cultural.

La noción de sociabilidad surgió a mediados de los años sesenta a partir del diálogo entre la historia y la sociología, las cuales a su vez fueron receptoras críticas de las formulaciones de la filosofía y de la psicología, disciplinas que antes, pero con otras perspectivas, habían aplicado y apropiado la sociabilidad como objeto de estudio. De esta manera, se estableció su definición en un doble sentido: densidad de la existencia constituida en asociaciones y, así mismo, aptitud que lleva a la creación de instituciones o lugares de asociación y al gusto de gozar de ellas, lo que puede ser apreciado de manera diferencial en el espacio y en el tiempo.⁶ Esta nueva definición apareció cuando la historia comenzó a recuperar objetos de estudio como la vida cotidiana, el folclor, la fiesta, la cultura popular y la revuelta, en un momento en que dicha disciplina estaba absorbida por los análisis de tipo económico y político. Así, los estudios se encaminaron hacia nuevos enfoques alejados de las formas tradicionales y dogmáticas del quehacer histórico.⁷

Es en esta nueva dinámica donde se inserta la obra de Agulhon, quien en un primer momento esbozó un marco interpretativo a partir de la sociabilidad como objeto de estudio y de saber renovado para la historia política. Dicho marco se inició con un desplazamiento crítico del uso acostumbrado de este término, el cual había sido comprendido, durante el siglo XIX, en relación con el ideal ilustrado de la civilización. Agulhon sacó provecho del mencionado desplazamiento,

⁶ Lewis A. Coser, *Hombres de ideas: el punto de vista de un sociólogo*, trad. Iyonne A. de la Peña (México: Fondo de Cultura Económica, 1968), 33-37.

⁷ Coser, *Hombres de ideas*, 37.

buscando revelar con ello vínculos entre las formas asociativas y las relaciones entre los individuos y los lugares de encuentro, la difusión e incorporación de ideas, las prácticas y comportamientos que motivaron la creación de nuevos valores y actividades de cohesión de grupo. Estamos, entonces, ante una nueva y prometedora forma de leer los fenómenos sociales, políticos y culturales.

La noción de sociabilidad comenzó a comprenderse de manera distinta, pues constituía una forma específica de interacción social, susceptible de ser caracterizada y descrita a partir del estudio de las relaciones entre los miembros de una asociación. Como objeto de estudio remitía a prácticas sociales relacionadas con grupos de individuos y con los vínculos generados entre sus asociados. Por esta razón, propició una mayor comprensión de procesos de acción colectiva y facilitó el análisis de la vida asociativa mediante la descripción de vínculos formales o informales, voluntarios o involuntarios entre los individuos —es decir, el estudio de las formas de sociabilidad y la prosopografía— en relación con los espacios públicos.⁸

⁸ Estas referencias, a modo de definición, las hemos aprehendido del trabajo de Agulhon, *El círculo burgués...*, y de Roger Chartier, “Lo privado y lo público: construcción histórica de una dicotomía”, *Co-herencia* 4 (7) (2007): 65-81.

Aunque sociabilidad y asociacionismo no son sinónimos, es necesario enfatizar que mantienen un estrecho vínculo. Agulhon nos permite apreciar esta aproximación al definir parcialmente a la primera de ellas como “la aptitud que lleva a los sujetos a agruparse de manera voluntaria en asociaciones”.⁹ No obstante, recordemos que la sociabilidad constituye un elemento clave, aunque no el único, para acercarse al estudio de la actividad asociativa.

⁹ Agulhon, *El círculo burgués*, 58.

Con todo lo que prometen los cambios en la noción de sociabilidad, motivados por ese deslizamiento generalizado de su uso en múltiples perspectivas, no solo sociológicas sino también historiográficas y etnográficas, se hace necesario redoblar la vigilancia sobre sentidos que pueden ser trivialidades debido al mal uso o al desgaste de la fuerza de la descripción. El hecho llama la atención porque confirma la banalización a la que se ha sometido el término en cuanto categoría histórica y analítica. Pienso en Pilar Gonzá-

lez Bernaldo, quien a propósito de los debates y los encuentros que en 1980 se venían dando en la Casa Velázquez en Madrid alrededor de los estudios sobre sociabilidad, manifestó que desde el mismo momento en que fue introducido el término en la historiografía latinoamericana, fue usado con múltiples sentidos, lo que ha dificultado su definición.¹⁰

En Colombia podemos recordar, a modo de ejemplo de trivialización, el estudio publicado por el Instituto Caro y Cuervo: *Uricoechea y sus socios* (1998), de Günther Schütz. En dicho estudio el autor confunde la noción de sociabilidad con el estudio de la actividad asociativa. También lo sucedido con una convocatoria realizada en el 2016 por la revista *Historia Caribe* de la Universidad del Atlántico, que dedicó su número 28 a un monográfico sobre “Sociabilidad en Colombia y América Latina”, específicamente sobre la “Sociabilidad y cultura política”. En su editorial, la revista comentó que muchos de los investigadores nacionales y extranjeros “creían que referirse a cualquier hecho o conjunto de hechos de acción colectiva, era un estudio acerca de la sociabilidad de una época”.¹¹

Los estudios sobre la actividad asociativa en Colombia en los siglos XIX y XX surgieron entre finales de 1980 y mediados de 1990, en parte inspirados por el trabajo ya comentado de Agulhon, y por lo producido por François-Xavier Guerra, quien con sus estudios puso de presente en la historiografía latinoamericana la importancia de entender los alcances de la vida asociativa.¹² En el ámbito colombiano, las investigaciones sobre el asociacionismo no han sido abundantes, y mucho menos si se les compara, por ejemplo, con lo que simultáneamente comenzó a realizarse en Argentina, en Brasil o en México, país en el que incluso estos estudios surgieron antes que en Colombia.¹³ Pese a que en otros países de la región pueden encontrarse mayores avances en dicho campo de estudio, todos comparten junto con Colombia el reconocimiento, aunque tardío, de la obra pionera de Agulhon, al igual que la de otros investigadores: Edward Palmer Thompson o François Furet.¹⁴

¹⁰ Pilar González Bernaldo, *Conceptualizar lo que se ve: François-Xavier Guerra, historiador* (México: Instituto Mora, 2004), 420.

¹¹ “Editorial”, *Historia Caribe* 28 (2016): I-II.

¹² De acuerdo con Óscar Guarín, para François-Xavier Guerra la noción de sociabilidad está relacionada necesariamente con la de modernidad: “de allí su diferenciación con las sociabilidades tradicionales, o del Antiguo Régimen, como él las denomina. Desde esta perspectiva, el concepto de sociabilidad no explica solamente las formas de asociación y de establecimiento de vínculos de los grupos sociales, como lo viera Agulhon, sino que para Guerra es el mecanismo para explicar la transformación de la política en la segunda mitad del siglo XVIII y el tránsito a una sociedad moderna en el XIX”. Óscar Guarín, “La sociabilidad política: un juego de luces y sombras”, *Memoria y sociedad* 14 (29) (2010): 25-36.

¹³ Entre los estudios más representativos sobre las prácticas asociativas dentro de la historiografía de estos países, véanse: 1. Caso argentino: Pilar González Bernaldo, *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001); María Victoria López, “Instituciones, asociaciones y formaciones de ‘alta cultura’ en el giro del siglo Cordobés: entre universalismo y especialización”, en *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, eds. Ana Clarisa Agüero y Diego García (Córdoba: Ediciones al margen, 2010), 29-49; Hilda Sabato; Alberto Rodolfo Lettieri, *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, Votos y voces* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003). 2. Caso brasilero: Márcia Abreu y Nelson Schapochnik, *Cultura letrada no Brasil: objetos e práticas* (São Paulo: Fapesp, 2005); Giselle Martins Venâncio, “Presentes de papel: cultura escrita e sociabilidade na correspondência de Oliveira Vianna”, *Estudos Históricos* 28 (2001): 23-47; Ângela de Castro Gomes, *Estado, corporativismo y acción social en Brasil, Argentina y Uruguay* (Buenos Aires: Editorial Biblos, 1992). 3. El caso mexicano bien puede inaugurarse con François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas* (México: Fondo de Cultura Económica, Mapfre, 1993); Carlos Forment, *Democracy in Latin America 1760-1900, civic selfhood and public life in Mexico and Peru* (Chicago: University of Chicago Press, 2003).

¹⁴ González Bernaldo, *Conceptualizar lo que se ve*, 420-421.

Reflexiones metodológicas

La idea de trabajar desde la sociabilidad surgió cuando indagaba sobre la profesionalización de los escritores en Colombia. Para abordar esta cuestión comencé con la lectura de publicaciones seriadas nacionales que circularon entre la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, al tiempo que leía las obras y memorias de algunos de los escritores nacionales que habían conseguido algún tipo de reconocimiento. La idea era reconstruir los escenarios específicos de actuación y la trayectoria literaria de algunos escritores: Tomás Carrasquilla, José María Vargas Vila, José María Vergara y Vergara, Eugenio Díaz, Carlos Arturo Torres, José Asunción Silva y Baldomero Sanín Cano, a partir de la información allegada, sobre todo a través de la lectura de *La Miscelánea* (1886-1914), *La Bohemia alegre* (1895-1897), *El Repertorio* (1896-1897), *El Montañés* (1897-1899), *Lectura y Arte* (1903-1906), *Alpha* (1906-1912), *Repertorio Colombiano* (1889), *Revista Gris* (1892-1895), *Revista Contemporánea* (1904-1905), *El Oleaje* (1895-1898), *Trofeos* (1906-1908), *Iris* (1910-1912), *La mujer* (1878-1881), entre otras publicaciones.

Encontré que las publicaciones periódicas en general visibilizaban un conjunto de prácticas en torno a la literatura —formación de públicos, presentación de escritores a la vida literaria, escritura a cuatro manos, venta de libros y revistas, entre otras—, al mismo tiempo que las clasificaban y legitimaban. En cierto sentido, dieron comienzo a la construcción de un canon, partiendo de ciertos relatos, autores y actividades del mundo de las letras. Este tipo de publicaciones se caracterizó por la presencia de poesías, cuadros de costumbres, traducciones —sobre todo del francés y del inglés—, crónicas de viaje, eventos sociales, retratos, pequeñas reseñas críticas de las obras que llegaban a través del canje —también de autores nacionales y extranjeros, y de libros próximos a circular— y, finalmente, notas editoriales que casi siempre versaban sobre el panorama nacional.

Pese al importante y variado material encontrado en las revistas literarias y culturales, reconstruir los escenarios de los escritores y sus trayectorias implicaba, para mí, dificultades que iban más allá de la selección de los escritores que estudiar y de las respectivas fuentes documentales. La primera de esas dificultades tenía que ver con las características que definían al escritor en esa época: ¿quiénes podían ser escritores y por qué?, ¿en qué consistía una carrera literaria?, ¿en qué se basaba el reconocimiento de un escritor?, ¿era posible pensar que quizás en la misma denominación de escritor se fijaba el reconocimiento? El esfuerzo por tratar de dar respuesta a estas preguntas me condujo a nuevos cuestionamientos relacionados propiamente con el objeto de profesionalización: ¿qué relación existe entre el reconocimiento y la profesionalización de un escritor?, ¿qué debía entenderse por profesionalización?, ¿debía, acaso, como lo sugiere Robert Darnton, eludir “el anacronismo que habita en el interior de la idea moderna de que un escritor es alguien que vive de la escritura”?¹⁵ Estas preguntas acompañaron la realización de toda la investigación.

En virtud de la información hallada en las revistas, pude constatar que la vida social y política de ese periodo se caracterizó por una vida asociativa rica y por la presencia significativa de la prensa periódica independiente. Componentes que contribuyeron, como lo demostraron François-Xavier Guerra (1992) e Hilda Sabato (2008) para el ámbito hispanoamericano, en la formación de una esfera pública donde las asociaciones se convirtieron en instancias efectivas de autoorganización, atendieron problemas concretos de la esfera privada e intervinieron en la misma esfera pública.¹⁶

A partir de esa premisa pensé que para entender la profesionalización de los escritores en Colombia sería más provechoso estudiar a aquellos que estuvieron inmersos en un proceso colectivo, es decir, en el marco del funcionamiento de una tertulia o sociedad literaria. Con ese ánimo, tomé un camino que consistió en la selección de los posibles grupos estructurados o

¹⁵ Robert Darnton, “La revolución literaria de 1789”, en *El coloquio de los lectores. Ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores* (México: Fondo de Cultura Económica, 2003), 168.

¹⁶ Hilda Sabato, “Nuevos espacios de formación y actuación intelectual: prensa, asociaciones, esfera pública (1850-1999)”, en *Historia de los intelectuales en América Latina*, tomo 1, ed. Carlos Altamirano (Buenos Aires: Katz, 2008), 387-411.

¹⁷ Dubois, *La institución...*

asociados de escritores de finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, cuya trayectoria conjunta de emergencia, reconocimiento y consagración esperaba estudiar. La intención era seguir en parte los estudios sobre el estatuto social de la literatura y su institucionalización que, para el siglo XIX francés, adelantó Jacques Dubois (1979).¹⁷ La elección de los grupos literarios obedeció a un criterio que puede ser inusitado, pero relevante para quien se ha formado en historia y ha hecho trabajo de archivo: estudiar las sociedades literarias cuyas memorias, actas o reglamentos me fuera posible hallar.

Las fuentes indefectiblemente se encuentran fragmentadas y dispersas por los archivos y bibliotecas del país. Tuve que saltar de revista en revista, y de allí a las memorias de escritores, historias de ciudad, críticas literarias, correspondencias, diccionarios biográficos, fotografías y antologías para hacerme a la idea de quiénes posiblemente habían hecho parte de esas asociaciones y tratar de avizorar cuáles eran sus motivaciones, exhumar sus actividades e inferir qué entendían por literatura. Así, sobre la base de pequeños fragmentos y con la imaginación sociológica a la que convoca Charles Wright Mills, comencé a reconstruir el ambiente intelectual de la época y los escenarios históricos en los que tuvieron lugar las agrupaciones literarias.

A propósito de las fuentes documentales para esta investigación, me permito una digresión para recordar una conferencia dictada por Rafael Gutiérrez Girardot en 1987, la cual puede encontrarse en *Temas y problemas de una Historia social de la literatura hispanoamericana*.¹⁸ En dicha conferencia Gutiérrez Girardot presentó un programa de historia social de la literatura donde convocaba a los estudios literarios a la consideración sociológica de la literatura, afirmando por principio la necesidad histórica y política de renovar esta disciplina, consideración que en gran parte sigue pendiente. Dentro del programa, llamaba la atención sobre la importancia de analizar las fuentes disponibles para esa tarea —entre ellas las historias de la literatura realizadas en el siglo XIX— y de

¹⁸ Rafael Gutiérrez Girardot, “Conferencia del II-XI-87”, en *Temas y problemas de una Historia social de la literatura hispanoamericana* (Bogotá: Cave Canem, 1989), 13-33.

caracterizar las obras o letras nacionales. Al evaluar el panorama nacional en lo que se refiere a las fuentes disponibles, Gutiérrez Girardot encontró una serie de dificultades que calificó como teóricas, prácticas e institucionales. Con la primera se refería al traspaso, sin criterio, de los postulados teóricos de la historia social a la historia social de la literatura. Con la segunda, a la falta de estudios comparados entre las sociedades europeas y las latinoamericanas, de modo que sobre la base de un conocimiento historiográfico se pudiese establecer cómo apropiarse de un modelo de análisis para nuestra literatura. Con la tercera, a la escasez de archivos y bibliotecas que conservaran los documentos necesarios para describir la vida literaria. Es posible que persistan las dificultades en los tres órdenes, aunque con toda certeza lo será menos en el teórico y más en el práctico. Mi experiencia me indica, en cuanto al orden institucional, que más que escasez de documentos de archivos, se trata de su mala conservación.

Retomando, indiquemos que en términos básicos esta investigación partió de la reconstrucción, aún limitada, de la vida y funciones de cuatro sociedades literarias ubicadas en Antioquia: *El Liceo Antioqueño* (1881-¿1888?), *El Casino Literario* (1887-¿1891?), *La Bohemia Alegre* (1895-1897) y *La Tertulia Literaria* (1891-¿1899?). La selección no significa que otras sociedades literarias del país no estuvieran en el trabajo como referentes de comparación, entre ellas *Tertulia El Mosaico* (1858-1872), *Sociedad Científica Literaria del Colegio del Rosario* (1882), *Santo Tomás de Aquino* (1890-1895) y *Sociedad Literaria el Oleaje* (1895-1898).

Estaba, pues, ante el estudio de un fenómeno asociativo cuyo principal punto de cohesión era lo literario.¹⁹ Al estar familiarizada con algunos estudios en el país y en América Latina que habían empleado la noción de sociabilidad con éxito, sobre todo en la línea de historia política, me decanté por su uso para mi investigación.²⁰ Su enfoque me convocaba a tipificar o caracterizar el tipo de sociedades que estudiaba, al tiempo que periodizaba su aparición.

¹⁹ Al respecto, el propio Maurice Agulhon menciona: “la diferencia de funciones nunca es absoluta, la separación nunca es completa, entre el fin oficial de una asociación y la función difusa de sociabilidad”. *El círculo burgués...*, 112.

²⁰ Gilberto Loaiza Cano, *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación. Colombia 1820-1886* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, Centro de Estudios en Historia, 2011); Adrián Alzate, “Asociaciones, prensa y elecciones. Sociabilidades modernas y participación política en el régimen radical colombiano, 1863-1876” (investigación de maestría, Universidad Nacional de Colombia, 2010), 19-24; Malcolm Deas, “Miguel Antonio Caro y amigos: Gramática y poder en Colombia”, en *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas* (Bogotá: Taurus, 2006); Forment, *Democracy in Latin America...*; Martins, “Presentes de papel...”, 23-47.

Un buen referente para la realización de este ejercicio fue el trabajo de François-Xavier Guerra, en especial su pequeño y encomiable texto “Lugares, formas y ritmos de la política moderna” (1988), en el cual Guerra presenta el aporte de la sociabilidad y de la prosopografía a la renovación y desarrollo de la historia política y a la redefinición de los actores sociales reales. La exposición deja entrever la sociabilidad no solo en las dimensiones de noción y de enfoque, sino también de programa para abordar el análisis sistemático de las asociaciones y sus respectivas formas de sociabilidad, al tiempo que presenta la prosopografía a modo de complemento —estudio de las propiedades sociales de los sujetos que componen una agrupación—, procedimiento último al que calificó propiamente de metodología.²¹

El estudio de las formas de sociabilidad implica el conocimiento de la estructura del grupo, sus reglas de funcionamiento, los vínculos específicos existentes entre sus miembros y su relación con el contexto social. Por lo tanto, diseñe un esquema (véase la tabla 1) para la caracterización individualizada de cada una de las cuatro sociedades literarias indicadas.

²¹ “Antes que nada, por lo tanto, ‘contar, nombrar, fechar, citar’; es decir, primero el estudio prosopográfico de los revolucionarios; después el de sus lugares y sus formas de sociabilidad; luego el del funcionamiento de estos grupos y el de su lenguaje, y al final, la elaboración de un modelo conceptual de interpretación”.

Para la sociabilidad y la prosopografía leída como una propuesta metodológica, véase: Guerra, “Lugares, formas y...”, 9.

Tabla 1. Patrón de caracterización para sociedades literarias

Nombre de la sociedad literaria:	
Documentos que se conservan (escritura pública, actas, reglamento, anuarios, etc.):	
Fecha de fundación:	
Lugar(es)/ día(s)/ hora(s) de encuentro:	
Frecuencia:	
N.º de socios:	
Nombre de los socios:	
Forma de ingreso a la sociedad:	
Funcionarios:	
Órgano(s) de difusión:	
Insignia o rituales de iniciación:	
Motivación inicial:	
Reglamento:	
Proyectos y actividades:	

Lecturas realizadas:	
Biblioteca (textos):	
Temas en debate y disertaciones:	
Razones para la disolución de la sociedad:	
Reconocimiento público de la sociedad:	
Tesoro de la sociedad:	
Mención(es) frente al tema político:	
Mención(es) frente al tema religioso:	

Una vez discriminada la información a través de las categorías que propone examinar la sociabilidad, contrastadas unas sociedades literarias con otras y analizadas sus formas de sociabilidad, pude determinar que las sociedades literarias representaron un modelo general de agrupaciones de la vida colectiva. Su especificidad residió en actividades de trabajo y diversión en torno a la literatura, en condiciones de igualdad social y de libre exposición de ideas. En primer lugar, se trató de unas sociedades conformadas por aficionados que con el paso del tiempo se fueron especializando en los quehaceres literarios y contribuyeron a los debates literarios, a la formación de la crítica literaria, al desarrollo particular de un gusto, al adelanto de publicaciones periódicas, a la multiplicación de traducciones y a la formación de escritores, editores y libreros, entre otras actividades. En esta medida, las asociaciones literarias pueden ser consideradas escenarios de la vida intelectual, pues permiten una aproximación a las prácticas y representaciones desde las cuales se desarrolló una cultura intelectual.²²

Por completo que pudiese parecer el panorama sobre la caracterización de las sociedades literarias, continuaba siendo acotado. Con la sospecha de que solo es posible reconocer y reconstruir el vínculo que cohesionaba a los miembros de un grupo si se conoce quiénes lo integran, y con la idea de poner de presente a los actores sociales reales que habían contribuido al desarrollo del ejercicio de la literatura para la sociedad colombiana a fines del siglo XIX, decidí

²² Expresión de Lewis A. Coser, *Hombres de ideas...*

²³ Alain Viala, *Naissance de l'écrivain. Sociologie de la littérature à l'âge classique* (París: Les Éditions de Minuit, 1985).

²⁴ Guerra, "Lugares, formas y ritmos...", 9.

²⁵ Un ejemplo de esfuerzo de operación prosopográfica puede verse en el caso del policía francés Joseph d'Hémery, que vigilaba a los escritores parisinos del siglo XVII y que fue estudiado por Robert Darn-ton: "Un inspector de policía organiza su archivo: la anatomía de la república de las letras", en *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa* (México: Fondo de Cultura Económica, 2011), 148-186.

(26)

²⁶ El oficio de escritor para el momento al que me refiero no se consideraba aún como un campo social diferenciado de otras labores u oficios. Véase: Lewis A. Coser, "La profesión de las letras en la Inglaterra del siglo XVIII", en *Hombres de ideas...*, 51-63.

embarcarme en un segundo camino de investigación: la prosopografía. Así como lo había hecho Alain Viala con el estudio de las sociedades literarias y académicas en la Francia del siglo XVII, quise considerar "la situación social de los escritores".²³ Es decir: centrar la atención en los esquemas culturales fundamentales, incorporados en los modelos de pensamiento manifiestos en los hábitos del escritor, en sus competencias, actitudes y estrategias que intervienen en la creación literaria y que pueden ser leídos a través de su trayectoria individual, para luego reparar en los procesos históricos enmarcados en instituciones de la vida literaria: las asociaciones, las revistas, la crítica literaria, el público lector, la censura y la escuela. Estas fueron las instituciones cuyo reconocimiento, promoción y autoridad legitimaron y consagraron a los escritores en Colombia a fines del siglo XIX. Dicho de otra forma, con las palabras de François-Xavier Guerra, quería "contar, nombrar, fechar, citar",²⁴ indagar por el seudónimo, edad, profesión u oficio, partido político, viajes, estado civil, publicaciones, estudios, lecturas y demás variables de la vida de los escritores, llevando a cabo una especie de biografía colectiva en la que registraba datos cuantificables.²⁵

Debo decir que si bien la operación prosopográfica no resultó infructuosa —todo lo contrario—, continué desconociendo en su gran mayoría las trayectorias de muchos hombres que habían sido registrados como escritores dentro de las asociaciones estudiadas. En la Colombia del siglo XIX, para ser considerado escritor se debía poseer una posición social distinguida en términos materiales y simbólicos: publicar y obtener reconocimiento estético, incluso político, a través de esa labor; estar en relación con otros interesados en la literatura; tener el tiempo para dedicarse al ocio creador, además de un trabajo con el cual auspiciar el oficio de escritor. Aunque en términos generales fueron estas las condiciones de posibilidad para ser considerado escritor en esa sociedad, no en todos los casos resultó así; por ello recurrí a una noción ampliada de esa categoría, entendiendo por escritor a todos aquellos designados así en textos y documentos.²⁶

La operación conjunta a partir de la sociabilidad y la prosopografía me permitieron comprender, en primera instancia, el carácter colectivo y social que caracterizó el desarrollo de las prácticas asociativas y, así mismo, definir las formas de la sociabilidad que se desprendieron de su asociación. Lo que presento a modo de hallazgo es cómo una actividad asociativa en torno a la literatura resultó en la emergencia y organización de un cuerpo de especialistas (escritor, editor, crítico literario), de unos agentes literarios (impresores, libreros, bibliotecarios, cajistas, correctores), de instancias de producción y difusión (imprentas, librerías, bibliotecas, círculos literarios, revistas), de dispositivos de legitimación y reconocimiento (la crítica literaria, la edición y la prensa especializada, fuera de sociedades literarias, salones de lectura y procesos de formación de público lector), además de un corpus de obras.

Tabla 2. La institución de la vida literaria en Colombia a finales del siglo XIX y principios del siglo XX

Corpus de obras	Agentes literarios	Instancias de producción y difusión	Dispositivos de recepción y legitimación
La literatura como idea	Editores impresores	Sociedades literarias	Sociedades literarias
Textos	Editores libreros	Revistas	La prensa especializada*
	Impresores	Libros	Crítica literaria
	Escritor (llamado también autor)	Periódicos	Público lector
	Traductor	Epistolarios	Censura (Iglesia/Estado/público lector)
	Librero	Bibliotecas	Formación de gusto literario
	Tenedor de libros	Librerías	Institución escolar (alfabetización/formación del gusto)
	Crítico literario profesional*	Imprentas	Familia (formación del gusto)
	Escritor profesional (literato)*	Establecimiento tipográfico	Academia Colombiana de la Lengua (1871)
	Traductor profesional*	Mercado*	Institución Universitaria* (profesionalización de la literatura)
	Bibliotecario*	La prensa especializada*	Premios
	Cajistas (agentes mecánicos)		
	Correctores (agentes mecánicos)		
	Prensistas (agentes mecánicos)		
	Censor		

La tabla 2 muestra una clasificación de las instituciones de la vida literaria que hicieron parte del periodo estudiado. Las categorías de clasificación se basan en la forma en que Jacques Dubois describe la institución literaria. Las instituciones marcadas con asterisco se refieren a aquellas plenamente constituidas en el siglo xx.

La sociabilidad como forma de lectura de un problema histórico, en lo referente a una práctica asociativa particular —aquella que se da en el marco de un interés cultural por la literatura—, me brindó herramientas con las cuales afirmar que las sociedades literarias estudiadas engendraron los elementos necesarios para la formación de la literatura en esta sociedad y abonaron el camino hacia la profesionalización del escritor, que tuvo lugar a mediados del siglo xx en el país, cuando algunos de ellos consiguieron ganarse la vida escribiendo.²⁷ En este sentido, la sociabilidad ofreció una perspectiva no solo para explicar la organización y el funcionamiento de unos grupos, sino para explicar la constitución inicial del campo literario o de la institución de la literatura en Colombia a finales del siglo xix.

A manera de conclusión, quiero recordar que uno de los desafíos actuales de la historia de la literatura y los estudios literarios en Colombia consiste en superar el tradicional enfoque centrado en la figura del escritor y en el estudio de sus obras, en aras de atender al papel de otros actores, instituciones, dispositivos e instancias que, de manera conjunta y mediante su interacción, engendraron elementos necesarios para la formación y desarrollo de las instituciones de la vida literaria en esta sociedad. El desafío consiste en priorizar la atención en lo asociativo mismo, antes que en los efectos de la actividad asociativa, poniendo de presente que los escritores de finales del siglo xix, la publicación de revistas, la formación de la crítica y los debates literarios obedecieron a los escenarios de trabajo conjunto y de intercambio donde emergieron, se legitimaron y alcanzaron reconocimiento.²⁸ Es a esta perspectiva de trabajo en particular a la que contribuye la sociabilidad, como noción y enfoque, y

²⁷ Sobre la profesionalización del escritor en Colombia, véase: Paula Marín Colorado, *Novela, autonomía literaria y profesionalización del escritor en Colombia (1926-1970)* (Medellín: La Carreta Editores, 2017).

(28) ²⁸ Lo anterior está relacionado con uno de los postulados que describe Pierre Bourdieu para la historia de la literatura en el siglo xix, basado en la idea de la existencia de un “creador increado” que se bastaba a sí mismo para crear obra. Este postulado, especialmente tratado desde los estudios literarios colombianos, no es más que un prejuicio con pretensiones de verdad historiográfica. Para la referencia general, véase: Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, trad. de Thomas Kauf (Barcelona: Editorial Anagrama, 1995).

la prosopografía, como programa, para emprender el análisis sistemático de las asociaciones y el estudio de sus formas de sociabilidad.

Las cartas en la historia intelectual.
Las redes epistolares de
Rafael Gutiérrez Girardot

Diego Alejandro Zuluaga Quintero¹

¹ Doctor en Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa (México); coordinador del Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana y de su Semillero en Historia Intelectual; profesor de la Universidad de Antioquia.
Correo: diego.zuluaga@udea.edu.co

Epistolario, rituales de interacción intelectual y campo intelectual

Las cartas de los intelectuales se han constituido como una herramienta fundamental para el estudio y la investigación de la historia intelectual. Son una fuente de información privilegiada para entender la dinámica de la vida cultural y erudita del pasado. Todo lo que hacen los intelectuales —antes de la época del correo electrónico— pasa por los epistolarios. El preámbulo para realizar eventos académicos o para llevar a buen término una publicación se confeciona en el intercambio de correspondencia entre escritores, editores, críticos literarios, directores de revistas o comunidades intelectuales en general. ¿Es factible entonces una investigación de largo alcance teniendo como base y objeto principal de estudio las cartas? Este fue el caso de mi tesis doctoral, intitulada “Intercambio epistolar, sociabilidad e identidad intelectual hispanoamericana. Rafael Gutiérrez Girardot: Alfonso Reyes, Ángel Rama, Eduardo Mallea, R.H. Moreno-Durán” (2019).²

Se trata de una investigación inscrita en el ámbito de la historia intelectual y basada en las más de tres mil cartas escritas y recibidas por el ensayista y crítico literario colombiano Rafael Gutiérrez Girardot a lo largo de sus cincuenta años de vida académica. Los corresponsales de Gutiérrez Girardot se pueden distribuir representativamente en cuatro grupos: 1) América Latina: Alfonso Reyes, Ángel Rama, Carlos

² La tesis se sustentó el 4 de julio del 2019 y se desarrolló bajo la financiación de beca Clasco-Conacyt.

Rama, José Emilio Pacheco, Sergio Pitol, José Luis Romero, Luis Alberto Romero, Miguel Ángel Asturias, Eduardo Mallea, Héctor A. Murena, Luis Alberto Sánchez, Enrique Zuleta Álvarez y Fernando Alegría; 2) Colombia: Juan Gustavo Cobo Borda, Rafael Humberto Moreno-Durán, Germán Arciniegas, Eduardo Caballero Calderón, Óscar Collazos, Gilberto Alzate Avendaño, Otto Morales Benítez, Cayetano Betancur y Pedro Gómez Valderrama; 3) España: los hermanos Goytisolo, Julián Marías, Carme Riera, Miguel Riera, Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales, José Ángel Valente, Emilio Garrigues, Pedro Cerezo Galán y Gonzalo Sobejano, y 4) los catedráticos de cultura o literatura latinoamericana en universidades norteamericanas, entre quienes se cuentan: Klaus Müller-Bergh, Raquel Chang-Rodríguez, Saúl Sosnowski y Jorge Ruffinelli. Además, tuvo importantes corresponsales en Alemania; sin embargo, no he tenido pleno acceso a dicho material.

Para la investigación prioricé a los cuatro corresponsales del título de mi tesis doctoral, a saber: Reyes, Rama, Mallea y Moreno-Durán, con quienes se logra establecer “rituales de interacción de los intelectuales”,³ según la definición del sociólogo norteamericano Randall Collins. Para que la relación de dos o más individuos se pueda definir en los términos establecidos por Collins, es necesario que los personajes en cuestión se orienten a un fin común y, más aún, que la energía emocional presente en su interacción esté orientada a un fin con alguna carga simbólica. La meta puede ser el logro de una idea o una obra, ya sea artística o literaria. Los actores cuentan con capital cultural que pueden introducir en los rituales de interacción o aprovechar para hacer parte de otros. En nuestro caso, la producción intelectual es el resultado de las relaciones epistolares que revelan, además, una afinidad afectiva entre ellos.

Cabe aclarar que, en *Sociología de las filosofías*,⁴ Collins le otorga mayor valor a los ceremoniales de interacción intelectual que se dan en los encuentros personales. Para el autor, los intercambios con este tipo de protocolos no se llevan a cabo mediante el uso de la correspondencia, pues la distancia es un obstáculo

³ Randall Collins, *Cadenas rituales de interacción* (Barcelona: Editorial Anthropos, 2009), 25.

⁴ Randall Collins, *Sociología de las filosofías* (Barcelona: Editorial Hacer, 2005).

para el mantenimiento de “reuniones ceremoniales”.⁵ Sin embargo, luego amplía esto al pensar en una teoría de la interacción intelectual con carácter de liturgia basada en los intercambios epistolares. En 2005 aparece la versión original de *Cadenas rituales de interacción*, libro en el cual el autor elabora una teoría de los rituales de interacción desde la microsociología, pero abriendo un pequeño espacio para retomar lo postulado en el ya mencionado *Sociología de las filosofías*, originalmente de 1998. Si bien el autor todavía asume que los vínculos intelectuales con grados elevados de emoción y energía se encuentran en el contacto personal o en la presencia física del otro, ahora extiende la posibilidad a la “vía epistolar”: la creatividad intelectual se contagia mediante el sonido de la voz o “el contacto de trozos de papel que unos y otros se cruzan”.⁶

⁵ Collins, *Cadenas rituales*, 26.

⁶ Collins, 259.

La tarea de Rafael Gutiérrez Girardot como crítico literario y *mediador cultural* resaltada en el presente trabajo fue posible gracias a sus vínculos intelectuales cohesionados, constantes y perdurables. Gracias a las redes que construyó, sus amigos se pueden ubicar en diferentes países del mundo. En este caso podemos decir con Mariana Ozuna Castañeda que “escribir cartas materializa las relaciones, al mismo tiempo que des-aleja a los individuos, y pone a la escritura como garante de la relación misma”.⁷ Dichos vínculos se sostuvieron por medio de las cartas y gracias a la concurrencia en los congresos que el crítico colombiano organizaba o a los que era invitado. Muchas veces el encuentro cara a cara era el punto de partida del intercambio epistolar, pues en tales espacios de sociabilidad se descubrían las afinidades intelectuales —aquí hay un acercamiento a la noción de sociabilidad como herramienta de análisis para entender los valores culturales y la afinidad de las ideas a partir de la “inmersión” de los intelectuales en “procesos colectivos”, lo cual hace Juliana Vasco Acosta en el capítulo anterior del presente volumen—.

⁷ Mariana Ozuna Castañeda, “Epistolaridad del ensayo, ensayismo de la epistola”, en *El ensayo en Diálogo*, tomo 1, coord. Liliana Weinberg (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2017), 273.

Ahora bien, los proyectos intelectuales desarrollados a través de la correspondencia presentan unos resultados y procesos complejos que trascien-

⁸ Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* (Barcelona: Anagrama, 1995), 520.

⁹ Bourdieu, *Las reglas del arte*, 321-322.

den la afinidad, la fraternidad o la armonía de las interacciones epistolares. Dichos resultados están vinculados con los procesos de recepción y circulación de las ideas en los diferentes medios sociales. En este sentido, también son referentes los aportes metodológicos de Pierre Bourdieu para el estudio científico de las obras —sean académicas, literarias o de otro ámbito—. En su libro *Las reglas del arte*, el autor francés establece unos principios básicos para comprender la producción intelectual.⁸ Según él, existe un campo literario que puede estar dominado, dependiendo del contexto histórico-social, por el campo del poder, y personificado por agentes e instituciones con el capital suficiente para ocupar la “posición de dominio”.⁹ La tensión y la lucha entre los campos del poder y el literario se expresan en la posibilidad de que el segundo se diferencie de otros o adquiera autonomía relativa. Dicha autonomía, que es viable en la sociedad moderna, se expresa en la búsqueda de valores exclusivamente estéticos y en el desinterés por los económicos. Lo anterior se da como un ideal porque también ocurre una profesionalización de las actividades intelectuales, impulsada por la necesidad de sobrevivencia económica, la cual puede entrar en conflicto con los valores estéticos. En vista de que trataré de obras de literatos, historiadores, sociólogos, politólogos, etc., hablaré del campo intelectual.

¿Cómo, entonces, se puede explicar que la producción de conocimiento exprese los valores de uno u otro campo?, ¿cómo entender que una obra enuncie la autonomía del campo intelectual o, por el contrario, la subordinación al poder?

Para entenderlo, Bourdieu expresa que existen dos formas de legitimar los valores literarios: la jerarquización interna y la externa de la producción intelectual. La primera se refiere a la posibilidad que tiene el campo literario de construir y legitimar unos valores estéticos independientes del campo del poder: esto sería la expresión de la autonomía literaria,¹⁰ mientras que la segunda apunta a la incidencia del campo del poder en la definición de los valores literarios y,

¹⁰ Bourdieu, 322-330.

más importante, en la probabilidad de contar con un público lector amplio, una clientela que garantice la rentabilidad económica. En tal caso no hay autonomía intelectual —es decir, no hay jerarquización interna— porque los artistas no se guían por su propio criterio. Así, pues, las normas y valores propios del campo del poder se establecen por el dominio sobre los artistas, escritores y científicos que, en consecuencia, tienen que actuar según las exigencias del medio. De este modo, la jerarquización externa, promovida por el campo del poder y por el económico, define el “criterio del triunfo temporal calibrado en función de un índice comercial”.¹¹ La jerarquización interna favorece que solo sean reconocidos por sus pares académicos.

¹¹ Bourdieu, 322.

Para Bourdieu, la autonomía literaria no existe por sí misma, sino que se construye históricamente en la lucha y tensión con la hegemonía. Un escritor puede ser legitimado por la instancia literaria en contra de los criterios de legitimación del campo del poder, sin embargo, tal escritor requiere de la existencia de un capital simbólico representado por la venia institucional que se expresa en contra de los poderes temporales. El grado de autonomía de los productores culturales se mide por la capacidad de desacreditar o ignorar dicho campo del poder.

Lo anterior no quiere decir que la definición de lo estético y lo literario no implique tensiones al interior del campo intelectual. Es usual que unos escritores reconozcan a otros como tales, además de sí mismos, a la vez que nieguen el título a otros tantos. Tampoco sorprende que muchos intenten imponer los límites del campo intelectual al que quieren pertenecer, lo cual implica que se rechace la entrada a quienes no coinciden en criterio. El ejemplo que nos ofrece Bourdieu es el de los escritores de la literatura pura o los defensores del “arte por el arte” que niegan el título a los que promueven el “arte burgués”.¹²

¹² Bourdieu, 331.

Bourdieu llega a una comprensión de la literatura en términos extrapoéticos, es decir, tiene más en cuenta los elementos sociológicos, políticos e históricos en los que se pueden entender los procesos de definición literaria. A partir de su propuesta podemos

descifrar, por ejemplo, por qué Gutiérrez Girardot entiende la obra de uno u otro corresponsal como expresión del canon latinoamericano, cuál es el motivo por el que los escritores de nuestra incumbencia han pasado o no a la historia, e igualmente por qué razón y mediante qué proceso se dan las transformaciones estéticas o intelectuales. Las explicaciones de Bourdieu en torno a las tensiones internas de la vida y el campo intelectual y las externas entre este campo y el del poder se perciben en los epistolarios. Las correspondencias intelectuales muestran los conflictos y luchas culturales en los procesos de legitimación de autores y obras.

Mi tesis analiza las redes intelectuales del ensayista colombiano en tres etapas de su vida académica: estudiante en España en el Colegio Guadalupano (1950-1953); encargado de negocios y luego agregado cultural en la embajada colombiana en Alemania (1956-1967) y profesor en la Universidad de Bonn (1970-1991). La investigación lo presenta como un personaje conocido en el mundo académico colombiano por sus estudios sobre el modernismo, Borges, Antonio Machado, entre otros; además, tuvo un relevante protagonismo como mediador cultural. Lo anterior quiere decir que sus diferentes posiciones le permitieron ser punto de conexión, primero entre la cultura española y la latinoamericana, y luego entre Alemania y el mundo hispánico en general. En otras palabras, Gutiérrez Girardot fue el mediador de una red intelectual transnacional.

Abordemos ahora tres preguntas en estrecha relación con los procedimientos de la investigación: ¿cómo se construye el objeto de la investigación o el archivo objeto de la indagación?, ¿cuál es el procedimiento para hacer un análisis de las fuentes?, y, por último, ¿cuáles son los resultados arrojados por este tipo de investigaciones?

El archivo epistolar: una construcción colectiva

El archivo utilizado en este trabajo procede de la hija del investigado, la doctora Bettina Gutiérrez-

Girardot, quien vendió a la Universidad Nacional de Colombia la parte en lengua alemana de la biblioteca de su padre. En ella se encontraba también parte del archivo personal. Además, muchas de las cartas que recibió Rafael Gutiérrez Girardot y varios originales suyos reposan en la hemeroteca bogotana de esta universidad.

El profesor Juan Guillermo Gómez García, quien fue discípulo del catedrático de la Universidad de Bonn, se interesó en el archivo con el fin de realizar una biografía intelectual y publicar las lecciones magistrales o cursos escritos en alemán —la reflexión metodológica de dicha biografía se adelanta en el capítulo cuarto de este libro—. En su año sabático de 2010, Gómez García se ofreció a colaborar en la organización del archivo de la hemeroteca de la Universidad Nacional de Colombia y fotografió todo el epistolario. Dado que la biografía intelectual era un proyecto adscrito al Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana —GELCIL— de la Universidad de Antioquia, dicho profesor emprendió la búsqueda de las cartas que enviaba Gutiérrez Girardot a diferentes países de América y Europa. A esta tarea titánica nos sumamos la filóloga Ana María Jaramillo y quien escribe estas líneas. Además del interés por la indagación biográfica, la búsqueda de las cartas también estaba motivada por la posibilidad de emprender una investigación que reconstruyera las redes epistolares. El profesor siempre insistió en la riqueza y en las posibilidades de ese material.

La búsqueda del epistolario de Gutiérrez Girardot, coordinada por Gómez García, ha sido ardua, de muchos años, y aún no ha concluido. En la actualidad podemos aventurar, tentativamente, que no se ha encontrado el cuarenta por ciento de las cartas escritas por él. Aun así, la extensión de los epistolarios no permite abarcar la totalidad, al menos no en una sola investigación. Por ello se hizo necesario ser selectivo, para lo cual utilicé los siguientes criterios: 1) la extensión de la correspondencia recibida y conservada, en su mayoría, en la hemeroteca de la Universidad Nacional de Colombia; 2) el acceso a las cartas de ambas

partes, es decir, se incluyeron aquellas enviadas por Gutiérrez Girardot. Por fortuna, los casos seleccionados de esta manera resultaron ser más ricos en posibilidades de investigación para la historia intelectual.

En consecuencia, prioricé la búsqueda de las cartas a los cuatro corresponsales estudiados, porque el material que se hallaba en el archivo personal de Gutiérrez Girardot indicaba un intercambio fluido y productivo, pero también es cierto que toqué muchas puertas, sin menospreciar la posibilidad de encontrar información relevante de otros casos. Así encontré documentación que si bien no es central en esta investigación, sí la complementa. Estos son, por ejemplo, los casos de las cartas al argentino Enrique Zuleta Álvarez y a los colombianos Germán Arciniegas y Juan Gustavo Cobo Borda, con las cuales completé el intercambio en ambas direcciones.

Adelantemos que la ausencia de una parte considerable de la correspondencia indica muchas vetas para trabajos futuros. La que concierne a los intelectuales alemanes es incluso otro camino por recorrer. Sobre este tema, presté atención a la correspondencia con Hugo Friedrich y los editores del diario alemán *Merkur*, Hans Paeschke y Joachim Molas, intelectuales importantes para entender algunos de los problemas planteados. En ambos casos, la traducción fue realizada por el profesor Gómez García. Las cartas a intelectuales españoles han sido mucho más difíciles de conseguir que aquellas enviadas a los latinoamericanos, y en vano buscamos contacto con sus familiares. Muchos de estos archivos continúan extraviados, con excepción del que pertenece al poeta gallego José Ángel Valente, ubicado en la Universidad de Santiago de Compostela y custodiado por la Cátedra José Ángel Valente de Poesía y Estética. Su director, Claudio Rodríguez Fer, se interesó en nuestro proyecto y accedió a entregar las cartas. El análisis para investigaciones futuras se podría tomar en conjunto o por separado; todo dependerá de las cartas que se encuentren.

A continuación, señalo la consecución de las fuentes principales:

Las epístolas que envió el crítico literario colombiano a Alfonso Reyes reposaban en la Capilla Alfonso, de la Ciudad de México. Por medio de la nieta, Alicia Reyes, el profesor Gómez García logró hacerse a dicho material, cuya publicación fue realizada en el libro *Alfonso Reyes y los intelectuales colombianos: diálogo epistolar*.¹³

¹³ Adolfo Caicedo Palacios, ed., *Alfonso Reyes y los intelectuales colombianos: diálogo epistolar* (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2009), 289-364.

En 2013 realicé un viaje infructuoso a Montevideo con el fin de localizar las cartas dirigidas al uruguayo Ángel Rama. Por fortuna, mientras esta investigación iniciaba, la filóloga Ana María Jaramillo también viajó a esta ciudad, y gracias a la amabilidad de Amparo Rama, hija del intelectual, logró fotografiar más de cien cartas de Gutiérrez Girardot.

Por su parte, las cartas enviadas a Mallea fueron obtenidas gracias a la gestión de Gómez García, quien contactó al sobrino, también llamado Eduardo Mallea. Él le abrió las puertas de la Casa Mallea en Buenos Aires y le permitió fotocopiar el material que se encontraba en el archivo personal (véase la ilustración 1).

Solo hallamos cerca de un veinte por ciento de las cartas de Gutiérrez Girardot a Rafael Humberto Moreno-Durán, conservadas en el archivo personal de este en la Universidad de los Andes. La catalogación y digitalización del archivo no había culminado con tales cartas al momento de emprender la investigación.

Las misivas al romanista sueco Nils Hedberg las recibió Gómez García de parte de Anna Svensson, del Instituto Iberoamericano de Gotemburgo en Suecia.

Además, tuve la oportunidad de realizar una pasantía en Buenos Aires en el último trimestre de 2015, y en España en el primer trimestre de 2016. En la primera, busqué las cartas dirigidas a Héctor A. Murena y Enrique Zuleta Álvarez. Sobre el archivo del primero no obtuve ninguna pista, pero conseguí la totalidad de las cartas del archivo del segundo, las cuales fueron cedidas por Ignacio Zuleta, su hijo. No hubiera sido posible encontrarlas sin la colaboración desinteresada de Enrique Foffani, profesor y amigo de la Universidad Nacional de La Plata. Juntos reco-

rrimos las calles de Buenos Aires y tocamos puertas en busca del material.

Por último, las misivas a Juan Gustavo Cobo Borda fueron localizadas por el profesor Gómez García en la Universidad de Princeton. Todas ellas serán referenciadas como parte del archivo personal de Gómez García, quien nos permitió la consulta del mismo.

¹⁴ Con la etnografía de las cartas queremos referir la indagación en la cultura epistolar de los grupos intelectuales, haciendo énfasis en sus usos y condiciones materiales.

Hacia una etnografía de la carta:¹⁴ más allá de la información empírica

La correspondencia cruzada con Gutiérrez Girardot no se conformaba solamente de cartas laborales, informativas, formales o de carácter administrativo. Era necesario que también tuvieran un contenido afectivo, sentimental, cariñoso y a veces incluso hiperbólico, llenas de adjetivos al receptor. Es esta carga emocional la que permite el sostenimiento de las relaciones, ya que los epistolarios bajos en afectos y poco sentimentales no superaron las cinco o seis misivas, y en este caso los interlocutores se entienden como corresponsales colaterales.

Gutiérrez Girardot escribió, como ya se ha dicho, a muchos intelectuales de América Latina y España; muchas veces expresaba la admiración, el respeto y el cariño que sentía por el interlocutor y su obra. Asimismo, recibió muchas cartas en las que le expresaban los mismos sentimientos y lo investían de un aura intelectual. Las relaciones epistolares se sustentaban entonces en la devoción y capacidad de enaltecer el trabajo del otro, lo mismo que en el mutuo respeto. Las nociones de afecto y admiración más comunes eran “maestro”, “genio”, “artista” o “sabio”. Los corresponsales se destacaban mutuamente como inteligencias superiores, entablaban un diálogo en que se reconocían como pares intelectuales, “colegas”, o como maestro y discípulo. Gutiérrez Girardot tenía corresponsales a los que escribía ubicándose a sí mismo en la condición de discípulo; otras veces él representaba el maestro de su interlocutor. Este es un aspecto de la carta que destaca la ya citada Ozuna Castañeda cuando dice que, además de los debates,

las discusiones y la argumentación, el propósito de la escritura es la “vinculación”.¹⁵

La carga afectiva en las epístolas es, de algún modo, un reconocimiento al trabajo y a las trayectorias intelectuales de los personajes involucrados. Es decir, más allá de la afectividad, existen elementos objetivos que subyacen al intercambio. Esta es una dialéctica de relación: las cartas son subjetivas, pero se objetivan para quienes las estudian, pues confirman, refuerzan e incrementan relaciones. A medida que aumenta la subjetividad, mayores son las posibilidades interpretativas. La carga sentimental está en estrecha relación con el grado de legitimidad con que cuenta el destinatario y la posición que ocupa dentro del campo intelectual. Podríamos decir que el lugar privilegiado de un individuo de letras en el campo intelectual está en estrecha relación con el número de cartas elogiosas y afables que recibe. Alfonso Reyes, por ejemplo, recibió cartas afectuosas y admirativas desde diferentes partes del mundo, y el lugar que ocupa en la historia intelectual latinoamericana se puede comprender en parte a través de su correspondencia.¹⁶

La relación entre la formalidad de las cartas y las posiciones intelectuales caracteriza la escritura epistolar en la vida intelectual. Son cartas entre estudiosos, y la reflexión erudita y profunda es fundamental, pero deben tener las características mencionadas, pues lo más significativo es la construcción del vínculo. Lo anterior indica que si el deseo es establecer relaciones intelectuales sólidas, la escritura epistolar se debe ajustar a unas formas específicas que la hagan más efectiva en los procesos de comunicación. En tal sentido, Cécile Dauphin ha dicho con respecto a la carta:

Más allá de las variaciones expresivas, el acto epistolario, que consiste en comunicar por escrito y en ausencia de otro, debe en cada oportunidad ajustar el gesto fáctico y los términos del trato (encuentro o separación), la situación de enunciación y el enunciado, la representación de sí mismo y la relación con el otro.¹⁷

¹⁵ Ozuna Castañeda, “Epistolaridad del ensayo, ensayismo de la epístola”, 278.

¹⁶ Jorge Myers, “El epistolario como conversación humanística: la correspondencia intelectual de Alfonso Reyes y Genaro Estrada (1916-1939)”, *Políticas de la Memoria* 15 (2014): 53-69.

¹⁷ Cécile Dauphin, “La correspondencia como objeto histórico. Un trabajo sobre los límites”, *Políticas de la Memoria* 14 (2013): 9.

Los elementos enunciados son necesarios para construir los procesos de socialización que en este caso implica la correspondencia. Ajustar el “gesto fáctico” también significa incorporar en la escritura una expresividad casi corporal de lo que se quiere enunciar. Aquí se debe resaltar la expresividad que, normalmente, se da en el encuentro cara a cara. El gesto implícito en la carta debe enunciar el tipo de relación que se quiere establecer: las jerarquías, los protocolos y, por supuesto, la posición que ocupa el remitente frente al destinatario. Lo anterior constituye un primer paso en la construcción de las afinidades intelectuales. El lenguaje reverencial, necesario en muchas ocasiones, hace parte de la tradición epistolar occidental que desde la Edad Media (siglo XII) desarrolló unas técnicas retóricas oficiales a partir de unas reglas o manuales presentes en la enseñanza universitaria.¹⁸ Es lo que Mariana Ozuna define como “máscara retórica”, es decir, un estilo en las cartas en concordancia con el propósito “práctico” de la misiva.¹⁹ En la correspondencia de Gutiérrez Girardot no hay necesariamente ese carácter oficial ni se cuenta con manuales de estilo epistolar —más que la lectura de los epistolarios clásicos—, pero se preservan ciertas normas implícitas y, en consecuencia, en algunos casos se puede hablar de determinadas máscaras retóricas en el lenguaje reverencial.

Cuando ha pasado un tiempo considerable o se ha hecho un intercambio frecuente entre los correspondientes, se presentaron casos en los que se solicita autorización para que uno de los dos pueda tomar la iniciativa del tuteo. Este puede ser un “gesto fáctico” que significa una manifestación expresiva de confianza que en el encuentro cara a cara se podría manifestar de otra manera, con gestos o reverencias físicas. El tuteo es una declaración de amistad y un sello de intimidad que indica un compromiso del uno hacia el otro, síntoma de que los correspondientes quieren entrar en confianza y estrechar la simpatía. Cuando hay una declaración de este tipo, los epistolarios son casi siempre extensos —hay muchos temas por tratar, incluso íntimos— y se caracterizan por el hecho de que entre

¹⁸ Véase: Quentin Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno. El renacimiento*, tomo 1 (México: Fondo de Cultura Económica, 2013), 47.

¹⁹ Ozuna Castañeda, “Epistolaridad del ensayo, ensayismo de la epístola”, 275.

una y otra carta no pasa mucho tiempo, porque la relación de amistad dura muchos años.

En el caso del intercambio de Gutiérrez Girardot y Alfonso Reyes, escrito entre 1952 y 1959, los términos de la relación se manifiestan en los encabezados de las cartas. Gutiérrez Girardot define a su corresponsal mexicano como “don Alfonso Reyes”, “maestro” o “admirable maestro”; por su parte, Reyes define a Gutiérrez Girardot como “Estimado y fino amigo” o “joven amigo”. Es una relación donde hay cierta jerarquía, pero el trato cuidadoso garantiza la perdurabilidad de la correspondencia. En las cartas de Rafael Humberto Moreno-Durán con Gutiérrez Girardot, escritas entre 1977 y 2004, hay un aspecto significativo en este sentido: cuando han pasado más de seis años de haber iniciado la correspondencia, Moreno-Durán escribe a su amigo:

aunque creo que después de todos estos años de intensa y productiva amistad nos hemos ganado el derecho a tutearnos, dejo a Ud. (¿o te dejo?) la posibilidad de la primera piedra. En fin, con respeto y admiración mediante, en la próxima carta espero que el pronombre sea más cómodo y atinado con nuestra amistad.²⁰

²⁰ Carta de Rafael Humberto Moreno-Durán a Rafael Gutiérrez Girardot, diciembre de 1984.

Luego de que Gutiérrez Girardot da vía libre al nuevo trato, Moreno-Durán pasa de referirse a su corresponsal de “maestro” o “profesor” a “estimado amigo” o “estimado Rafael”, calificativos atinados para la solidaridad entre eruditos. Estos hechos hacen que Gutiérrez Girardot exprese en algún momento: “Casi estamos como Goethe y Schiller, sin ser lo uno ni lo otro, que se escribieron todos los días aunque vivían a la vuelta de la esquina”.²¹ Otro ejemplo de cercanía intelectual que se manifiesta en los términos del trato se encuentra en una carta escrita por un corresponsal venezolano a Gutiérrez Girardot:

Gracias, ante todo, por iniciar el tuteo entre nosotros, que yo también veía como natural. Los venezolanos tenemos fama de tuteadores —en general, de confianzudos— y yo en particular suelo practicarlos con gente que, como tú, aunque a distancia siento tan cercana en casi todo. Te confieso que desde hace tiempo me veí[a] tentado a hacerlo, pero me frenaba eso que no sé si es un estereotipo, acerca de la solemnidad de los colombianos.²²

²¹ Carta de Rafael Gutiérrez Girardot a Rafael Humberto Moreno-Durán, Bonn, 21 de diciembre de 1980.

²² Carta de Alexis Márquez Rodríguez a Rafael Gutiérrez Girardot, 7 de junio de 1986.

El carácter secreto de la información que Gutiérrez Girardot revela a algunos de sus corresponsales es también un indicador de la cercanía y confianza que tiene con ellos. Hay cartas que tienen información básica: se reducen a pasar datos sobre un evento público o sobre un trabajo para una revista. No son visibles la carga sentimental o las frases admirativas. Estos son los destinatarios posiblemente de menor importancia para Gutiérrez Girardot y cuya correspondencia se desarrolla en un periodo corto.

Las manifestaciones de cercanía en los intercambios epistolares se perciben en la relación que cada autor tiene con la carta en cuanto objeto material. Por lo regular, esa relación se recrea en la respuesta a una misiva poco antes recibida. Así se plasman imágenes que representan no solo la ansiedad de alguien que siempre está esperando comunicación, sino también la alegría de haber recibido una carta largamente esperada, de observar el papel y las cuatro o cinco páginas escritas en una máquina de origen alemán o norteamericano, o mediante pluma de ganso o estilográfica. Elementos que se van convirtiendo en referentes del otro autor.

Ángel Rama, por ejemplo, puede disfrutar el olor del vino español impregnado en el papel de la carta que Gutiérrez Girardot escribió en 1976 y que aún conserva las manchas de unas gotas. En dicho caso, tanto la escritura como la recepción de la carta tienen elementos rituales. Gutiérrez Girardot acompaña su escritura con un buen vino español para que ambos, emisor y receptor, hagan tributo a Dionisio mientras reflexionan intelectualmente. Este tipo de cartas tiene un significado especial, se erige en símbolo de amistad cuando la distancia física perdura.

Malena Chinski y Elizabeth Jelin han pensado la materialidad de la carta manuscrita y aseguran que tal modelo de artefactos tiene “dos caras”: por un lado, “la materialidad dada por el papel y la tinta; por otro lado, todo lo que ella transmite en forma de palabras”. Y más adelante agregan:

en la carta manuscrita el significante se percibe más fuertemente, ya que permanece allí una huella física individualizadora del sujeto que la escribió en el pasado. En efecto, el movimiento de la mano da lugar a un trazo singular y único y permite incluso reconocer el remitente sin haber leído su firma, sobre todo cuando la correspondencia es frecuente. En este sentido podríamos aventurar la hipótesis de que el remitente se adhiere a la carta.²³

²³ Malena Chinski y Elizabeth Jelin, “La carta familiar. Información, sentimientos y vínculos mantenidos en el tiempo y en el espacio”, *Políticas de la Memoria* 15 (2014/15): 48.

Nosotros podemos extender estas características a la carta mecanografiada. Aunque algunas de las que recibe Rafael Gutiérrez Girardot son manuscritas, la mayoría de las que él escribe son hechas a máquina. No obstante, se pueden identificar ciertas huellas indelebles. Por ejemplo, las tachaduras, hechas casi siempre por medio de una equis sostenida sobre la palabra o frase que quiere cambiar, además de las correcciones encima y las posdatas, ambas manuscritas. Además, el tipo de letra de la máquina es siempre el mismo, al igual que el papel utilizado. Características similares se encuentran en las epístolas que recibe Gutiérrez Girardot, muchas de ellas con membrete o rasgos particulares. Estos elementos son fácilmente identificables en los correos asiduos y median la cercanía entre ellos.

Vínculo epistolar, mediación cultural y producción intelectual

La amistad, la fraternidad, la solidaridad y la admiración son, sin lugar a duda, elementos fundamentales en el proceso de construcción de relaciones entre estudiosos y han tenido un particular valor para el caso de la intelectualidad americana. En consecuencia, son esenciales en el desarrollo de las ideas, que no son causa y efecto únicamente del monólogo interior de los intelectuales. Quienes dedican su vida a las letras buscan la posibilidad de tener interlocutores y ellos no solo se encuentran en el espacio público, sino también en el privado a través del diálogo en la distancia. Cuando se decide hacer público lo escrito se espera una respuesta, pero el diálogo no se reduce a este orden: hay un diálogo privado que permite, quizás con mayor intensidad, la vinculación entre pares y, por consiguiente, entre la productivi-

dad intelectual. Las ideas pueden ser consecuencia de las tensiones y disputas en el campo del saber, en palabras de Bourdieu, pero también pueden ser producto de una conversación epistolar fraterna. Esta es la característica principal de los casos que nos congregaron en la presente investigación. Puede haber cartas de desagravio, pendencieras o retadoras, pero una correspondencia duradera es fraterna, amistosa y refuerza vínculos de solidaridad, aunque haya diferencias ideológicas o referentes al conocimiento. Las consecuencias de estos epistolarios en la vida intelectual son una mayor productividad y un despliegue importante de ideas e intercambios simbólicos por diferentes lugares y países.

Es importante aclarar que nos atañe la figura de Gutiérrez Girardot como un erudito que tiene una posición secundaria en la vida intelectual latinoamericana. El sentido espectacular y los grandes reconocimientos los dejamos para los estudios tradicionales sobre personajes de la vida cultural del continente; por ejemplo: Alfonso Reyes, Octavio Paz, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa o Julio Cortázar, entre otros. Hacer grandes reconocimientos no es la tarea primordial de la historia intelectual.

En los últimos años se ha desplazado la atención de los investigadores de las “grandes figuras” a los “personajes secundarios” o no tan visibles —los editores, gestores culturales, traductores, divulgadores y difusores—, sin los cuales no se hubieran llevado a cabo ciertos procesos que han pasado a la historia.²⁴ Rafael Gutiérrez Girardot es un crítico literario cuya actividad dentro de la vida cultural es menos visible para un público general, a diferencia, por ejemplo, de un novelista o un poeta. Pero el epistolario muestra la importancia que tuvo en algunos procesos de producción intelectual continental, lo mismo que su papel en la construcción de ciertas glorias literarias de América Latina o de la imagen ilustrada del continente.²⁵

Gutiérrez Girardot es un actor fundamental en la construcción y dinamización de las grandes ideas (estéticas, políticas o sociales) o de las grandes figuras. En consecuencia, se puede introducir dentro

²⁴ Con el entrecomillado queremos denotar la marginalidad en relación con personajes renombrados de la vida intelectual del continente americano en la segunda mitad del siglo XX, como los literatos ya mencionados y, quizás, Ángel Rama —el crítico literario más cercano al *boom* literario y más reconocido de América Latina en la segunda mitad del siglo XX—. En sentido estricto, Rafael Gutiérrez Girardot no es marginal, pues hace parte de la institucionalidad universitaria alemana, pero frente a los autores mencionados sí pasa a un segundo plano.

²⁵ Gutiérrez Girardot siempre atacó la imagen exótica de América Latina. Para él, lo importante no era tanto la belleza o la riqueza natural del continente, cuanto las tradiciones intelectuales e históricas, por lo que siempre criticó a los intelectuales que consideraban que América Latina era un continente sin historia. Véase: Rafael Gutiérrez Girardot, “Mestizaje y cosmopolitismo: perspectivas de interpretaciones literarias y sociológicas de América Latina”, en *Insistencias* (Santafé de Bogotá: Editorial Ariel, 1998), 239-256.

de esas categorías de figuras secundarias, al crítico literario y, sobre todo, al que desarrolla su actividad siendo consciente de que su eficacia depende de la integración que haga de las actividades ya mencionadas. Podemos decir, además, que trabajó para lo que Randall Collins entiende como “redes de transmisión de las ideas”.²⁶ Ello significa que, según su acervo epistolar, fue un hombre que laboró en todos los frentes de la cultura. Además de haber sido crítico literario, actuó como traductor, divulgador, editor y gestor cultural. De esta manera logró contribuir a crear reconocimientos o reputaciones. En el caso de la indagación en los epistolarios, se percibe el papel que tuvo Gutiérrez Girardot en diferentes proyectos intelectuales. Mencionemos unos cuantos.

²⁶ Collins, *Sociología de las filosofías*, 60.

Él publicó varios trabajos sobre la obra de Alfonso Reyes con la intención de divulgarlo, primero en España y luego en Alemania. Intentó infructuosamente que la obra de Reyes se publicara en *Merkur*, tal cual lo había hecho con Borges, lo que le ganó el calificativo del “descubridor de Borges en Alemania”. Escribió cartas a Nils Hedberg para que los escritores latinoamericanos fungieran de conferencistas en el Instituto Iberoamericano de Gotemburgo. En su papel de agregado cultural y junto con Ernesto Garzón Valdés, organizó en 1962 y 1964 los Coloquios de Literatura Iberoamericana, para los que invitó a escritores colombianos y latinoamericanos como Germán Arciniegas, Eduardo Caballero Calderón, Otto Morales Benítez, Miguel Ángel Asturias, Eduardo Mallea, Héctor A. Murena, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Rosario Castellanos, Octavio Paz, Carrera Andrade y Jaime Torres Bodet. Además, medió para que estos escritores tuvieran contacto con las editoriales alemanas, y veló por la publicación de buenas traducciones.

Gutiérrez Girardot fue un divulgador de la cultura latinoamericana en Alemania no solo cuando trabajó en la embajada, sino también cuando fue titular de hispanística en la Universidad de Bonn e hizo que por el país germano pasaran figuras como Ángel Rama, Marta Traba, José Luis Romero, Rafael Humberto

Sr. Dr.

Eduardo Malla

Londres.

Muy recordado son Eduardo:

me entero ahora de que está Ud. en Londres, y aunque con esta carta no le pago ni inmensa deuda epistolar y de gratitud, me apresuro a escribirle para darle la bienvenida en Europa, que, más que bienvenida, es la esperanza de verlo. Hoy he escrito a Nils Hedberg a Gotemburgo y he dado su dirección. Pero deseo conocer sus planes para organizar aquí, en compañía de Nequi, alguna cosa para que venga. ¡Hay unos vinos, que son vinazos! Quizá pudiéramos combinar un viaje a Bonn y su gira a Escandinavia. Además es urgente que Ud. recuerde su artículo sobre Kassner. Al director de "Merkur" lo veo a comienzos de noviembre, y hace tanto ya que le prometí algo de o sobre usted. Con la esperanza de verlo pronto, reciba, en compañía de su encantadora esposa, un saludo cordial a

Rafael Gutiérrez Girardot

Moreno-Durán y muchos de los corresponsales mencionados al principio. Fue además un asesor importante de Rama en la proyección de la gran colección de Biblioteca Ayacucho, para la que editó los volúmenes de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, también el de *Antecedentes de la historia social latinoamericana*. Fue además el crítico literario elegido por Eduardo Mallea y R.H. Moreno-Durán para escribir sobre sus obras y darles un lugar destacado, para explicar a los lectores por qué eran grandes escritores y merecían ser leídos, el primero en Argentina y el segundo en España y Colombia. Mallea, porque en la década del sesenta estaba perdiendo el reconocimiento que tuvo en los años treinta y cuarenta en su país por ser considerado, por parte de la crítica literaria de izquierda, un escritor burgués. Por su parte, Moreno-Durán, en la década del ochenta, cuando vivía en España, era completamente desconocido en su país, y en la península se estaba abriendo un camino que debía también ser despejado por un crítico como Gutiérrez Girardot.

Ilustración 1. Carta de Rafael Gutiérrez-Girardot a Eduardo Mallea. Boon, 14 de octubre de 1965. Copia obtenida por el profesor Juan Guillermo Gómez en el archivo personal de Mallea, en Buenos Aires.

Revistas y afinidades electivas como
herramientas para estudiar
la vida intelectual.

Los casos de Mario Arrubla,
Estanislao Zuleta y sus círculos de sociabilidad

Sandra Jaramillo Restrepo¹

¹ Doctora en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, integrante del equipo de investigación del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas y coordinadora general del Diccionario Biográfico de las Izquierdas Latinoamericanas (CeDInCI/UNSAM, NuSo, Argentina). Correo: sljarami@gmail.com

Este capítulo está inspirado en la tesis doctoral “Itinerarios intelectuales en las tramas de la nueva izquierda colombiana (1957-1978). Mario Arrubla Yepes y Estanislao Zuleta Velásquez, dos marxistas heterodoxos”, cuya fase de finalización fue financiada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina —Conicet—.

Construyendo un objeto

Estudiar la cultura de izquierdas de los años sesenta y setenta colombianos me ha llevado a toparme una y otra vez con dos figuras intelectuales, nombradas frecuentemente en forma de dúo: Estanislao Zuleta Velásquez (1935-1990) y Mario Arrubla Yepes (1936). Estos dos hombres, nacidos en Medellín, tuvieron una trayectoria común desde sus tiempos de formación juvenil hasta fines de los sesenta del siglo xx. Casi dos décadas en las que se ve no solo la amistad y la colaboración, sino también la configuración de una práctica específica que respondía al modelo de intelectual responsable o del compromiso, “tipificado” entonces por la estelar figura de Sartre.² Zuleta tuvo una breve experiencia en la burocracia estatal durante los inicios del Frente Nacional, en específico en el Ministerio del Trabajo, pero más que todo se desenvolvió como profesor universitario, conferencista y creador de grupos de estudio, principalmente sobre *El capital*. Contribuyó a la recepción del marxismo en Colombia, entendiéndolo como una “crítica radical del presente”,³ e inspirado en Sartre hizo énfasis en el problema de las mediaciones, esto es, en los puentes entre lo abstracto y lo concreto, para lo cual la crítica de arte y el psicoanálisis fueron herramientas centrales. Arrubla se ha destacado como escritor y editor, además de haber sido profesor universitario por un

² José Szabón, “Sartre en la historia intelectual”, *Prismas* 9 (2015): 278-282, <http://www.unq.edu.ar/advf/documentos/5674.1e853e08b.pdf>

³ Michel Foucault, “Freud, Nietzsche, Marx” (1967).

periodo breve durante los años sesenta. Su particular aporte a la recepción del marxismo en el país fue comprender el capitalismo colombiano como una economía dependiente y vinculada intrínsecamente al imperialismo, esto es, a una economía-mundo que opera de forma estructural. Paralelo a ello, ha desarrollado su propia obra literaria.

Ambos tuvieron una breve militancia en el Partido Comunista y fueron instructores de bases campesinas y obreras. A inicios de los años sesenta, sufrieron un proceso de radicalización discursiva que los alejó del comunismo local y soviético; a partir de esto tuvieron una experiencia política afín que se vincula con el surgimiento de la nueva izquierda en el país.⁴ Nos referimos al Partido de la Revolución Socialista, tras cuya disolución se reordenó en la Organización Marxista de Colombia. La mención frecuente y en dúo de Zuleta y Arrubla está apuntalada en dicha experiencia y, sobre todo, en su órgano político ideológico: la revista *Estrategia* (1962-1964), dirigida por ambos. Aunque fue una experiencia que duró poco y cuyos efectos políticos inmediatos no fueron contundentes, si estos se valoran según el número de militantes, los logros electorales o las acciones revolucionarias, entre otros indicadores, su impacto sí tuvo envergadura, principalmente si observamos la política desde una perspectiva más amplia que incluya dinámicas culturales e intelectuales.

Cuando se aborda la práctica de ambos intelectuales desde los estudios sociopolíticos, las razones que se argumentan para no adentrarse demasiado en su examen son la duración y los logros políticos. Pero el tratamiento de su producción ideática tampoco encuentra mayores resonancias en la academia contemporánea, apegada a las lógicas de la especialización disciplinaria, lo que se explica en el hecho de que ambos optaron por un camino autodidacta y se resistieron a una especialización que permitiera inscribir sus itinerarios en términos de carrera. Así mismo, aunque sostuvieron relaciones con las universidades de su tiempo, no es observable un activismo respecto del proyecto universitario como tal.

⁴ Mauricio Archila Neira, “¿Utopía armada? Oposición política y movimientos sociales durante el Frente Nacional”, *Controversia* 168 (1996): 26-53.

De manera que estamos ante una doble descolocación, tanto política como académica, que ha impedido el tratamiento en profundidad de ambos intelectuales. Aun así, hay trabajos que constituyen avances: los escritos de Sierra Mejía, Sánchez Gómez y Jaramillo Vélez, que definen a Arrubla y a Zuleta como intelectuales de izquierda de los años sesenta del siglo xx;⁵ además, existen anticipos con Gómez García, quien trabaja la revista *Estrategia* como antecedente del “libro de izquierda” en Medellín de los años setenta; por su parte, Celis Ospina discute el modelo intelectual propuesto por Zuleta en el campo universitario de la misma década, mientras Valencia Gutiérrez realiza un exhaustivo ensayo filosófico sobre el pensamiento de Zuleta.⁶ Pero lo que prevalece son reflexiones que se ocupan de la labor de Estanislao Zuleta como ‘maestro’ o que atienden a sus intervenciones públicas sobre el tema de la democracia en la década de 1980. Estas reflexiones se apartan de una consideración desde una perspectiva histórica y dejan de lado su vinculación, a mi parecer decisiva, con Arrubla y con la generación de su tiempo.

A la mencionada descolocación hay que agregar que el tratamiento de ambas figuras también encuentra obstáculos desde una visión ‘normativa’,⁷ es decir, una visión que contrasta mediante un patrón específico, por ejemplo el de intelectuales conceptivos que alcanzan obras maduras en el tiempo y ubicadas en un campo medianamente definido. Dichos intelectuales pueden ser tratados a través de su inserción en instituciones, campos de saber, carreras académicas o prácticas prolongadas en el tiempo, las cuales arrojan fuentes y datos estandarizados que sirven de punto de partida para quien investiga, lo cual ejemplifica Gómez García en el siguiente capítulo de este libro al reflexionar sobre la biografía intelectual a partir del caso de Rafael Gutiérrez Girardot, diplomático y luego profesor emérito de la Universidad de Bonn.⁸ Arrubla y Zuleta son un caso difícilmente aprehensible a través de esa visión. Pero más allá de ellos, en la historia intelectual colombiana encontramos diversos ejemplos de proyectos incon-

⁵ Rubén Sierra Mejía, “La filosofía en Colombia”, en *Nueva Historia de Colombia*. Tomo IV, dir. Álvaro Tirado Mejía (Bogotá: Planeta, 1989), 211-220; Gonzalo Sánchez Gómez, “Intelectuales, poder y cultura nacional”, *Análisis Político* 34 (1988): 99-119; Rubén Jaramillo Vélez, “Recepción e incidencias del marxismo en Colombia”, en *Colombia: la modernidad postergada* (Bogotá: Argumentos, 1998), 131-190.

⁶ Juan Guillermo Gómez García, *Cultura intelectual de resistencia. Contribución a la historia del “Libro de izquierda” en Medellín en los años setenta* (Bogotá: Colciencias-UdeA, Desde Abajo, 2005); Juan Carlos Celis Ospina, “Los orígenes de la contestación universitaria en Medellín entre 1957 y 1968”, *Diálogos de Derecho y Política* 1(1) (2009): 45-28. <https://es.scribd.com/document/118433718/Los-origenes-de-la-contestacion-universitaria-en-Medellin-entre-1957-y-1968>; Alberto Valencia Gutiérrez, *En el principio era la ética. Ensayo de interpretación del pensamiento de Estanislao Zuleta* (Bogotá: Siglo del Hombre, UniValle, 2016).

⁷ Una reflexión crítica a la normativización de las prácticas intelectuales puede hallarse en Carlos Altamirano, *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta* (Bogotá: Norma, 2006).

⁸ Para el caso colombiano existen estudios que atienden a grupos intelectuales. Dos ejemplos inspiradores son: Alberto Mayor Mora, *Ética, trabajo y productividad en Antioquia* (Bogotá: Tercer Mundo, 2005) (53) y Jaime Eduardo Jaramillo Jiménez, *Estudiar y hacer sociología en Colombia en los años sesenta* (Bogotá: Universidad Central, 2017). Los dos ofrecen herramientas metodológicas útiles, pero para ambos su referente es una institución: la Escuela de Minas de Antioquia y la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, respectivamente.

clusos, fragmentarios, obturados o de corta duración. Hallamos intelectuales que concretan experiencias efímeras y cuyas huellas son difícilmente observables y comparables, lo que sin duda representa dificultades prácticas en cuanto a consecución y tratamiento de fuentes; de hecho, la construcción del archivo es la dificultad que en el presente libro discuten Castaño Duque y Rubiano Muñoz para estudiar a Baldomero Sanín Cano: el primero aborda el papel de su familia y la infancia en la provincia de Antioquia; el segundo, su liberalismo de izquierda y sus afinidades electivas en Buenos Aires.

Considero que estas dificultades no justifican la ausencia de estudios o la inferencia de que en el caso colombiano estamos ante una vida intelectual menor. Por el contrario, algunos referentes de la historia intelectual y de la sociología de la cultura que priorizan la reconstrucción de las experiencias concretas ofrecen herramientas teórico-metodológicas que me han resultado inspiradoras para estudiar a Arrubla, a Zuleta y a otros intelectuales de su generación.

En primer lugar, estaría la posibilidad de optar por preguntas de investigación que prioricen el devenir de los intelectuales estudiados, los contextos específicos en los que intervinieron y los sucesos que los llevaron a optar por unas u otras decisiones o posiciones. Es decir, preguntas que se concentren en conocer cómo han sido las dinámicas intelectuales, antes que en especular cómo debieron haber sido o, más aún, lamentarse o excusarse porque no hayan sido de una determinada manera. Así que pueden construirse, a partir del estudio de figuras intelectuales colombianas, objetos de investigación no solo válidos sino también de profundo interés para el entendimiento de la historia intelectual latinoamericana. Aunque sea necesario considerar los alcances de dichas figuras, entenderlas en su envergadura, al tiempo que se explican sus límites, puede ser de utilidad para proyectar las intervenciones que le competen a la intelectualidad hoy.

En segundo lugar, resalto la noción de 'itinerario', frente a las de 'trayectoria' o 'carrera', pues me

resulta útil su comprensión del devenir en un sentido más complejo: “camino abierto a un cierto juego de probabilidades, donde en cada corte o en cada nudo histórico se redefinen los chances vitales”.⁹ Las nociones de trayectoria o carrera, en cambio, visibilizan dimensiones más específicas, como la académica o la militante, y, al tiempo, se definen como una serie de posiciones sucesivas y más bien unilaterales que responden a las leyes de un campo estructurado.¹⁰ En otras palabras, estas últimas nociones responden a causalidades simples y son más reactivas a la contingencia, mientras que ‘itinerario’ habilita la observación de una mayor diversidad de parámetros y considera la libertad de los individuos para tomar decisiones, allende la presencia de estructuras que les condicionan.

En tercer lugar, está la consideración de la intelectualidad como una función y una práctica moderna en la que se tensionan el saber específico y las intervenciones en la esfera pública. Estos, saber específico e intervenciones, son efecto de materialidades como la sociabilidad intelectual, y no solo producción de ideas en el sentido abstracto o tradicional de la historia de las ideas. De manera que cobra especial interés reconstruir los “microclimas singulares”¹¹ donde se configuran las ideas, las concepciones del mundo y la producción del conocimiento, así como atender a las prácticas o los artefactos culturales en los que se plasman.

En mi caso, las revistas fueron el observatorio para palpar esos microclimas y estudiar cómo se configuraron los itinerarios intelectuales de Arrubla y Zuleta, casos para adentrarse en la cultura política de los sesenta y setenta. Para ello las revistas no solo fueron tratadas como fuentes documentales, sino también entendidas como huellas de las sociabilidades político-intelectuales que les dieron lugar y que suelen contar con una escasa institucionalización, aunque son complejas. En esta línea fue ilustrativo un trabajo como el de Raymond Williams sobre Bloomsbury, donde plantea que este tipo de grupos marginales o asociaciones informales son más que grupos de amis-

⁹ Horacio Tarcus, dir., *Diccionario Biográfico de la Izquierda Argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda”* (Buenos Aires: Emeccé, 2007), xxvii.

¹⁰ Pierre Bourdieu, *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto* (Buenos Aires: Montessor, 2002).

¹¹ François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual* (Valencia: Universitat de València, 2007), 56.

¹² Raymond Williams, "The Bloomsbury Fraction", en *Problems in Materialism and Culture* (Londres: Verso, 1982).

tad definidos por vínculos afectivos; propone verlos como "formaciones" que contienen un gran potencial para la comprensión de una cultura nacional, en tanto son mediaciones por excelencia.¹²

La autora Beatriz Sarlo también enfatiza el carácter mediador de las revistas, pues le hablan a un público imaginado en función de su propia coyuntura y manejan una temporalidad intermedia entre el periódico y el libro. Ella argumenta, además, que las revistas son fuentes apropiadas para la reconstrucción sociohistórica porque están radicalmente instaladas en su presente. Pero al tiempo son expresión de futuro, pues incluso cuando tienen un carácter efímero o llegan a concretar un solo número, están sustancialmente definidas como expresión de una voluntad que busca proyectarse en el tiempo. Sarlo también advierte que es necesario leer la desaparición de una revista en clave de coyuntura política y no solo del espectro de afectos y conflictos personales que pueden incidir, pues los cambios en una revista pueden entenderse como modificación de las posturas ideológicas o la pretensión de vanguardia que se expone en manifiestos, editoriales o contenidos programáticos de los textos publicados.¹³

¹³ Beatriz Sarlo, "Intelectuales y revistas: razones de una práctica", *América. Cahiers du CRICCAL* 9-10 (1992): 9-16.

Finalmente, resalto la conexión entre revistas y "afinidades electivas" adelantada por Jacqueline Pluet-Despatin cuando indica que aquellas son espacios en los cuales se construyen o se reúnen posiciones ideológicas afines, estilos o identidades político-intelectuales.¹⁴ La noción de 'afinidad electiva' proviene de la alquimia, pero fue usada en la literatura alemana, particularmente en la obra homónima de Goethe. Max Weber fue quien se ocupó de reconocer su potencia y trasladarla a las ciencias sociales, principalmente para establecer puentes entre el capitalismo y el protestantismo.¹⁵ Aunque él no la define, el sociólogo Michael Löwy sí ha hecho su intento al usarla en sus propias investigaciones:

¹⁴ Jacqueline Pluet-Despatin, "Une contribution à l'histoire des intellectuels: les revues", *Les Cahiers de L'HTP* 20 (1999): 125-136.

¹⁵ Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (Madrid: Alianza Editorial, 2004).

La afinidad electiva es el proceso por el cual dos formas culturales, religiosas, intelectuales, políticas o económicas, entran, desde ciertas analogías significativas, parentescos íntimos o afi-

nidades de sentido, en una relación de atracción e influencia recíprocas, elección mutua, convergencia activa y refuerzo mutuo.¹⁶

Opino que el valor de esta categoría para el estudio de la vida intelectual reside en que ayuda a ver los pegamentos por los cuales se crean lealtades profundas y duraderas, incluso más allá del contacto directo entre colectivos, personas o formaciones sociales. Es una noción en la cual el campo afectivo juega un papel, pero también se procesa en términos de postura ideológica que no se realiza solo en el plano de las ideas, sino que se expresa en estilos e identificaciones.

Estas herramientas, en particular la noción de afinidades electivas, me resultaron útiles para visitar las figuras intelectuales de Arrubla y Zuleta; para observar cómo sus itinerarios se cruzaron, cómo la atracción recíproca es observable más allá del momento en el que finalizó su colaboración intelectual directa y de qué manera el tipo de intelectual al que respondieron se fue configurando en un juego de aproximaciones y distanciamientos, de acercamientos y diferenciaciones con otras opciones intelectuales.

En las próximas líneas examinaré cómo se fue operando el cruce entre estos dos intelectuales en sus tiempos de temprana formación y dejaré indicado que su afinidad se hizo electiva, es decir, activa y propositiva en el momento en el que la toma de posición política les condujo a dar curso al proyecto *Estrategia*—lo cual fue un punto de llegada de posicionamientos previos, visibles en la revista *Letras Universitarias* o el periódico *Crisis*, entre otras publicaciones—. El proyecto configuró una sociabilidad en contraste con otras, plasmó un programa y puso en circulación un modelo intelectual que dejaría huella en una facción de la nueva izquierda intelectual colombiana.

Dos itinerarios cruzados

Desde el primer decenio del siglo xx, Medellín dio lugar a un vigoroso comienzo de la industria fabril, apuntalando la industrialización nacional. El flujo poblacional desplazado del campo a la ciudad creció significativamente en las décadas siguientes, de modo

¹⁶ Michael Löwy, “Le concept d’affinité élective chez Max Weber”, *Archives de sciences sociales des religions* 127 (2004): 93-103. Traducción propia. El original reza: “l’affinité élective est le processus par lequel deux formes culturelles — religieuses, intellectuelles, politiques ou économiques — entrent, à partir de certaines analogies significatives, parentés intimes ou affinités de sens, dans un rapport d’attraction et influence réciproques, choix mutuel, convergence active et renforcement mutuel”.

¹⁷ Sandra Patricia Ramírez Patiño y Karim León Vargas, “Cuando Antioquia se volvió Medellín, 1905-1950. Los perfiles de la inmigración pueblerina hacia Medellín”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 38 (2) (2011): 217- 253.

¹⁸ Claudia Avendaño Vásquez, “Desarrollo urbano en Medellín, 1900-1940”, en *Historia de Medellín I*, ed. Jorge Orlando Melo (Medellín: Compañía Suramericana de Seguros, 1996), 349.

¹⁹ Mario Arrubla, *La infancia legendaria de Ramiro Cruz* (Bogotá: La Carreta, 1967), 22.

que la ciudad llegó a configurarse como centro de poder político y cultural del departamento. Se suele indicar que la principal razón para el aumento de ese desplazamiento fue la violencia rural que desde fines de los años treinta aquejaba al país. Sin embargo, estudios más acotados han mostrado que, además de la búsqueda laboral y la violencia, entre las razones para ese éxodo estuvo la aspiración de ascenso social de las élites de provincia, las cuales veían en esa ciudad pujante una opción para la educación de sus hijos.¹⁷ La presión poblacional generó una ampliación urbana y la construcción de nuevos barrios obreros. Al tiempo que se construían viviendas populares, se erigían casas suntuosas que no limitaban recursos para materiales de construcción ni para ornamentos. Por ejemplo, se concretó en la misma década el barrio Prado, contiguo al barrio Los Ángeles y con “tendencias arquitectónicas que copiaban los estilos franceses y norteamericanos de finales del siglo XIX”.¹⁸

Los jóvenes Arrubla y Zuleta habían nacido en esa sociedad en transición que conservaba las huellas de la villa y al tiempo se abría a una complejización de su estructura social y urbanística. En su adultez, Arrubla publicó su novela de base autobiográfica *La infancia legendaria de Ramiro Cruz*, en la que se nos presenta la ciudad como un hilo rojo que conecta con gran riqueza literaria un conjunto de relatos aparentemente independientes. La ciudad sirvió como inspiración para el personaje Malacar, quien tras venir de la montaña logra dominar la ciudad a través de la escritura: “La ciudad que lo había rodeado con sus agitaciones frenéticas replegóse bajo los latigazos de su pluma y el vértigo desapareció como por encanto”.¹⁹ En la novela de Arrubla, la ciudad constituye el escenario de una infancia callejera y desenvuelta, en cuyos barrios obreros los habitantes aún se comportan con los rasgos familiares aprendidos en sus pueblos de origen. No obstante, cuando Ramiro vuelve a su barrio años después de su partida, encuentra que Medellín ya no ofrece la familiaridad de su infancia, sino que se ha convertido en el lugar donde habitan seres desconocidos y desconectados entre sí.

Ellos, Arrubla y Zuleta, provenían de situaciones socioeconómicas disímiles, manifestadas, por ejemplo, en el contrastante entorno urbano que cada una de sus familias habitaba. Por un lado, el primero vivió su infancia y adolescencia en barrios aledaños a la calle Lovaina, en la parte baja de Manrique y en el barrio Antioquia. Zonas originalmente habitadas por familias obreras pero que a partir de los años cuarenta fueron escenario de tensión social, pues las autoridades municipales promovieron hacia ellas el desplazamiento de establecimientos de bohemia y prostitución. Era esta una zona marginal de “tolerancia”, funcional a las costumbres católicas de los antioqueños.²⁰ Por otro lado, Zuleta habitó una amplia casa ubicada en un barrio residencial, Los Ángeles, donde su madre regentaba un taller de costura para confeccionar trajes de novia para las señoritas de la élite local. Se trataba de una práctica de mujer trabajadora poco frecuente en la clase media alta, pero necesaria en su familia a causa del accidente aéreo en que tempranamente falleció su esposo, Estanislao Zuleta Ferrer, quien había sido un exitoso abogado con inclinaciones liberales.

El Liceo de la Universidad de Antioquia fue el primer escenario de confluencia de los dos jóvenes intelectuales. Fundado a inicios del siglo xx, era uno de los tres centros de formación de varones en la capital antioqueña, junto con los colegios San José y San Ignacio —este último regentado por jesuitas—. El hecho de estar asociado a la principal universidad de la ciudad había hecho atractivo el Liceo para familias de muy diversa procedencia, tanto de la propia Medellín como de provincia. Algunos nombres de escritores, eruditos y políticos representativos de esta región montañosa, nacidos en provincia y un poco mayores que Arrubla y Zuleta, están asociados al Liceo. Por ejemplo, el político y abogado Gerardo Molina, el pintor Fernando Botero, el periodista y abogado Alberto Aguirre o el antropólogo de la Escuela Normal Superior Roberto Pineda, quien incluso se refería a ese plantel como uno de “mucha calidad”.²¹ Para estos y otros escritores la sociabilidad

²⁰ Mary Correa Jaramillo y Reinaldo Spitaletta Hoyos, “El conflicto social que una decisión administrativa no planificada puede generar en una comunidad: el caso del Barrio Antioquia de Medellín”, *Reflexión Política* 13 (2011) (2011): 90-99.

²¹ Martha Herrera y Carlos Low, “Roberto Pineda: 40 años de antropología colombiana”, *Revista Colombiana de Educación* 20 (1989), <http://revistas.pedagogica.edu.co/index.php/RCE/article/view/5178>

²² Hernando Villa Garzón y Estanislao Zuleta, “Estanislao Zuleta habla sobre su experiencia personal”, en *Conversaciones con Estanislao*, eds. Luis Carlos Restrepo R. y Alberto Valencia G. (Medellín: Fundación Estanislao Zuleta, Hombre Nuevo Editores, 2010), 97.

²³ Ramiro Montoya, “Adolescencia de un memorioso y crónicas de una generación”, *Al Margen* 23 (2007): 10-18.

(60)

²⁴ Delimiro Moreno, *Testimonio personal de mi militancia en el Partido Comunista* (Sin datos editoriales, 1992).

intelectual medellinense en los cincuenta representaba un escenario vivaz y un primer peldaño para la movilidad social. Pero en el círculo de los jóvenes Arrubla y Zuleta había una percepción contrastante: la capital antioqueña como aldea conservadora. El propio Zuleta dijo en los ochenta que en Medellín tenían “la ventaja que todo lo bueno estaba prohibido: el marxismo, el psicoanálisis, el existencialismo; todo aquello era denominado ateísmo. Este amor por lo prohibido se reflejaba en nuestras visitas a la Librería Dante”.²² Pese a todo, la vida citadina fue también escenario para las sociabilidades de estos jóvenes intelectuales.

El primer encuentro de ambos del que tenemos noticia está asociado a los centros literarios estudiantiles del momento, centros cercanos al Liceo. En ellos había una temprana formación humanística con gran énfasis en la poesía. Uno de los compañeros de este espacio de sociabilidad era el escritor y abogado Ramiro Montoya, quien recuerda en sus memorias que en el Centro Literario Porfirio Barba Jacob, presidido por él, se hacían lecturas de poesía y se organizaban intercambios y concursos de recitación. A uno de ellos llegó el joven Zuleta, quien llamó rápidamente la atención de sus contemporáneos por su “prodigiosa memoria”.²³ Montoya puntualiza que entre los autores regionales que se leían estaban Gregorio Gutiérrez González y Epifanio Mejía, así como otros de renombre nacional: José Asunción Silva, Guillermo Valencia, Rafael Pombo, Porfirio Barba Jacob, León de Greiff, Rafael Maya, Alberto Ángel Montoya y Luis Carlos López. En este sentido, otro de los integrantes de este espacio de encuentro, Delimiro Moreno, líder sindical y periodista autodidacta, recuerda el Centro Literario Marco Fidel Suárez, ubicado en el municipio de Bello. Allí se acogía, bajo su liderazgo, a obreros con intereses culturales.²⁴

Al joven Zuleta se le asociaba con la biblioteca y la discoteca paternas, donde pasó buena parte de las horas de su infancia y juventud y donde convocó posteriormente a sus amigos íntimos. Gracias a la figura de su padre tuvo cercanía con personajes de

la intelectualidad local, entre los que participaban algunos varones, abogados y periodistas de su propia familia: por ejemplo, su tío Juan Zuleta Ferrer estuvo vinculado a la prensa local a través de *El Colombiano*. Estos espacios domésticos ofrecían libros, revistas, discos y otros artefactos culturales; sobre todo, eran “símbolo de un estatus intelectual poco frecuente en las casas de Medellín”, y el joven Zuleta se movía de una forma “natural” en ellos, tal como indica una de las memorias:

Mientras sus amigos no estábamos ni iniciados en la música clásica, [Zuleta] podía distinguir un concierto, hablar sobre su significado, la calidad de la ejecución. En su casa había una colección de discos que él escuchaba con cierto detenimiento y los entendía y los tarareaba, sin que fuera una presencia central, como algo marginal.²⁵

²⁵ Montoya, “Adolescencia de un memorioso y crónicas de una generación”, 13-14.

Desde un enfoque bourdieuano, “capital cultural” y “habitus” son útiles para entender el ascenso social que desde muy temprano tuvo Zuleta entre sus contemporáneos. Según el autor francés, el primer concepto se asocia con las calificaciones intelectuales transmitidas en los medios de socialización temprana (la familia, el medio escolar o el sistema social cercano), también con las aptitudes (la forma de expresarse o de escribir) y con los bienes culturales (ya sean poseídos, bibliotecas familiares o a los que se tiene acceso público, por ejemplo museos). Por su parte, el *habitus* corresponde a las disposiciones duraderas adquiridas por el individuo de forma temprana, las cuales van a condicionar su forma de actuar y de percibir; para el autor francés este es un concepto más dinámico que el de hábito porque da un margen de libertad y creatividad.²⁶ En esta línea podemos ver en diversas anécdotas del joven Zuleta una práctica intelectual aprendida y cultivada en el escenario de su socialización temprana. La biblioteca paterna se complementaba con aquella de la Universidad de Antioquia, visitada frecuentemente por él y Arrubla.

²⁶ Bourdieu, *Campo de poder*.

Sobre Mario Arrubla no hallamos fuentes testimoniales o documentos personales para rastrear su socialización inicial, aunque llama la atención el énfasis que en su novela tiene la práctica lectora juvenil. Ramiro, el personaje principal, es presentado como

un joven que en su medio barrial tiene la excentricidad de ser un lector voraz y sistemático. Esto es en la novela una vía por la cual se autorrepresenta en oposición al “hijo de barrio”:

Los adolescentes que, a través del billar, las novias, el trago y las canciones, llegamos a conformar un grupo de inseparables, éramos propiamente cuatro: Gildardo, Alciades, Pedro Nel y yo. Edades: entre 15 y 17 años. Características comunes: hijos de familia, románticos platónicos y un poco demasiado “sanos” para el barrio.²⁷

²⁷ Arrubla, *La infancia...*, 147.

A través de su relación con la lectura y la escritura, Ramiro incluso concibe una masculinidad que lo separa de otras masculinidades que se exhiben en su entorno barrial. El referente para ello es su maestro de escuela, Pedro López. Este nombre fue precisamente uno de los muchos seudónimos asumidos por el propio Arrubla en su ejercicio de autor:

Mi letra, que por épocas habíase inclinado hacia atrás o hacia adelante, halló por fin reposo en la imitación de los trazos verticales de la escritura de don Pedro López. Y la pregunta que hasta allí me había hecho de cómo iría a ser yo cuando fuera adulto, cuál sería la expresión de mi rostro y la manera de afrontar a los otros, fue resuelta igualmente por don Pedro López. Él me libraba con su ejemplo de la opción entre una virilidad en bruto y una espiritualidad afeminada, y me enseñó a observar una distancia respetuosa en las relaciones personales.²⁸

²⁸ Arrubla, *La infancia...*, 117.

Lectura, escritura y formas alternativas de masculinidad se combinaron para que el personaje se ilusionara con ser “elegido” por la joven amada frente al “hijo del barrio”: “La opción de Dora reduciase a Morantes y a mí: la presencia o la ausencia, la animalidad o la espiritualidad. El hijo del barrio o el elegido. ¿Podía no ser elegido el elegido?”²⁹ Este pasaje y el espíritu de la novela evocan la autobiografía de Sartre, lo cual podemos relacionar con el hecho de que el propio Arrubla escribió una primera traducción en castellano de la parte inicial de *Las palabras*, justo donde el protagonista y escritor se autodefine de manera infantil en términos de “elegido”.³⁰

Así, pese a sus orígenes sociales contrastantes y a su capital cultural de partida también dispar, en el encuentro inicial entre Arrubla y Zuleta observamos

²⁹ Arrubla, *La infancia...*, 82. Cursivas nuestras.

³⁰ Esta obra había aparecido originalmente en *Les Temps Modernes* 209, octubre de 1963, y la revista *Estrategia* la publicó en Bogotá en noviembre de 1963. La sostenida valoración de Arrubla a Sartre y a esta traducción que él considera “cuidadosa”, se evidencia en que la revista *Al Margen* 15-16, 2015, dedicó un sesudo dossier en homenaje al autor francés.

(62)

La revista *Al Margen* (2002-2008) estuvo bajo la dirección de Arrubla, junto con los filósofos Bernardo Correa y Guillermo Mina. Vale agregar que en este mismo dossier, como en otros números de la revista, se publicó una conferencia de Zuleta sobre *La náusea*, editada y corregida por el propio Arrubla. Esto lo leemos como un gesto de amistad póstuma que apoya nuestra idea de que entre ellos operó una afinidad electiva duradera.

que una temprana y fuerte relación con la lectura y la escritura operó como sustrato para la afinidad electiva entre ellos. En consonancia, Montoya hace énfasis en la pasión lectora de sus amigos, que los conduce a ser “cómplices principales” desde 1952.³¹ No obstante, el Liceo, esa institución escolar que fue su primer escenario de encuentro y sociabilidad, no les resultó atractivo, y junto con Delimiro Moreno eligieron retirarse del bachillerato antes de comenzar el cuarto grado, aduciendo que no era un lugar nutricional para sus inquietudes intelectuales. El joven Moreno se ocupó como obrero y llegó a ser un destacado líder sindical tiempo después, mientras que Arrubla y Zuleta instauraron su propia agenda de formación.

³¹ Montoya, “Adolescencia de un memorioso y crónicas de una generación”, 29.

Para los casos que tratamos, es importante indicar que tal opción autodidacta también implicaba renuncias y costos, pues la institución escolar garantizaba la movilidad y reproducción social en cada caso. Esto es especialmente significativo si se tiene en cuenta que en la sociedad antioqueña se forjó una estructura socioeconómica flexible, en la que la movilidad social no solo se erigía como un ideal, sino que además era posible como efecto del esfuerzo personal. Tanto la familia como la moral religiosa jugaron un papel en la cohesión y la transmisión de ciertos valores que sustentaban el emprendimiento, fuertemente asociado al éxito económico. Por tal razón, el lugar de los intelectuales y artistas en esa cultura ha sido tradicionalmente tenso, pues la aceptación social solo era alcanzable si las realizaciones en el plano de la cultura estaban acompañadas de reconocimiento y logros económicos. Para esto sigue siendo ilustrativo el estudio sobre las regiones culturales colombianas de Virginia Gutiérrez de Pineda, en el cual se precisa dicho aspecto de la cultura antioqueña:

Esta sociedad plutocrática difícilmente alberga o prohíja la formación de otros valores, el establecimiento de otras metas fuera de la escueta riqueza. En su ambiente no cabe, por ejemplo, el científico puro. Una cultura que honra a millonarios no puede entender una mentalidad que solo encuentra en el saber sus fines últimos y que da limitadísima importancia al dinero contante o crediticio y a la explosión de sus formas de expresarse. En la Montaña el sabio es pez en la superficie terrestre. Tampoco puede

³²Virginia Gutiérrez de Pineda, *Familia y Cultura en Colombia* (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1975), 412.

aceptar las realizaciones de un intelectual, o de un artista, menos aún si contradicen o se diversifican de los valores culturales que la comunidad honra.³²

Pese a los costos sociales y riesgos que implicaba la opción autodidacta para Zuleta y Arrubla —por la cual el primero se alejaba de reproducir la profesionalización académica propia de sus familiares y el segundo de la vía más expedita para la movilidad social—, la decisión tomada se mantuvo durante todo su itinerario. La única excepción fue en el caso de Zuleta, cuando en 1980 recibió el Doctorado *Honoris Causa* en Psicología por la Universidad del Valle. Con su rechazo a la institución escolar, Arrubla y Zuleta se afirmaron como intelectuales y al tiempo sellaron esa afinidad electiva que también conservaron durante todo su itinerario, allende los caminos divergentes que desde finales de los años sesenta transitaron. Ya convertido en una figura con reconocimiento nacional, en una entrevista a finales de los ochenta Zuleta afirma que su negativa a la escuela coincidió con la lectura conjunta que los amigos hacían de Thomas Mann, lo que consideraban una tarea mucho más importante y urgente que la demandada por la escuela.³³ Para entender esta aparente paradoja entre negar la escuela y erigirse como intelectual, se debe considerar el sentimiento de rebeldía que empezaba a exhibirse en los jóvenes amigos y que pocos años después iría cobrando forma en sus proyectos políticos de izquierda. También hay que examinar el común alineamiento antiburgués por el cual Zuleta marcaba un distanciamiento con su propio entorno familiar.

³³Villa Garzón y Zuleta, “Estanislao Zuleta habla...”.

Sociabilidades como la cara no visible de las revistas

Aunque no hemos hallado estudios específicos sobre el Liceo de la Universidad de Antioquia, algunas huellas nos permiten ver que era una institución muy articulada a la Universidad de Antioquia y que los fuertes vaivenes políticos del país incidían directamente en ella. El antropólogo Roberto Pineda indicó que el Liceo rindió resultados “óptimos”, basado en su propia experiencia allí en los tiempos

de la República Liberal de los años treinta —cuando Alfonso López Pumarejo le prestó atención especial a las instituciones universitarias para concretar sus reformas educativas modernizantes—: “a los estudiantes, que fluctuábamos entre doce y dieciocho años, no se nos sometía a una disciplina autoritaria interna, ni permanecíamos a puerta cerrada [sino que funcionábamos en] condiciones de igualdad con las facultades o escuelas universitarias”.³⁴ Los tiempos de la contraofensiva conservadora también tuvieron a las instituciones universitarias en la mira, entonces fue ocasión para adelantar reformas en el Liceo. Así lo deja ver precisamente una revista producida por los estudiantes de Derecho de la Universidad de Antioquia, donde aparecen algunas notas sobre los cambios introducidos en el pènsum del bachillerato anexo. Hago alusión a *Letras Universitarias*, que hasta la primera mitad de los cincuenta nos deja ver un cierto espíritu patrio con el cual los estudiantes acompañaban las incursiones de Colombia en la guerra de Corea durante el gobierno del ultraconservador Laureano Gómez.³⁵

En consonancia con ese sentimiento patrio, también en las páginas de la revista se expresó Gonzalo Arango —el futuro creador del nadaísmo— para exponer su preferencia por el “humanismo político”.³⁶ En su nota de 1950, Arango sostiene que dicho humanismo era el cristianismo comandando los destinos colectivos, porque este resuelve mejor los conflictos y necesidades humanas que el “oscuro y trágico mensaje de su materialismo histórico”, por el cual Marx “quiere conseguir la solución a los problemas humanos en sus relaciones mutuas, [pero] no [lo] logra porque no es la materia, ni lo económico, donde reside la solución del enigma”.³⁷ Pocos años después, a través de las intervenciones de Ramiro Montoya, ya egresado del Liceo y estudiante de derecho en la Universidad de Antioquia, esta revista se vuelve escenario para que una nueva sensibilidad juvenil dispute los sentidos de las intervenciones militares, repudie los hechos por los cuales resultó muerto el estudiante Uriel Gutiérrez a manos del Ejército y exhiba el

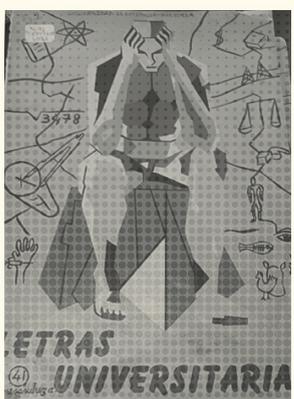
³⁴ Martha Herrera y Carlos Low, “Roberto Pineda...”.

³⁵ Esta revista aparece referida en las memorias de Ramiro Montoya y fue directamente consultada por la autora en la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz de la Universidad de Antioquia, Medellín (especialmente los números entre 1950 y 1957).

³⁶ El nadaísmo fue un movimiento literario de la segunda mitad del siglo xx en Colombia. Gonzalo Arango fue uno de sus líderes y escribió su manifiesto en 1958, que motivó su origen. Sobre el nadaísmo han primado críticas negativas por su escaso valor literario y su acentuada postura antiintelectual e incluso se plantea que su trascendencia solo se explica si se tiene en cuenta que en el contexto conservador antioqueño el anticlericalismo jugaba un papel crítico importante. Sin embargo, recientemente se ha llevado un estudio académico más detallado que reivindica su papel como parte de la historia de la literatura colombiana y que incluye al nadaísmo caleño: Daniel Llano Parra, *Enemigos públicos: contexto intelectual y sociabilidad literaria del movimiento nadaísta, 1958-1971* (Medellín: Fondo Editorial FCSH, 2015).

³⁷ Gonzalo Arango, “Hacia un humanismo político”, *Letras Universitarias* 24 (1950): 14, 27.

Ilustración 1. Revista *Letras Universitarias*
De arriba a abajo: n.º 24, 1950;
n.º 38, 1954; n.º 41, 1955



surgimiento del estudiantado como un sujeto político contestatario e incluso inspirado por ideas marxistas. La ilustración 1 permite observar cómo esa variación ideológica se expresa también en un lenguaje gráfico: la portada rompe con lo monocromático y ya no hace de la élite política el protagonista, sino del estudiante pensante y preocupado por los destinos colectivos.

Simultáneamente, los jóvenes Arrubla y Zuleta habían emprendido su proceso de formación autónoma, en el cual la cultura francesa cumplió un papel preponderante, exigiéndoles además un aprendizaje autodidacta de la lengua para acceder, entre otras cosas, a la lectura de la revista de Sartre y su equipo, *Les Temps Modernes*; de hecho, desde los quince años Zuleta contaba con una suscripción. A esto se sumaba la literatura europea, sobre todo francesa, y el descubrimiento de Freud. Vale aclarar que la relación con la cultura francesa era un rasgo del medio local que los propios actores reconocen:

En esos primeros años cincuenta fue llegando a Medellín la avalancha de novelas famosas que circularon en la post-guerra: Aldous Huxley (*Contrapunto*), Malaparte (*La piel*), Virgil Gheorghiu (*La hora veinticinco*), Alberto Moravia (*La romana*); y seguidamente llegaron las obras de Albert Camus, Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Maurice Merleau-Ponty, Françoise Sagan y de los demás existencialistas franceses.³⁸

En este sentido también es oportuno recordar que uno de los puntos medulares de la red intelectual de Medellín a mediados del siglo fue Alberto Aguirre, quien se había graduado de derecho y llegó a desempeñarse como traductor, librero, crítico de cine y columnista de los periódicos *El Mundo* y *El Colombiano*, y de la revista *Cromos* por más de cuatro décadas. Además de la Librería Aguirre fundada por él, que cobijó a escritores que hemos mencionado y, más adelante, a los nadaístas, se suma la agencia de noticias francesa, Agence France-Press (AFP). En los años cincuenta Aguirre fue contactado por la sede bogotana de esta agencia para inaugurar una sucursal en la capital antioqueña, como parte de la red internacional de corresponsales, que se había incrementado en la posguerra al convertirse esta agencia en una estatal.

Fuente: Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, Universidad de Antioquia

³⁸ Montoya, "Adolescencia...", 14.

Alrededor de la AFP, ubicada en el centro de la ciudad, circularon figuras de la intelectualidad criolla, por ejemplo los poetas Carlos Castro Saavedra, Óscar Hernández, Mario Rivero, Jorge Montoya, el novelista Manuel Mejía Vallejo, el pintor Fernando Botero, el crítico de cine Bernardo Hoyos y el exiliado español Fausto Cabrera, quien se dedicó a la actuación y dirección de cine, televisión y teatro en Colombia. También se sumaron abogados que tenían cerca sus despachos. Algunos de estos últimos los reconocemos vinculados a la defensa de derechos sindicales, y políticamente ubicados en el espectro en que confluían liberales y comunistas. Concretamente nos referimos a Jaime Isaza Cadavid, Jaime Sierra García, Alberto Posada Ángel y Estanislao Posada, este último uno de los fundadores del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL). También resalta el nombre de Eddy Torres, hijo del dirigente socialista y comunista Ignacio Torres Giraldo y entonces director del suplemento literario del periódico conservador *El Colombiano*. En las instalaciones de la agencia se recibían noticias sobre el acontecer europeo, que se traducían para producir notas breves dirigidas a los periódicos locales.

Algunos partícipes del círculo social de los jóvenes Arrubla y Zuleta fueron cercanos a la AFP, según lo dejan ver las memorias citadas. Incluso se indica que varios de ellos participaron de las labores de traducción de noticias internacionales para los periódicos locales. Además, siguiendo el itinerario de Arrubla, Zuleta, Montoya y otros, hallamos diversos y significativos puntos de contacto con figuras que participaban de esta sociabilidad, por ejemplo en las pautas publicitarias que estos escritores-intelectuales mayores tuvieron en el periódico *Crisis*, la primera forma de expresión pública que tendría Arrubla.

Es decir, tanto los contrastes en la forma de percibir la ciudad como las huellas en la revista *Letras Universitarias* y las sociabilidades extrainstitucionales descritas muestran el contexto en el que se configuraba un intelectual para quien la política iba ganando centralidad, a diferencia del escritor.

Por esta razón, más allá de la repetida anécdota del retiro conjunto de la escuela, afirmamos que este gesto juvenil puede leerse como una estrategia de autolegitimación, característica del intelectual del compromiso, en el sentido sartreano del término. Naturalmente, el retiro no solo se explica con la lectura de Sartre, sino que Arrubla y Zuleta fueron expresión de una “estructura de sentimientos” propia de su época y por la cual se atestigua que la institución escolar no es el camino expedito o exclusivo para desarrollarse como intelectual.³⁹

³⁹ Raymond Williams, *Sociología de la cultura* (Barcelona: Paidós, 1982).

Toma de posición política

El nacimiento público de Arrubla y Zuleta como intelectuales, propiamente dicho, está vinculado a su toma de posición en la coyuntura de 1957. Me refiero a los acontecimientos del 10 de mayo por los cuales cayó la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla, considerados un punto de quiebre de procesos sociales de mayor escala en el país: de acuerdo con el historiador Mauricio Archila, es en ellos cuando se configura la nueva izquierda o el intelectual autónomo,⁴⁰ definido respecto del bipartidismo del Frente Nacional,⁴¹ según indica Urrego. Así, los antioqueños de quienes tratamos son susceptibles de ser inscritos en una generación porque respondieron a una coyuntura común.

La respuesta específica fue la fundación del periódico *Crisis* en 1957 por Mario Arrubla junto con Ramiro Montoya, Delmiro Moreno y el estudiante de medicina Virgilio Vargas, quien hacía las veces de director.⁴² La publicación siguió de cerca los acontecimientos posteriores a la caída de Rojas, que a la postre llevarían a la implementación del Frente Nacional. Con una explícita inscripción en los avatares de la Guerra Fría, el periódico se mostraba comprometido con la fundación de un Frente Obrero Estudiantil. El papel de Arrubla en los primeros números de la publicación es destacado: editor y escritor. Para efectos de este escrito, cabe resaltar un artículo suyo en el que toma partido por Sartre en desmedro de Camus; hablo de la famosa polémica de los franceses inaugurada con la publicación de *El*

⁴⁰ Archila, “¿Utopía armada?...”.

⁴¹ Miguel Ángel Urrego Ardila, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991* (Bogotá: Universidad Central, Siglo del Hombre, 2002).

⁴² La publicación no está disponible en catálogos públicos. Tuvimos acceso a los primeros ocho números gracias a la gestión del profesor Juan Carlos Celis, a quien agradecemos. Nuestras fuentes no nos permiten establecer el momento final del periódico, pero algunas fuentes secundarias que la citan dejan ver que se extendió al menos hasta 1962 con un número 12. Para entonces era órgano de expresión de una organización revolucionaria llamada ARCO, y su equipo fundacional había tomado distancia.

hombre rebelde (1951). El desencuentro de los franceses tuvo eco en la lejana Medellín cuando Arrubla le reprochó al argelino ser el “enemigo de Dios”, pues “si un obrero muere de hambre él [Camus] acusa a Dios, cuando la clave está en la explotación del pueblo por unos cuantos”.⁴³ Arrubla, de la mano de Sartre, le imputa a Camus ser un “enamorado de sí mismo, que solo quiere seguir siendo él mismo”, sin interesarse mayor cosa por la “acción revolucionaria”. De lo que se trata es de “cambiar el orden social”, señala Arrubla, y para ello la referencia es Sartre, no Camus.

En esa misma línea, Montoya enuncia que para ellos la referencia no fueron los “intelectuales ‘puros’”, pues estos, como los “burgueses delicados”, optan por “bellas formas” antes que por planteamientos “frontales” con los que el obrero lleva a cabo “su lucha”.⁴⁴ Es decir, tanto el contenido textual que ellos ofrecen en esta publicación como el gesto mismo de responder a una coyuntura política a través de este tipo de materialidad puede leerse como un manifiesto explícito por el cual se declaran intelectuales, pero específicamente responden al modelo sartreano de la época, es decir, a aquel que tensionó fuertemente la cultura y la política y declaró el marxismo como la máxima filosofía de ese tiempo.

Nuevamente contrastamos con un texto de Gonzalo Arango presente en *Letras Universitarias*, donde se refiere al “insincero” Sartre y se declara a favor de un existencialismo más ocupado del propio sujeto. De hecho, cuando Arango dio lugar a su propio manifiesto por el cual fundaba el nadaísmo, la respuesta provino de la pluma de Zuleta, quien para entonces estaba radicado en Bogotá, pero sostenía diálogos con los promotores de *Crisis* (véase la ilustración 2). En el periódico *La Calle*, órgano del naciente Movimiento Revolucionario Liberal, la crítica mordaz de Zuleta le reprocha al líder nadaísta no ser una “verdadera” oposición a la sociedad burguesa. Argumenta que “la soledad, la intuición irracional, la arbitrariedad, la calavera y el motilado” no son la “antinomía” a aquella, sino “la solidaridad, la reciprocidad, la justicia”; y en un nuevo gesto de autolegitimación, el propio Zuleta se ubica en esa segunda opción.⁴⁵

⁴³ Mario Arrubla, “Camus, el enemigo de Dios”, *Crisis* 1 (4) (1950): 6.

⁴⁴ Ramiro Montoya, “La ley del más fuerte”, *Crisis* 1 (3) (1950): 3.

Ilustración 2. Primera página de *Crisis* 1 (2) (Medellín, agosto de 1957)



⁴⁵ Estanislao Zuleta, “Variaciones alrededor del nadaísmo”, *La Calle* (1958). Sin más referencias editoriales.

⁴⁶ Montoya, “Adolescencia...”.

⁴⁷ Estanislao Zuleta, “Variaciones...”.

⁴⁸ Gloria Patricia Vélez Gómez y Marilyn Mildred Gómez Arango, “Los intelectuales en Medellín 1950-1975” (monografía de pregrado, Universidad de Antioquia, 2009), 174-196.

⁴⁹ Michael Löwy, “Le concept...”.

Gonzalo Arango había compartido sociabilidades con Zuleta y otros jóvenes intelectuales del momento, y aunque Montoya alude a razones personales para el distanciamiento entre Zuleta y Arango, interpreto la toma de posición política como parteaguas entre dos estilos intelectuales que ya se perfilaban.⁴⁶ Zuleta lo planteó explícitamente en ese mismo texto cuando le reprochó a Arango haberse “arropado tras el uniforme militar” de Gustavo Rojas Pinilla, a quien además llamó “pobre diablo” que “dañaba el pueblo”, y agrega que a Gonzalo Arango “esa alianza no le funcionó y quedó en nada más que el escándalo”.⁴⁷ Los conocidos vínculos de Arango con el general Rojas Pinilla se manifestaron en varios momentos,⁴⁸ mientras que Zuleta y Arrubla se ubicaban en un lugar del espectro político que rechazaba la dictadura y durante un breve periodo se pronunció a favor de la “revolución burguesa”, opción revolucionaria que no excluía la demanda de participación popular y que, tras un acercamiento con el comunismo criollo, encontraría derivas propias.

Así pues, con proveniencias sociales distintas e incluso contrastantes, pero contando con una inicial inclinación intelectual común, reconocemos a Zuleta y Arrubla en sus años juveniles en Medellín como dos intelectuales que convergen. Tal como lo ayuda a observar la noción de afinidad electiva, esa convergencia semejante a una atracción involuntaria entre diferentes puede devenir en una construcción más activa con diferentes niveles de vinculación: desde desarrollarse como dos figuras distintas pese a contar con una unidad íntima e inquebrantable, hasta llegar a configurar una suerte de simbiosis cultural.⁴⁹ En el caso de los intelectuales estudiados, el gesto de negación de la escuela y la autolegitimación intelectual, la formación inicial compartida, el acercamiento conjunto a corrientes francesas y sociabilidades culturales comunes, que incluían bohemia y tertulias de café, fueron elementos que propiciaron esa atracción que se conservó durante los itinerarios, incluso más allá del relacionamiento directo. La vinculación que veo entre ellos no la entiendo por razones

funcionales o relacionales, sino por un vínculo más íntimo y singular, propio de las afinidades electivas.

Entre Arrubla y Zuleta la simpatía empezó a darse en el contexto antioqueño, pero su nacimiento público como intelectuales y la toma de posición política fueron procesos que permitieron profundizar el encuentro. Años más tarde, Arrubla y Zuleta se reencontraron en Bogotá para dar lugar a un proyecto conjunto en el que durante varios años establecieron un dúo orgánico. Se trataba de la revista *Estrategia* y las tentativas organizativas asociadas: el Partido de la Revolución Socialista y la Organización Marxista de Colombia, de lo cual me he ocupado en otro escrito.⁵⁰ Tras la disolución de este proyecto, cada uno desarrolló un itinerario intelectual propio, pero esa unidad íntima que nos invita a captar la noción de afinidad electiva no solo es visible en sus propios despliegues, sino también en los de otros intelectuales de sus sociabilidades tempranas. Más allá del estudio de dos individuos, el cruce entre itinerarios y revistas explorado a través de dicha noción puede ser productivo para identificar modelos intelectuales que se atraen o repelen, configurando familias político-intelectuales diversas.

⁵⁰ Sandra Jaramillo Restrepo, "Revista *Estrategia* y trayectorias intelectuales en los agitados años 60 colombianos", *Sociohistórica* 43 (70) (2019), <https://doi.org/10.24215/18521606070>

¿Qué es una biografía intelectual? A propósito del caso de Rafael Gutiérrez Girardot

Juan Guillermo Gómez García¹

No se trata de una entidad, sino de una relación.

Alfonso Reyes

Moda biográfica y filosofía ilustrada de la historia

“El biógrafo cae en la mentira, en el encubrimiento, en la hipocresía, en la ocultación e incluso en el disimulo de su propia falta de comprensión, pues la verdad biográfica no puede alcanzarse, y si pudiese alcanzarse, sería inservible”, escribe el implacable Sigmund Freud sobre un género histórico del que desconfiaba profundamente.² De este modo, la biografía era un documento mendaz, uno que develaba la impotencia del biógrafo y que no diría ni podría aclarar, en suma, nada del biografado. Nada más alentador que estas palabras lapidarias del padre del psicoanálisis para desenredar la trama metodológica que pueda justificar una empresa a la que hacemos cara, pese a la incompreensión y oposición generalizadas.

Freud se refería a una práctica historiográfica que en su momento Leo Löwenthal, sociólogo de la literatura, llamó “moda biográfica”, género que se hizo muy popular en los años de la República de Weimar y que catapultó la fama de autores como Stefan Zweig y Emil Ludwig.³ La biografía exaltaba la genialidad de su héroe y hacía de él un modelo de virtudes superhumanas que iluminaban toda una época y daban consuelo en aquellos años tenebrosos y sombríos. Estos eran los años devastadores y de profunda crisis, en los que la masa de nuevos lectores, sin un gran bagaje cultural, se volcaba ávida al consumo de una literatura histórica que el mismo Löwenthal comparaba con un bazar oriental: venta de pócimas de grandeza, genialidad y superheroísmo en dosis impú-

¹ Doctor en Filosofía de la Universidad de Bielefeld (Alemania), profesor titular en la Universidad de Antioquia y en la sede Medellín de la Universidad Nacional de Colombia, fundador y miembro del Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana —GELCIL—. Correo: punctumed@yahoo.com Este capítulo forma parte del proyecto de investigación “Rafael Gutiérrez Girardot (1928-2005): testigo de tres mundos. Una biografía intelectual” (código 2019-24270), inscrito en el SIU/Universidad de Antioquia por el GELCIL y apoyado por la Estrategia de Sostenibilidad 2018-2019 del CODI para este grupo. Esta versión del texto no hubiera sido posible sin la colaboración del filólogo Luis Fernando Quiroz, un implacable estilista, y sin sus compañeros en esta arduísima empresa, los investigadores en formación de nuestro grupo: Valentina Ordóñez Luna y Alexander Salazar Echavarría.

² Citado por Detlev Claussen, *Theodor W. Adorno: uno de los últimos genios*, trad. Vicente Gómez Ibáñez (Barcelona: Universidad de Valencia, 2006), 19.

³ Leo Löwenthal, “Die biographische Mode”, en *Literatur und Massenkultur* (Fráncfort: Suhrkamp Verlag, 1990), 231 y ss.

⁴ Fromm decía: “El grado en que el hombre común norteamericano se siente invadido por este sentimiento de miedo y de insignificancia, parece expresarse de una manera eficaz en el fenómeno de la popularidad del *Ratón Mickey*. En esos filmes el tema único —y sus infinitas variaciones— es siempre este: algo pequeño es perseguido y puesto en peligro por algo que posee una fuerza abrumadora, que amenaza matarlo o devorarlo; la cosa pequeña se escapa y, más tarde, logra salvarse y aun castigar a su enemigo. La gente no se hallaría tan dispuesta a asistir continuamente a las muchas variaciones de este único tema si no se tratara de algo que toca muy de cerca su vida emocional”.

Cfr. “Los dos aspectos de la libertad para el hombre moderno”, en *El miedo a la libertad*, trad. G. Germani (Buenos Aires: Paidós, 2008), 165-206.

⁵ Condorcet, “Vie de Voltaire”, en *Oeuvres complètes de Voltaire*, t. 71 (París: Imprimerie de la Société Littéraire-Typographique, 1789), 14. https://archive.org/details/bub_gb_FQo_ko84M_oC/; el concepto de “progreso indefinido de la humanidad” procede de la décima época que examina

Condorcet en *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (Madrid: Editora Nacional, 1980), 225.

dicamente baratas. El héroe salvaba así a las masas de su sórdida existencia, hacía que el anónimo súbdito, que se sentía como el ratón Jerry permanentemente en fuga ante la persecución del gato malvado Tom —la serie fue creada justamente en el incierto 1940—, tuviese la proyección fantástica de su yo, concluía también Erich Fromm.⁴ Era una típica factura de la cultura de masas: un género histórico fácil, cómodo y complaciente, una baratija que hizo época.

Pero tras el auge de la biografía en la época de entreguerras se escondía algo más que la voluntad de trivialidad que hizo tan abrumador el éxito de Zweig; el género ocultaba las sombras del presente con el luminoso ascenso de la burguesía, al menos desde el Renacimiento: Leonardo da Vinci, Lincoln, Hölderlin, entre otros magníficos ejemplares del pasado retratados a partir del “progreso indefinido de la humanidad” o de la filosofía ilustrada de la historia; Condorcet lo ejemplificaba ya en 1789:

La vida de Voltaire ha de ser la historia de los progresos de las artes cual promovidos por su genio, del poder que él ejerció por encima de la opinión de sus contemporáneos, de la larga guerra que en su juventud declaró en contra de los prejuicios, guerra que mantuvo hasta el día de su muerte.⁵

Esta filosofía lograba que coincidieran la genialidad artística o política, la obra, con la grandeza incondicional del personaje biografiado, la vida, y ambas con la sublime época y nación a las que pertenecían: en Francia, con Voltaire, los *philosophes* y la Revolución francesa; en Alemania, con Goethe y el *Sturm und Drang* o *die Goethezeit*, pues fue justamente el gran Goethe, el Júpiter de Weimar, el modelo de armonía entre obra literaria inmortal y carácter humano supremo; así lo plasmó Wilhelm Dilthey en los ensayos compilados en *Vida y poesía* (1905), con éxito de encrucijada y acaso por última vez para la historia, pues el mundo histórico de la burguesía caía despedazado por la Primera Guerra Mundial. Dicho de otra forma, *El mundo de ayer* se derruía abruptamente, como se quejaba Zweig desde el título de su autobiografía. Pero lo que no le cabía en la cabeza a Zweig, y por ello se convierte en un

oportunista ideólogo del pasado burgués, es que si el presente era una ruina era porque el pasado lo había generado así. Nada de ese pasado valía la pena salvar como firme valor o consuelo, pues la miseria del presente era la del pasado: “Todo documento de la cultura”, escribía Walter Benjamin, “es un documento de la barbarie”.⁶ La discontinuidad que fervorosamente alentaba Zweig constituía así una trampa astuta, una ilusión histórica inalcanzable y una invitación soslayada de inacción política.

En el clima enrarecido del siglo xx, la disonancia entre autor, obra y nación no es solo exigida, sino un presupuesto, pues este siglo ya no cuenta con una filosofía de la historia; es decir, en un siglo en que el progreso indefinido de la humanidad fue burlado mediante dos guerras mundiales, tratar de ensamblar las fichas de obra, vida e historia nacional en un brillante complejo armónico resulta una mala jugada epistemológica.⁷ El autor se juzga no por su curva satisfactoria entre nacer, crecer, madurar y morir, sino por la permanente bifurcación de caminos, creada al paso de las tradiciones culturales en disolución y mutación violenta, las instituciones no siempre estables ni venerables, las sociabilidades frágiles y emergentes, las situaciones extremas y volátiles y las periodizaciones líquidas y advenedizas. Es en este sentido que Adorno, quien al igual que muchos intelectuales judíos tuvo que padecer el exilio en Estados Unidos, llegó a escribir: “La identidad del hombre, que el análisis afirma como principio central del individuo, no existe en absoluto en la situación actual”.⁸

Entonces, la biografía del genio, que afirma la identidad del hombre como principio central del individuo, ya no es posible —esto también lo expresa el nihilismo heroico de Ernst Jünger, quien escribió *Tempestades de acero* en las barricadas de la batalla del Somme y Langemarck durante la Primera Guerra Mundial, así como el existencialismo sartreano, pues en *La Náusea* Antoine Roquentin no consigue rehacer la vida del marqués de Rollebon—. La biografía consiguiente deberá atenerse a la desilusión de la vieja dimensión unitaria de vida, obra y nación; no

⁶ “Es ist niemals ein Dokument der Kultur, ohne zugleich ein solches der Barbarei zu sein”. Walter Benjamin, “Über den Begriff der Geschichte”. *Gesammelte Schriften. Band I-2* (Fráncfort: Suhrkamp, 1991), 296. La primera traducción española de este texto, titulada “Tesis de la filosofía de la historia”, apareció en *Ensayos escogidos* (Editorial Sur: Buenos Aires, 1969), realizada por Héctor A. Murena. El volumen forma parte de la colección de Estudios Alemanes, dirigida por Victoria Ocampo, Ernesto Garzón Valdés y Gutiérrez Girardot.

⁷ La filosofía de la historia es, como asegura Reinhart Koselleck en *Crítica y crisis* (Madrid: Editorial Trotta, 2007), la joya de la corona de la filosofía de la Ilustración, tanto por plantear la autoconciencia del devenir histórico o destino secular, cifrada en la voluntad utópica, como por ser el explosivo racional en contra del absolutismo monárquico. Pero esta autoconciencia, si nos atenemos a Hannah Arendt en *La condición humana* (Barcelona: Paidós, 2015), resultó siendo más bien un premio de consolación ante el reconocimiento de la imposibilidad del humano del siglo xviii de conocer con exactitud las leyes de la naturaleza.

⁸ Citado por Detlev Claussen, *Theodor W. Adorno*, 272.

podrá forzar los fragmentos del material empírico para satisfacer a un público de masas “invadido por el sentimiento de miedo y de insignificancia”, para decirlo con Fromm. Así nos enfrentamos, como primado metodológico de la biografía, con un horizonte enrarecido en el plano de la filosofía de la historia, la cual ya no es utópica, o mejor, la cual borró con el nazismo y los campos de concentración la línea entre la esperanza de emancipación y el atroz exterminio. Es decir, nos enfrentamos con la pregunta de si una biografía es posible de algún modo; en principio, la respuesta solo se podría plantear a partir de esta misma discusión filosófico-histórica.

Pero siguió algo más: dicha desilusión de la vieja dimensión unitaria se pudo revertir en un contexto histórico no menos problemático tras la Segunda Guerra Mundial. La reconstrucción de Alemania por el Plan Marshall logró identificar reconstrucción con norteamericanización y norteamericanización con heroísmo hollywoodense, en cuya era nunca fueron más ciertas las frases sentenciosas de Freud de que “el biógrafo cae en la mentira, en el encubrimiento, en la hipocresía, en la ocultación e incluso en el disimulo de su propia falta de comprensión”. El fascismo sin Hitler se inyectó en dosis de mayor perversión que las de los nazis, porque este heroísmo se podía disfrutar en la sala de cine, en la cama un fin de semana, sin necesidad de liquidar a nadie físicamente, comiendo crispetas y tomando *Coke*, con la feliz conciencia de salvar a la humanidad del peligro rojo. Las técnicas del entretenimiento de la industria cultural amansaron a la población, la llevaron a un largo y silencioso conformismo, a una muerte de la utopía liberal emancipadora. El presente ya solo se podía comparar con el presente, y la invariable resolución de los desafíos del héroe en un *happy end* confirmaba la justeza de esta concepción histórica del progreso *made in USA*.

Aquí el héroe Goethe podía ser reemplazado por el nuevo gestor de ese milagro al revés: Konrad Adenauer, un anodino al cual, con inocencia perversa, Winston Churchill llegó a honrar como “el político más importante desde Otto von Bismarck”.⁹ El cami-

⁹ Klaus Gotto, *Konrad Adenauer* (Bonn: Aktuell, 1988), 16.

no de la identificación de Adenauer con Bismarck, o sea el camino de la indiferencia valorativa, llevaba al nihilismo vulgar de elegir entre Rambo o Goethe, a favor naturalmente de Rambo. La apoteosis de la moda biográfica podría emprenderse con toda insensatez impúdica en estas condiciones, y con un éxito sensacional e igualmente impúdico, como lo constata en la Francia de la posguerra Jean Lacouture —un Plutarco hechizo de la posmodernidad—.

Fabricar a los héroes individuales o colectivos fue la tarea, no ya de la ciencia histórica, sino de la inmensa industria de la radio, el cine y la televisión, y de los exitosos biógrafos de esas décadas, como Henri Troyat, quienes sazaban las aventuras de sus héroes con sangre, intriga y escenas de alcoba; también cupo fabricar a los enemigos. Pero a esta apoteosis contribuyó, y no poco, la ahistorización que se apoderó de las ciencias sociales, aparejada de una fragmentación de saberes y una compulsión terminológica representada por los estructuralismos. Cada quien se acomodó en su parcela universitaria, deshuesó el cuerpo de las ciencias sociales y humanas del siglo XIX, cuya máxima expresión representaba el idealismo alemán, luego el positivismo, e hizo de esa acomodaticia vida universitaria una lucha institucional darwinista en miniatura.¹⁰ Así el biógrafo de hoy apenas percibe el campo minado de la estructura atomizada de la sociedad de masas y el poder de nivelación y alienación absoluta, pues no solo se trata de explotación económica, como en la época de Marx, sino también del desplazamiento de toda la conciencia cultural.

“Todo documento de la cultura es un documento de la barbarie” proviene de los famosos fragmentos “Sobre el concepto de historia” de Walter Benjamin, en los que este había ideado una metodología adecuada para el nihilismo del siglo XX. Redactados antes de que se suicidara —o de que lo asesinaran, según Ernst Jünger—, en ellos Benjamin decía que habían muerto todas las anteriores concepciones proyectivas y utópicas de la historia —también la del progreso continuo de Condorcet, la cual heredaron

¹⁰ Esta discusión se puede seguir en Carl E. Schorske, *Pensar con la historia: ensayos sobre la transición a la modernidad*, trad. Isabel Ozores (Madrid: Taurus, 2001), y Dominick LaCapra, *Historia en tránsito: experiencia, identidad, teoría crítica*, trad. Teresa Beatriz Arijón (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006).

los utopistas como Saint-Simon, Fourier y Cabet o Comte, Bakunin y Marx—. Benjamin suponía la muerte de la historia, atrapada en el utopismo programado que ella contemplaba; de ahí su idea de la irrupción del instante-*kairós*. No conozco un consecuente continuador de todo ello entre nosotros, ni le atribuyo mis miles de líneas, más bien tributarias del método más groseramente positivista. Con todo, las notas furtivas de una filosofía benjaminiana de la historia se deben seguir escribiendo.

A Benjamin no le tocó la tragedia de los campos hitlerianos de concentración. Pero la previó. *La decadencia de Occidente* del maldadoso Oswald Spengler hizo su miserable labor de zapa: fue una verdadera Circe de la filosofía de la historia. Parece poco andar más. Las ciencias del espíritu deben resistir a su matematización. Por eso hacer historia de resistencia después de Hitler no es solo un deber político, sino un reto enorme para la imaginación incómoda: no sucumbir al menester truculento del documento llano, sino reaccionar a él a tiempo, de modo que cada palabra sea su contraria, una contrapalabra. Dicho de otra forma, escribir un libro es siempre escribir su contrario; al menos, pedir su complemento. Un biografiado es a la vez él y múltiples cosas más; es él y no él, en sentido dialéctico. Se trata de desordenar el pasado petrificado y arrumar esto y aquello de un modo inesperado, aun a costa de la paciencia cómoda del lector. No es esto precisamente una deconstrucción *picassiana* de la ciencia histórica, pero sería una noble aspiración. Se trata, mucho más modestamente, de lograr un aire de época en ebullición, un aire de periferia. Pero las consecuencias radicales de todo esto escapan a estas débiles fuerzas argumentativas.

Concluamos este apartado. Lo que subyace en la tendencia biográfica denunciada con tanto énfasis por Freud, Löwenthal y Adorno corresponde a una identidad no solo del sujeto y la obra, sino de ambos con la nación en irreversible ascenso. Esta es una conciencia falsificada del desarrollo positivo, encaminada hacia un clímax y paroxismo burgués-patriótico. En la Alemania, de nuevo, se llama *Goethezeit*,

y se puso en tela de juicio en esa nación solo tras la derrota de la Primera Guerra Mundial, la huida de Guillermo II, el Tratado de Versalles, el ascenso de Hitler y, por supuesto, los campos de concentración nazis. Este riesgo, que además es síntoma de todo un mundo cultural, no solo debe ser eludido, sino que en el contexto actual colombiano resulta evitable porque esta presión ideológica de la tradición cultural burguesa no gravita casi en ninguna medida entre nosotros. La misma formación de la nacionalidad colombiana, por lo demás tan contrahecha, no estimula esta falsa exaltación de tono imperialista.

Postulados y praxis intelectuales

En la minuciosa taxonomía de biografías que con puntualidad profesional estudia François Dosse (la hagiografía, la biografía heroica, la biografía existencial, la biografía colectiva, el biografema, etc.), cabe a la biografía intelectual un último capítulo por completo aparte. Ante el subgénero, la pregunta resalta casi como reproche: “Pero ¿qué puede retener el biógrafo de un filósofo o de un intelectual que no esté ya ahí, en su obra?”¹¹ El intelectual vive en sus obras, y los pormenores anecdóticos aparecen como lo exterior o incluso insustancial. Esto lo resumía Heidegger, con tono sarcástico propio de sus irritaciones antiintelectualistas, al sostener que todo lo que cabe decir de la biografía de Aristóteles es que “nació, escribió y murió”.¹² Parangonando sus palabras, podríamos asegurar, para colmar todas las expectativas investigativas, que este también es el caso de un estudiante suyo, Rafael Gutiérrez Girardot: nació en Sogamoso en 1928, escribió mucho sobre muchas cosas y murió en Bonn en 2005. En adelante, la tarea apropiada sería leer aquello que Gutiérrez Girardot escribió.

Con todo, desde hace décadas el mercado del libro ha visto emerger biografías sobre eminentes e indispensables pensadores, como las de Christiane Chauviré sobre Wittgenstein, Elisabeth Young-Bruehl sobre Arendt, François Azouvi sobre Descartes, Jean Starobinski sobre Rousseau y Montaigne, Annie

¹¹ Dosse, *El arte de la biografía* (México: Universidad Iberoamericana, 2007), 377.

¹² Walter Biemel, *Martin Heidegger in Selbstzeugnissen und Bildokumenten* (Hamburgo: Rowohlt, 1973), 20.

¹³ El maestro del estructuralismo Lévi-Strauss —por tanto, profundamente antihistoricista— “revisó el manuscrito [de la biografía] e hizo anotaciones. Le escribió [al biógrafo, que no antropólogo] una carta magnífica diciéndole que rechaza casi todos sus análisis, pero que no puede decirse que no haya comprendido su razonamiento”. Nada mejor puede esperar un biógrafo de su biografiado. Anthony Rowley citado en Dosse, *El arte...*, 413.

¹⁴ Frédéric Worms sobre Bergson, citado en Dosse, *El arte...*, 398.

Cohen-Solal sobre Sartre, Denis Bertholet sobre Lévi-Strauss,¹³ Yann Moulier-Boutang sobre Louis Althusser, etc. El mismo Dosse apela a su experiencia como biógrafo de Paul Ricoeur y Michel de Certeau para delinear los retos historiográficos del biógrafo, bajo el presupuesto psicoanalítico de que una vida es inacabable y compleja, por lo que cabe siempre en ella una nueva interpretación según el enfoque problemático, incluso con las mismas fuentes consabidas. Aquí también emerge el lugar común, pues Dosse declara la empatía propulsora del proyecto y la intención de traducir la riqueza de pensamientos, de la unidad pensamiento-vida, sin haberlas reducido del todo. Pero en el siglo xx, más que en ninguna otra época, para bien o para mal “obra y vida se cruzan en filosofía, más íntimamente que en cualquier vida privada, pero también más públicamente que en cualquier vida pública”.¹⁴

La biografía intelectual, en relativa consonancia con lo formulado por Dosse, sería más bien un estudio detallado de las relaciones entre los postulados intelectuales o la trayectoria de pensamiento y la praxis intelectual. Esta praxis se refiere a los medios, instituciones y sociabilidades de las esferas de lo público y lo privado; su presencia en los procesos de producción debe contribuir a explicar, amplificar e interrogar los mismos postulados intelectuales. Dicho de otra forma, el acento en la praxis ofrece un amplio margen de acción a la biografía intelectual, pues no solo trata de explicar los contenidos del pensamiento, ya que se puede decir que ellos deben explicarse y explicitarse por sí mismos, sino también de mostrar el dinamismo concreto de las mediaciones sociales, políticas y culturales con sus diversos grados de institucionalización formal (cátedra universitaria) o informal (amistad epistolar). En estas mediaciones los postulados nacieron, se desarrollaron y se fijaron. Además, solo se puede comprender estos contenidos en los soportes propios, no tanto en el sentido de la estilística o retórica argumentativa, cuanto en el de los formatos en que fueron publicados o conservados inéditos (artículos, reseñas, ensayos, traducciones,

lecciones magistrales, entrevistas, conferencias o emisiones radiofónicas).

Por ejemplo, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales* es en sí mismo un proceso histórico-cultural. Su lectura de este modo es volver a repensar aquello que Gutiérrez Girardot, en una determinada situación, escribió bajo el título de *Modernismo*, libro publicado en la editorial catalana Montesinos por su amigo colombiano Rafael Humberto Moreno-Durán, a quien conoció a principios de los setenta y con quien sostuvo una vivaz correspondencia... Además, en este libro, ya icónico en la crítica literaria continental, Gutiérrez Girardot ofrece una especie de síntesis de algunas de sus *Vorlesungen*, o sea de las lecciones magistrales que dictó en la Universidad de Bonn.¹⁵ Así que *Modernismo* es el resultado de una cadena que bien se puede y se debe explicar: la tarea del intelectual, profesor y apasionado amigo epistolar Rafael Gutiérrez Girardot.

Con esto deseo apenas insinuar que una obra son sus lectores, quienes también son sus editores, quienes a la vez son estudiantes universitarios del autor, quienes además son sus grandes amigos y quienes perpetúan la vida intelectual de inusitadas maneras. La relación entre postulados y praxis se hace así más viva, y casi se podría afirmar que las líneas divisorias entre biografía e intelecto se diluyen, o mejor, se explican y se enriquecen mutuamente. La biografía intelectual, antes que una exaltación heroica de un modo de producción o una compulsión afirmativa de unidad entre vida y obra —con los detalles curiosos, enaltecidos o vergonzosos de cualquier vida humana—, es un ejercicio que busca enlazar pensamiento y vida, forma de pensar y praxis de producción. De esto se trata, metodológicamente, la biografía intelectual.

Entonces el hábito de Rafael Gutiérrez Girardot de llevar corbatín y fumar habanos no solo significa una manera de proyección social desde una vestimenta elegante y distintiva, ni tan solo un placer hedónico, sino que implica una relación de praxis y postulado intelectuales: elegancia y hedonismo fueron resaltados como atributos del pensar, en forma propositiva

¹⁵ Una de dichas lecciones magistrales directamente sintetizadas en *Modernismo* fue publicada ya: Rafael Gutiérrez Girardot, *El problema del modernismo. Lecciones magistrales, Universidad de Bonn*, trad. Andrés Quintero Atehortúa (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2017). Esperamos pronto publicar, dentro de un plan de edición, los otros seis cursos referentes al modernismo: “La literatura en lengua española finisecular”, “Rubén Darío y el modernismo”, “Ramón del Valle-Inclán”, “Quevedo y Valle-Inclán”, “Antonio Machado [1979]” y “Antonio Machado [1993]”.

y programática, por el mismo Gutiérrez Girardot. Es decir, eran formas de su propia producción de pensamiento, de su manera de comprender las tareas y las funciones del pensar, afines de algún modo al dandismo, que no era solo pose, sino desafío, proyecto existencial y programa intelectual. Lo aparentemente anecdótico se proyecta sobre el conjunto de su pensamiento, de modo que es una forma restituida de lo textual, incluso símbolo secreto del mismo cuerpo de pensamiento; la evocación de la intrincada dimensión biográfica es auxilio para comprender su pensar complejo.

Para concebir esa relación he tenido que familiarizarme con los contextos políticos e intelectuales de su trayectoria. Su primera infancia en Boyacá como hijo de un parlamentario conservador tempranamente asesinado; su militancia falangista, con sus vínculos tempranos con el Colegio del Rosario y el círculo de poetas alrededor de Rafael Maya; su beca en el Colegio Guadalupano en Madrid, con su asistencia a los seminarios de Xavier Zubiri y su distanciamiento crítico de Ortega y Gasset; sus estudios en la Universidad de Friburgo, con Heidegger, Eugen Fink y Hugo Friedrich; su breve beca en el Instituto Iberoamericano de Gotemburgo; su labor de diplomático durante quince años en Colonia y Bonn, incluidos su traslado traumático a Bogotá y su regreso a Alemania a mediados de los sesenta; su cátedra de hispanística en la Universidad de Bonn; su red epistolar con españoles, alemanes y latinoamericanos —la cual esboza Zuluaga Quintero en el capítulo dos de este libro—; su obra compuesta de ensayos, libros, traducciones, lecciones magistrales... Todo lo que compone la participación en una “multiplicidad de círculos concéntricos”, para tomar la expresión sociológica de Georg Simmel.¹⁶

Diferenciación social

Sobre la diferenciación social es un texto temprano, relativamente olvidado, de Georg Simmel. Fue escrito en 1890, tres años antes del muy famoso y siempre estudiado *La división social del trabajo* de

¹⁶ Georg Simmel, *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, trad. José Pérez Bances (México: Fondo de Cultura Económica, 2014). Selnich Vivas, en un ensayo inédito titulado “La obra filosófica de Rafael Gutiérrez Girardot; su debate aplazado” (ca. 1998), emplea diestramente una cita del personaje Hans Castorp de Thomas Mann para dilucidar esta misma perspectiva simmeliana: “El hombre no vive únicamente su vida personal como individuo, sino que también, consciente o inconscientemente, participa de su época y la de sus contemporáneos”, excepto que esta participación no se hace de manera simétrica e indiferenciada para todos, como veremos.

Émile Durkheim. Los dos textos clásicos pretenden responder al problema de la especificidad del mundo burgués moderno y el nuevo sujeto capitalista que de él emerge. Durkheim presenta un cuadro relativamente transparente que delinea el mundo moderno a partir del carácter profesional del individuo y la resolución de conflictos mediante una justicia retributiva orgánica, a diferencia del mundo primitivo, donde el individuo se ve inexorablemente atado a un régimen comunitario-tribal, cuya justicia se mueve por los canales de la solidaridad mecánica. En cambio, Simmel no halla una transición tajante entre dos estadios, pues en el presente se entreveran simultáneamente rasgos valorativos del pasado. Esto hace que el rasgo diferenciador de lo moderno no recaiga tanto para Simmel en la “división social del trabajo”, cuanto en una multiplicidad de círculos concéntricos que diferencian al individuo.¹⁷

Esta discusión de los padres de la sociología se convierte en un obligado punto de discusión para la historia intelectual y contribuye a definir, con rasgos metodológicos más precisos, la biografía intelectual. La sociología del siglo xx le ha atribuido al intelectual una posición muy ambigua a través de pensadores como Karl Mannheim, quien luego de una reconstrucción ejemplar de sus exponentes e instituciones desde la Edad Media hasta el mismo siglo xx, lo ha llamado “inteligencia libremente vacilante”.¹⁸ Sin embargo, todavía cabe recurrir al olvidado texto simmeliano para destacar un rasgo particular que enriquece la imagen del intelectual y que estimamos, no por capricho, adecuado para resaltar la iridiscencia de la producción intelectual del ensayista colombiano.

En el capítulo sexto de *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, llamado “El cruce de los círculos sociales”, Simmel condensa su idea original de *Sobre la diferenciación social*. Allí parte del presupuesto de que la diferencia entre el individuo de pensamiento cultivado y el lego se marca por la posibilidad de que el primero amplíe y diversifique sus círculos sociales de contacto, mientras que el segundo queda contraído, en

¹⁷ Lionel Lewkow, “Diferenciación y modernidad. Reflexiones en torno a los clásicos de la sociología” (Lección inaugural de la maestría en sociología, Universidad de Antioquia, 7 de marzo de 2019); además, Lewkow traduce por vez primera al español *Sobre la diferenciación social. Investigaciones sociológicas y psicológicas* (Barcelona: Gedisa, 2017).

¹⁸ Karl Mannheim, *Ensayos de sociología de la cultura*, trad. Manuel Suárez (Madrid: Aguilar, 1963).

general, a asociaciones y representaciones más homogéneas y simples. Las asociaciones de origen, como la familia, se van ampliando y diversificando por los contactos, los estudios, las oportunidades, y surgen así “nuevos círculos de contacto, que se cruzan en los más diversos ángulos con los antiguos, relativamente más naturales y constituidos con base en relaciones más materiales”.¹⁹

¹⁹ Simmel, *Sociología...*, 245.

Esta primaria implicación sociológica, con la que Simmel apunta a procesos de mayor heterogeneidad y complejidad, conlleva un aumento de la libertad, de la posibilidad de elección del grupo al que se desea estar sujeto. El más notable ejemplo de una “superconstrucción de círculos” por fuera del condicionamiento “orgánico inmediato” lo proporciona “la república de los sabios”: “unión semi ideal, semi real, de todas las personalidades que coinciden en un fin tan general como el conocimiento y que pertenecen a los más diversos grupos, por lo que se refiere a la nacionalidad, intereses personales y especiales, posición social, etc.”.²⁰

²⁰ Simmel, *Sociología...*, 429.

Ya desde el Renacimiento se puede constatar “la fuerza del interés espiritual y cultural, que logró unir en una comunidad nueva los diferentes elementos pertenecientes a los más diversos círculos”.²¹ Esto produjo acercamientos de nacionalidades, clases y profesiones diversas; abrió expectativas de participación común, activa y pasiva, en los pensamientos, conocimientos y actividades, de variadas formas y clasificaciones inéditas hasta el momento. Reinó la idea de que ciertas personalidades distinguidas pertenecían a la mencionada comunidad ideal, idea que fundamentó una nueva jerarquía acatada por los hombres de poder, por “un nuevo análisis y síntesis de los círculos, por decirlo así”. Todo ello señaló un espíritu independiente, de orgullo y cosmopolitismo: “el criterio de la intelectualidad pudo funcionar como base para la diferenciación y formación de círculos nuevos”.²²

²² Simmel, *Sociología...*, 430.

Las agudas observaciones de Simmel sobre el estrato intersticial de los intelectuales en la Europa moderna, cuyos rasgos no se han borrado del todo en el siglo xx, nos vienen como anillo al dedo para

tratar de brindar explicación a la vida intelectual de Gutiérrez Girardot. La complejidad de contactos con círculos académicos, intelectuales y estéticos, con selectos miembros de la filosofía, academia y artes literarias, procedentes de diversos contextos nacionales, se efectuó no solo por su peculiar genio o mal genio, sino porque justamente esos contactos liberaron su personalidad tanto a afinidades íntimas como a rechazos vehementes, no menos extendidos y complejos. Esto determina en Gutiérrez Girardot, para volver al análisis clásico de Simmel, una “subjetividad nueva y más alta”.²³ En efecto, la complejidad de factores convergentes en una misma personalidad la afectan con cualidades como la mayor desenvoltura, pero igualmente con vacilaciones que multiplican los conflictos y crean un dualismo desgarrado. Sin embargo, ello también es efecto y parte de una personalidad singular, con los horizontes multiplicados y enriquecidos por estos debates interiores y exteriores.

²³ Simmel, *Sociología...*, 433.

Vida intelectual

¿Dónde acaba lo intelectual y dónde empieza lo que no lo es? ¿Quién y cómo traza la raya entre una biografía y una biografía intelectual? ¿Qué habilita esa separación, que se puede tomar como un capricho de moda, una arbitrariedad insostenible? ¿No es el hombre una unidad de cabeza a pies, señalada por la línea descendente del corazón? ¿Cómo cercenar los sentimientos, la vida amorosa, pasional, afectiva y moral del hombre de su naturaleza intelectual, de su ser intelectual? ¿Es posible, pues, la historia intelectual y, si es así, en qué podría consistir?

La historia intelectual no traza una línea imaginaria y absurda entre las neuronas, como generadoras de ideas, discursos y representaciones, y los otros aspectos de la vida, que sentimentalmente se llaman humanos. Entre la proyección autoconsciente del biografiado que se considera intelectual, que escribe, piensa y organiza su vida como intelectual, y las otras funciones, desde las alimenticias hasta las sexuales, las cuales pueden hacerlo indiferenciado sociológicamente del resto de sus congéneres y contempo-

ráneos, este tipo de historia privilegia lo primero a manera de corte analítico —por carnícera que sea la metáfora—. La oración: esta persona produce un ensayo, con su connotación múltiple, no es indiferente culturalmente a decir: esta persona está enamorada. La vida intelectual se construye a partir de una decisión en gran medida consciente, racional, compromete la intimidad subjetiva y se despliega en un hilo de tiempo que suele coincidir con la vida del biografiado, aun en el caso de que este, por razones también sociológicamente verificables, decida odiar su talante intelectual y se declare un antintelectual, que es en esencia un intelectual antintelectual.

La actividad intelectual es una vieja práctica, o una tan antigua como la condición humana. Es decir, la activación de la masa cerebral para descifrar simbólicamente el mundo, la naturaleza y el hombre —en Grecia nace con los presocráticos, como hito inaugural de la filosofía occidental— puede diferenciarse históricamente de la vida intelectual, fenómeno de la tardía modernidad europea representado en el científico y el profesorado universitario, *par excellence*. Cuando la inteligencia socialmente selectiva restringió su saber, en virtud de exigencias científicas, sociales e institucionales, y a favor de la protección de sí y de sus privilegios; cuando traicionó los postulados, en principio ilimitados, de la vocación intelectual, al mismo tiempo se condenó a que otras capas y sectores sociales, hasta entonces por fuera de la producción intelectual públicamente activa, disputaran con propiedad las formas y los medios de producción de representaciones intelectivas. Esto se hizo posible y universalmente visible a partir del afamado caso Dreyfus en Francia, al declinar el siglo XIX.²⁴

(86) ²⁴ El argentino Carlos Altamirano hace una amena ambientación del caso Dreyfus, muy aprovechable para nuestro medio, en *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta* (Bogotá: Editorial Norma, 2006).

El intelectual, pues, nace en medio de una opinión pública ensordecida y polarizada, y pone en práctica un activismo grupal que decide sobre una masa de lectores a la que no le es indiferente la sustancia del debate político que allí se pone en juego. El intelectual identificado con el activismo vindicativo de Zola —y luego con el del Sartre de *¿Qué es la literatura?*— emerge en esa batalla de ideas, construye

sus argumentos, hace del ensayismo un arma cortopunzante suficientemente aguda, mordaz y mortal y se postula como paradigma de la dignidad nacional. El eco de esa protesta, del “Yo acuso” en contra de la corrupción nacional que destituye y encarcela al capitán judío Alfred Dreyfus, obra de modo inmediato y hondo, como si no hubiera resquicios para mantener los hombros en alto y decir: todo ello me importa un carajo. Este compromiso de la opinión pública —aunque siempre hay una ausencia de opinión pública que también labra su contraparte— es un síntoma de politización de las masas, donde se encuentran profesionales desempleados e inconformes dispuestos a vengar las injusticias, a identificarse con el valiente credo de los intelectuales.²⁵

El intelectual zolano crea también el intelectualismo antintelectual (Barrés, Maurras y la ultraderechista Acción Francesa), el cual se postula a sí mismo como defensor de la patria y los valores de la tradición nacional. La vieja lucha del siglo XIX entre jacobinos y ultramontanos, que podría tener su mismo origen en la Revolución francesa, se reedita en un contexto de sociedad de masas. Para el caso de las masas del siglo XX, estas no solo han profundizado la crisis del parlamentarismo burgués por participar de la vida electoral, eligiendo a sus representantes no burgueses, sino que se han alfabetizado casi universalmente y de un modo peligroso: se han politizado y han creado al intelectual proletario. De este modo, adquirieron un nivel de conciencia de representación política y cultura intelectual antes a ellas negado, y propenden por una representación inédita, no meramente nominal. Como lo estudia Sorel en *Reflexiones sobre la violencia*,²⁶ son masas que hacen del activismo protestatario de calle un mito autogestativo de su nueva identidad de clase.

La historia del intelectual en el siglo XX es increíblemente rica, variada y confusa. Allí hubo de todo, desde la exaltación del nihilismo heroico en Ernst Jünger hasta el budismo extático de Hermann Hesse. La crisis por el derrumbe de la racionalidad, el ascenso del fascismo y las fugas hacia la intimidad encontraron

²⁵ Así lo estudia Christophe Charle, *Los intelectuales del siglo XIX: precursores del pensamiento moderno* (Madrid: Siglo XXI, 2000).

²⁶ Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia* (Madrid: Alianza Editorial, 2005).

sus primeros analistas en autores como Max Weber, Antonio Gramsci, Karl Mannheim y Julien Benda. A ellos siguieron sociólogos como Robert K. Merton, Edward A. Schils y Richard Hofstadter, y de un modo nada pueril, aunque con temáticas cada vez más amplias o inabarcables —culturas pop y suburbanas, grafitis, etc.—, hoy siguen hablando de intelectuales autores como Herbert Lottman, J. G. A. Pocock, Dominick LaCapra, Roger Chartier o Edward Said.

A propósito del intelectual palestino —autor de una obra tan sugerente como cuestionable, *Orientalismo*—, deseo recoger algunas líneas que pueden ser directrices de esta discusión, originalmente emitidas en sus “Conferencias del Reith” por la BBC de Londres en 1993:

La amenaza particular que hoy pesa sobre el intelectual, tanto en Occidente como en el resto del mundo, no es la academia, ni las afueras de la gran ciudad, ni el aterrador mercantilismo de periodistas y editoriales, sino más bien una actitud que yo definiría con gusto como profesionalismo. Por profesionalismo entiendo yo el hecho de que, como intelectual, concibas tu trabajo como algo que haces para ganar la vida, entre las nueve de la mañana y las cinco de la tarde, con un ojo en el reloj y el otro vuelto a lo que se considera debe ser la conducta adecuada, profesional: no causando problemas, no transgrediendo los paradigmas y límites aceptados, haciéndote a ti mismo vendible en el mercado y sobre todo presentable, es decir, no polémico, apolítico y objetivo.²⁷

²⁷ Cfr. Edward W. Said. *Representaciones del intelectual* (Bogotá: Paidós, 2007).

¿Cómo hice mi Archivo Rafael Gutiérrez Girardot?

La base documental de esta investigación sobre Rafael Gutiérrez Girardot parte de su Archivo Personal, el cual reposa en la Biblioteca Gabriel García Márquez de la Universidad Nacional de Colombia. Su acceso y disposición me ha sido posible en virtud del asesoramiento que ofrecí en el momento en que este llegó a la hemeroteca de la Universidad, remitido hacia 2007 por Bettina Gutiérrez-Girardot como anexo a la venta del fondo bibliográfico en lengua alemana del profesor colombiano. Este archivo sobrepasa los diez mil folios originales y comprende: 1) los ensayos de filosofía y crítica literaria; 2) las llamadas *Vorlesungen* o lecciones magistrales dictadas en alemán

en la Universidad de Bonn, entre 1970 y 1992, todas inéditas entonces; 3) la rica correspondencia, principalmente con colombianos, españoles y alemanes. Además, de manos de Bettina he recibido cartas, separatas y, sobre todo, lo que es talismán inolvidable, su pluma-fuente Parker de su época de diplomático.²⁸

He venido ampliando este fondo archivístico, desde hace más de una década, mediante viajes a países como México, Argentina y España, lugares donde hemos recolectado grupalmente, entre otros materiales, más de tres mil piezas epistolares —no me detengo en la consecución colectiva de estas cartas porque el capítulo de Zuluaga Quintero ya lo hace—. De Alemania me complace tener la correspondencia con Hans Paeschke y Hans Schwab-Felisch, directores de la revista *Merkur*, gracias al Archivo Literario Alemán, en Marbach, institución teutona a la que usted escribe solicitando el material y a la semana, por tarde, la obtiene vía correo postal, en copias impecables y de modo gratuito. En Berlín he podido consultar por días enteros la Iberoamerikanische-Bibliothek, en virtud del hospedaje cariñoso que he recibido del poeta, hispanista y periodista Rodrigo Zuleta. De la Universidad de Bonn he logrado documentar fotos, hablar con amigos y conocidos, recrear algunos pasajes de su vida, pues también como *Lektor* que fui allí durante cuatro años (1989-1992), tengo mis selectos *Erinnerungen*.

Tuve ocasión de obtener en Bogotá un valioso material del Archivo General de la Nación, en particular la documentación del servicio diplomático en Colonia-Bonn, con el cual pude captar el ambiente de la diplomacia colombo-germana de los sesenta. En la primavera de 2014, mi estancia en Santander (España) como profesor invitado de la Universidad de Cantabria, gracias a la gestión de los profesores y amigos Manuel Suárez Cortina y Ángeles Barrio, me facilitó la indagación en los archivos de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de la que recabé los folletos de los cursos de verano de 1949 a 1953. La larga y afable entrevista que realicé en la Fundación Santillana de Madrid al vicepresidente de esa casa

²⁸ Mi asesoramiento quedó registrado el 20 de diciembre de 2010 en constancia de la División de Bibliotecas de la Universidad Nacional. Luego del primer envío del Archivo desde Bonn, en el embalaje de los libros, una cincuentena de cajas enormes, Bettina hizo llegar a Leonor Gutiérrez de Happel en Bogotá un paquete considerable de correspondencia aparte, el cual entregamos al entonces vicedecano de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la sede de Bogotá, Jorge Enrique Rojas. Hay que decir que dicho fondo bibliográfico en lengua alemana, depositado en principio en los sótanos de la Biblioteca de Posgrados de Ciencias Humanas, fue afectado por una inundación, motivando el traslado a la Hemeroteca Nacional Universitaria Carlos Lleras Restrepo, contigua al Centro Administrativo Nacional. Allí se clasificaron y se reenviaron los libros a la Biblioteca de Posgrados, y el material de archivo personal a la Biblioteca García Márquez, donde actualmente se encuentra bajo apropiada custodia. En el hallazgo de esta primicia documental, conté con la colaboración cómplice de José Hernán Castilla, Ana Jaramillo y Diego Zuluaga.

matriz librera, Emilio Martínez, tres días luego del acabose del Plebiscito contra los Acuerdos de Paz, me hizo desistir de abortar el trabajo biográfico de Gutiérrez Girardot y España. De entonces debo resaltar la indispensable colaboración de la directora de la Agencia Española de Cooperación Internacional y Desarrollo: ella puso a mi disposición las fuentes que me permitieron escribir la *petite histoire* del Colegio Guadalupano. Maravillosa, aunque a medias por el corto tiempo disponible, fue la visita a la elegante sede de la Fundación Xavier Zubiri en el barrio Salamanca de Madrid: implicó respirar una atmósfera de genuino culto a la figura del gran filósofo español, tan admirado por Gutiérrez Girardot, y donde tuve ocasión de obtener datos y documentos por la deferencia de los directivos.

Frustrante, hasta lo cervantino, fue la visita al Archivo General de la Administración, en Alcalá de Henares, pues la documentación de la diplomacia entre España y Colombia se corta hacia mediados de los años cuarenta. Frustrantísimo ha sido no poder obtener la documentación de Gutiérrez Girardot del Archivo de la Universidad de Friburgo: por ejemplo, su llamado *Studienbuch* o libro de estudios y los *Gutachten* o conceptos de su tesis doctoral sobre Antonio Machado. Solo logran salvar la situación las preciosas cartas del eminente romanista Hugo Friedrich.²⁹ Pero tal vez la odisea más laberíntica de este trabajo de heurística, en términos de Droysen, o de recolección y hallazgo de fuentes, fue consultar el inapreciable fondo de libros en español de Gutiérrez Girardot, comprado por la Fundación Barcenillas antes que la Universidad Nacional lo hiciera con la biblioteca en lengua alemana. Fue odisea genuina porque la Fundación Barcenillas queda en el corazón más perdido de la península, a dos horas de la capital de Cantabria en tren de cercanías; porque los más de cuatro mil libros están allí tan conservados como enterrados; en 2013, antes del cierre general al público —hoy más vigente que nunca—, todo el material solo se podía consultar en horarios restringidos, sin tomar copias, sin tan siquiera transcribir. Pero

(90) ²⁹ El hilo de la correspondencia con los responsables del Archivo de la Universidad de Friburgo (enero-febrero de 2011) se resume en la imposibilidad de obtener, por ahora, estos indispensables documentos: primero escribí al Prof. Dr. Frank-Rutger Hausmann, quien me informó que para el envío de las cartas se precisaba de la autorización de la viuda del profesor Hugo Friedrich, la cual se encontraba muy enferma. Me indicó después que no tenía estas cartas, pero que había publicado la correspondencia de Heidegger con Friedrich. Luego me hizo saber que el actual custodio de este legado era el profesor Gottfried Schramm. Días después me informó que el profesor Gelz había sido el último asistente de Friedrich y que conocía muy bien su archivo. Me aconsejó que me remitiera al señor Alexander Zahoransky, para lo cual me dio su dirección electrónica. Al final, y pese a la gentil diligencia, no recibí ningún material.

a cambio quedé con una serie de libros con dedicatorias al crítico colombiano, desde Borges y Alfonso Reyes hasta Pepe Valente y Gonzalo Sobejano. No debo dejar de decir que en esto conté con la ayuda de la amable bibliotecaria Paz Delgado.

Mi última estancia en Alemania, todo el otoño de 2018 para dictar un seminario sobre la ensayística latinoamericana, me confirmó la necesidad de sacar adelante esta biografía y darle este perfil algo minucioso, pues pese a que en la biblioteca de la Universidad de Erlangen constataba la existencia de libros de Gutiérrez Girardot y tesis doctorales por él dirigidas, también en la patria de Goethe sufren de la peste del olvido. No obtuve respuesta de mucha gente a la que escribí, pero qué liace, como decía mi abuela materna; otro material valioso ya me está comprometido.³⁰

Me gustaría dejar, como asunto *postmortem* eso sí, el anecdotario de la pesquisa de material epistolar en nuestra Colombia, tierra querida. Solo resalto, como feliz excepción, al gabólogo y gran amigo Gustavo Adolfo Ramírez Ariza, no solo porque hicimos en conjunto una exposición en el Archivo de Bogotá sobre el ensayista en 2015, sino porque me ha donado libros inconseguibles y me referenció una entrevista sepultada en la HJCK, de 1981, con el tema “En el bicentenario de Andrés Bello”.³¹

Los libros de Gutiérrez Girardot solo muy de vez en cuando se encuentran bajo las piedras, como me sucedió hace poco con su traducción de la *Carta sobre el humanismo* publicada en Taurus. Pero cuento con una treintena de títulos originales de la colección Estudios Alemanes, publicados por la Editorial Sur y por Alfa, porque me fueron enviados a finales de los años ochenta directamente por Inter-Naciones (Bonn) a indicación de Gutiérrez Girardot; también porque en Buenos Aires pude adquirir algunos ejemplares, pues allí no son, según entiendo, muy apetecidos. Pese a esfuerzos y diligencias, no he podido adquirir las veinticinco tesis de doctorado que dirigió Gutiérrez Girardot, conforme las he identificado, las cuales fueron publicadas en la colección Hispanische Studien de

³⁰ Una muestra esperanzadora. El historiador argentino Luis Alberto Romero, hijo de José Luis Romero, en *e-mail* del 14 de noviembre del 2019 me escribe: “Empezando a ordenar la correspondencia de mi padre, encuentro varias cartas de Gutiérrez G. Una de ellas, particularmente conmovedora, escrita un día antes de la muerte de mi padre; acababa de leer *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* y le transmitía sus primeras impresiones. En un futuro cercano habré ordenado la correspondencia e incorporaré algunas al sitio www.jlromero.com.ar. A propósito, ya casi completo la obra de mi padre, y me dedicaré a incluir los trabajos sobre él, y entre ellos los de Gutiérrez y el/los tuyos. Un abrazo, Luis Alberto”.

³¹ *НҮҢК. Cronología de la cultura 1950-1990* (Bogotá: Villegas Editores, 1991). La semblanza de Gutiérrez Girardot en esa edición conmemorativa de la emisora cultural de Álvaro Castaño Castillo reza: “Sogamoso, Colombia, 1928. Catedrático, crítico y ensayista. Estudió con el filósofo existencialista Martín Heidegger y con el notable teórico de la lírica moderna Hugo Friedrich. Hace cerca de treinta años reside en Alemania y en la Universidad de Bonn regenta la cátedra de hispanística”, 335 y 436. La exposición en el Archivo de Bogotá se prolongó de octubre del 2015 a marzo del 2016. El catálogo *Exposición homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot*, diagramado por Susana Medina, fue descolgado de impresión por la directora del archivo de la administración distrital de Enrique Peñalosa.

Peter Lang Verlag, pero por el momento las que tengo me son suficientes...

Riesgos con las fuentes, nota autobiográfica

El investigador social, el historiador y el filólogo viven en un continuo naufragio: el del océano de documentos, opiniones, criterios y demandantes estados de la cuestión, los cuales son inabarcables por su naturaleza. Todos parecen o no tener la razón. Cada cual dice una cosa y otro la contradice del mismo modo persuasivo. El náufrago estudiante se convierte rápidamente en un autista de su propia desesperación. Todo da vueltas en la cabeza, todo gira en un cosmos de fuentes que marea. Navega por un océano de incertidumbres y las olas incesantes lo tiran de aquí para allá. Pero hay que reaccionar, con decisión tan autoritaria como modesta. Simplemente, no sucumbir es una mera cuestión de carácter.

Podríamos resumir que la biografía intelectual consiste en dar pautas siempre posibles, en trazar las líneas básicas y comprensivas de una trayectoria hipotética e hirsuta —que está entrecruzada de datos positivamente documentados y conceptos que proceden de los datos— y en seguirlas hasta agotar la veta, como en un socavón de mina profunda. Pero adentrarse en el socavón, palpar las vetas fecundas y examinar las rocas inertes es una aventura intelectual por sí misma, un juego de fantasía, desgaste, resistencia e imaginación. Sumergirse en la vida de otro —en este caso, un “ilustre muerto desconocido”, como decía Juan María Gutiérrez de sus indagaciones sobre literatura colonial—,³² descifrar las líneas evidentes y las escritas en tinta invisible, es un desafío abismal, casi un desafuero cognitivo —algo de lo que se burlaba con razón Voltaire en su *Filosofía de la Historia*, saber si tal día a tal hora el rey de Suecia Carlos XII se sentó en un sillón azul o en uno rojo—.

¿Creen acaso que los documentos no hablan y al tiempo enmudecen, que se leen en el día y no resurgen en los sueños en la noche, en medio de pesadillas, o que son papel húmedo, muerto, unidireccional?

³² Cfr. Juan Guillermo Gómez García, *Crítica e historiografía literaria en Juan María Gutiérrez* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1999).

¿Acaso no es posible que esa familiaridad de lo mismo con lo mismo no desemboque en una esterilidad deprimente? ¿A partir de qué punto emerge la pregunta, el problema que guía la investigación? La pregunta, que es el punto de partida de toda investigación histórica, y por tanto la biografía intelectual es en principio una ciencia empírica, surge del reconocimiento de lo que se sabe y de lo que se desea saber y está en la oscuridad. Cada descubrimiento invita a indagar más sobre lo conocido, en una dirección hasta ahora no cuestionada. Un “círculo de niebla”, como dice Johann Gustav Droysen en su afamada *Histórica*, rodea nuestras representaciones del mundo del pasado, pero es cuestionado en el momento singular en que lo recibido no satisface nuestra curiosidad, en que ella reacciona contra lo ingenuamente recibido.³³ Esa reacción recibe el nombre de duda, busca examinar lo recibido como fe para ser reaprendido.

³³ Johann Gustav Droysen, *Histórica*, trad. Ernesto Garzón Valdés y Rafael Gutiérrez Girardot (Barcelona: Editorial Alfa, 1983), 44.

Todos podemos afirmar que la vida histórica está en nosotros, que somos simple memoria ardiente. Parcial y subjetivamente, esto es una realidad. Nuestra existencia es una proyección de nuestros deseos y frustraciones, y hacemos de la escritura histórica reclamo y reivindicación, o sea justicia y medio falsas demandas, presentándonos en el colmo del púlpito de la época como árbitros imparciales del pasado. Acumulamos, ordenamos, seleccionamos y analizamos las fuentes; decidimos qué decir, omitir o velar, por mérito, audacia, pereza, poder o maldad de clase, género, raza y partido —este es el *quid* de la historia oficial; entre nosotros, desde Henao y Arrubla hasta... ¿quién?—. Es un problema determinar el relieve, y por ello se puede llegar a preguntar si esto al fin es novela o ciencia, pues una novela contiene elementos incontrolables que desacreditan la postulación científica del trabajo, pero la técnica narrativa, en caso de dominarse, también contribuye a precisar el objeto científico. En cualquier caso, hay que ordenar discursivamente las fuentes, darles forma y cuerpo, como hace todo paciente y soberbio historiador, que ante ellas se emociona de modo onanista. De ahí que

toda genuina historia es una potencial novela, una de *non-fiction*, y no hay poder para dirimir el deslinde entre lo objetivo y lo caprichoso, entre lo épico y lo cómico —aunque siempre tengamos un manual metodológico para evitar esta grotesca contrariedad—. En suma, hay que construir, reconstruir y destruir en un ciclo continuo de indecisiones.

¿Qué se construye, reconstruye y destruye? Se debe dejar que los otros hablen, que los restos existentes, al decir de Droysen, o las fuentes —ensayos, entrevistas, cartas, fotos, etc.— hablen por nosotros y nos entreguen ese otro: el pasado en su desnuda mudez, lo que no somos y lo que somos ahora. Porque esas fuentes nos hablan y nos interrogan, nos ocultan y nos sugieren, en forma necesariamente fragmentaria y discontinua; porque el pasado no es el presente, aunque vive en él —un juego de la máquina incontrolable del tiempo, que debe pasar por el *telos* de una comunidad ideal—; porque hay una angustia existencial y casi una falta de consideración y respeto en hacer surgir de los documentos muertos y mudos a un ser con vida propia. Por supuesto, todo investigador social podrá argüir esto o algo semejante en sus trabajos. ¿Cómo darle vida a un sindicato, un movimiento social, una región, un partido político, una corriente literaria, una nación o un continente? ¿Cómo operan los que hoy se atreven a hacer historia universal, en contra de todo pronóstico y con un éxito comercial que apabulla? Todos estos, al fin y al cabo, son sujetos históricos que se deben individualizar, caracterizar y tipificar en el curso de un lapso determinado, en una cronología y periodización adecuada. Sin embargo, la biografía intelectual corre el riesgo más agudo de la sobreidentificación con su objeto de estudio por el carácter personal, individual y aparentemente más concreto que se estudia. Endiosar, heroizar al biografiado es una tentación que parte del ego del mismo investigador: queremos ser o al menos sentimos que somos aquel individuo sobre quien escribimos, nos proyectamos en él y deseamos darle un perfil idealizado, como compensando nuestras deficiencias y

frustraciones proyectivas en el otro-ideal. Queremos y deseamos, pues, darle un carácter abstracto unitario: un dios terrenal. Una labor que tiene que ver más con la exaltación teológica que con la ciencia social moderna.

Pero invoquemos una nota autobiográfica para elidir de una vez el riesgo de identificación entre biógrafo y biografiado, entre biografía y autobiografía del supuesto biógrafo. Gutiérrez Girardot nos invadió en nuestra juventud, se metió en cada una de nuestras neuronas de estudiantes de Filosofía en la sede bogotana de la Universidad Nacional, acaparó y monopolizó cada una de nuestras apasionadas discusiones durante semestres y años en que formamos una secta de cuasifanáticos, de iluminados provocadores y de marginados a nuestro placer. Hicimos de la irreverencia una profesión cercana a la pedantería. Esto era algo natural, casi lógico, en un país de mierda donde la desesperanza y las malas pasadas eran el pan amargo de cada día. Un país que odiábamos a fondo, por su orquestada capacidad de humillación y desamparo a que somete a su mayoría desde que Colón pisó por primera vez una playa americana. El rencor personal era un trasunto del rencor y la desesperanza de todo un continente, de cinco siglos de horror, violencia e injusticias sin par. Nadie esperaba nada de nadie, aparte de la puñalada en el riñón. Esta era la razón de una sobreidentificación con el monstruo Gutiérrez Girardot, que iluminó y dio calor vital a nuestra existencia de pobres estudiantes en la edad más febril.

En una expresión, fuimos como una secta saint-simoniana minúscula que, antes de haber leído a Saint-Simon o a Cabet, conspiraba para cambiar el mundo. Unos utopistas tardíos. Nuestro *Père* era José Hernán Castilla, pero nunca logramos, en el curso de las décadas, tener a nuestra *Mère*. No salimos como los extraviados hijos del gran Saint-Simon al Medio Oriente en busca del ideal femenino, no tuvimos la suerte de ser leídos por Goethe, Balzac o Heine, ni fuimos los banqueros de Napoleón III; pero sí adoptamos, como toda secta, costumbres y lenguaje típico que nos aislaron del entorno, que nos dejaron como

parias en el mundo social. Como tales afirmamos, en forma cada vez más extravagante, los ademanes sectarios, las formas de una colectividad pequeñísima que se siente y se sabe dueña de la verdad, el camino y la vida. No éramos tan ingenuos para creer que sin partido radical, sindicato revolucionario o movimiento de masas podríamos hacer la revolución, pero confiábamos imperativamente en que solo de este modo nos liberábamos de lo más absurdo. Éramos semidioses truncados, de derrota en derrota. Si viviéramos otra vez, repetiríamos nuestra manera extraña de ser, en el encantamiento de esa soberanía cognitiva que, como a cierto personaje de *Cien años de Soledad*, nos hacía levitar ante el altar.

Algo todavía queda de esa semilla que nos hacía creer muy especiales e imbatibles. Sin esa convicción de fondo, esta biografía de Gutiérrez Girardot sería un trámite nada más que burocrático, una rendición pasiva al mundo de nuestra vida universitaria, en uno de sus sórdidos aspectos. La devoción, que por definición implica vasallaje, era para nosotros la forma alegre y ágil de nuestra libertad de saltar a los matorrales de nuestra diaria realidad. Así descargábamos toda nuestra furia moral en el escupidero sin fondo de la vida nacional. O lo presuponíamos... La actitud teórica que implica retar el mundo y negarlo era la típica actitud cognitiva de valor absoluto sobre todas las cosas, la cual se traducía en un ajuste de cuentas diario contra todo y contra todos. Borrosa quedó la pregunta sobre el riesgo del escepticismo estéril de esa actitud y sus posibilidades de automutilación intelectual. Esta vida afectada no era, sin embargo, un juego irónico, sino una descarga incondicional con visos de autodestrucción a flor de piel. Nadie, pues, nos entendía, y en ello consistía en términos cotidianos ser gutierrista.

Con los años, la pasión y el fervor no tienen por qué haber disminuido y, más aún, se acrecientan también a placer. Tratar ahora de hacer el falso ejercicio de distanciarse, de objetivar y neutralizar al monstruo, no es matar al padre, sino un intento absurdo de autonegación. No hay necesidad de una enmienda tras déca-

das de supuestos extravíos, porque al menos deseábamos acertar y vincular ese acierto con una redención colectiva que todavía no se ha producido. Esa espera está siempre allí, inconfundible, inextinguible. Hay, sí, una distancia entre el hoy y la pasión y el fervor juveniles, pero tratar de enmendarse de un vicio tan consustancial como la dependencia a la heroína es una falta de respeto consigo mismo y un proceso kafkiano en que uno es a la vez víctima, demandado, juez, fiscal y segunda instancia.

¿Es la biografía una autobiografía “de sustitución, un juego de papeles disfrazados”, como afirma el prolífico Jean Lacouture?³⁴ Parcialmente, no. El rasgo de empatía con Gutiérrez Girardot se cuenta entre los resortes últimos de motivación de su biografía intelectual, como queda dicho, pero no determina ni asfixia la distancia crítica, la modelación proyectiva final del trabajo. Su biografía intelectual no parte de la fascinación por buscar a un héroe-padre, un esfuerzo psicológico personalizado por rendir homenaje póstumo a un mártir postergado de nuestra República de las letras. La empatía se encauza más bien en un amplio propósito académico-universitario para restituir en el flujo dinámico de nuestra historia intelectual latinoamericana y colombiana a uno de sus personajes más representativos del siglo xx, quien justamente desarrolló su amplia labor para proporcionar un sólido piso histórico-social a nuestras letras continentales, desde la época colonial hasta el presente. El “juego de papeles disfrazados” que puede haber en ello significa solo que hay una tradición universitaria propia que debe ser potenciada y que en él puede encontrar un buen comienzo. Es esto lo que nos precave o nos debe precaver de hacer de Gutiérrez Girardot y de todo intelectual una biografía de arrebató. El biografiado representa y debe significar, para este caso, un tipo histórico-sociológico muy diferenciado.

³⁴ Citado por Dosse, *El arte...*, 95.

Nota bene

Concluamos que una biografía intelectual, en particular si se trata de Gutiérrez Girardot, tiene que

³⁵ Gerald Martin, *Gabriel García Márquez. Una vida* (Bogotá: Random House Mondadori, 2009); Xavi Ayén, *Aquellos años del boom: García Márquez, Vargas Llosa y el grupo de amigos que lo cambiaron todo* (Barcelona: RBA, 2014).

³⁶ Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Dialéctica del Iluminismo*, trad. Héctor A. Murena, Estudios Alemanes (Buenos Aires: Editorial Sur, 1969), 3; la traducción de Juan José Sánchez explicita otro matiz: “degenera en mercancía y el lenguaje en elogio de la misma”, *Dialéctica de la Ilustración* (Barcelona: Editorial Trotta, 1998), 52.

distanciarse metodológicamente de modelos como la biografía de García Márquez por Gerald Martin o la biografía colectiva del *boom* por Xavi Ayén.³⁵ Estas sucumben al indiscreto encanto de sus héroes, magnifican sus proezas y cultivan la devoción espectacular de cada uno de sus actos. Así la literatura “se transforma inevitablemente en mercancía y la lengua en embellecimiento de esta”, para expresarlo con Horkheimer y Adorno.³⁶ Identificaban Martin y Ayén, en forma depravada y más bien periodística, triunfo comercial con verdad estética. Deprecian el valor crítico de las obras que exaltan al rendir cortesía a la maquinaria empresarial y sus innumerables oportunistas con un lenguaje desgastado y conformista. Hiperbolizan en cada línea, en cada página, no sin reportar una inmensa masa documental y una apreciable habilidad comunicativa. Empero, la carencia de distancia, esto es, de una distancia histórico-crítica de sus biografados, hace interesantes estos trabajos para no buscar imitarlos. Solo por esta virtud, a su modo inestimable, se hace digno señalar su discutible importancia.

Con todo, ciñéndonos a una evaluación metodológica de la historia intelectual, el libro de Xavi Ayén ofrece un rico aunque disperso material sobre la actividad editora catalana, como la figura de la *marchand* Carmen Balcells, y datos invaluable, como el informe de censura franquista sobre *Cien años de soledad* o el incendio de la librería independiente La Cinc d’Oros por los Guerrilleros de Cristo Rey en 1972, a causa de la exhibición en vitrina de libros de los “tres Pablitos” (Neruda, Casals, Picasso). La dinámica ciudad editora del *boom*, Barcelona, vio emerger de la noche a la mañana nuevas editoriales como Lumen, Tusquets, Anagrama, Ediciones 62, La Gaya Ciencia, que se combinaban con viejas editoriales como Seix Barral, Bruguera, Salvat. Todas contribuyeron a catapultar a los emergentes novelistas latinoamericanos.³⁷

Este trasfondo tiene un especial interés para la biografía de Gutiérrez Girardot, quien encontró en esos años del ápice del *boom* un resquicio para las más mordaces críticas, por marginales que se juzgaran, en otro editor catalán, Miguel Riera y sus revistas

(98)

³⁷ Xavi Ayén, en *Aquellos años...* (“Capítulo 3. La historia de una ciudad”, “Capítulo 5. Carmen Balcells, la ‘Mama Grande’”), ofrece un valioso panorama de la figura del editor y de la edición en Cataluña en los años sesenta y setenta. Resulta también de interés la reseña que se hace de los editores catalanes Antoni López Llausás y Francisco Porrúa, este fundador y director de la editorial Sudamericana de Buenos Aires; *Cf.* 313-325.

El Viejo Topo y Quimera y su editorial Montesinos, de donde salió *Modernismo*. Gutiérrez Girardot, pues, aprovecha el espacio catalán para poner de presente la temprana fetichización de la empresa comercial del “realismo mágico”, el dañino exotismo europeo y la pretensión por parte de esta mercantilización de sofocar hondas raíces literarias como el ensayismo de Bello, Sarmiento y González Prada, el modernismo de Rubén Darío y José Asunción Silva o la poética de Borges y César Vallejo. Estas son tradiciones y corrientes literarias que preceden, condicionan y explican el *boom* novelístico, expuesto de forma cómoda y ahistórica como generación espontánea.

Hoy, antes de culminar este capítulo metodológico tan abstruso, salí a tomar unos tragos a un bar cercano, Centro Agencia. Medio ebrio escuché “El cóndor herido” del ídolo vallenato Diomedes Díaz:

Mejor me voy, mejor me voy,
como hace el cóndor herido.
¡Ay! mejor me voy, mejor me voy,
como hace el cóndor herido.

De modo que a quien se resistió a entender, le otorgo como colofón estas coplas populares que resumen y condensan una vida académica a contracorriente.

Adenda: mientras culminaba la fase de corrección de esta investigación, llegó el primero de marzo del 2021 de Alemania una caja de 25 kg del legado de Rafael Gutiérrez Girardot, enviada, como sorpresa inusitada, por su hija Bettina. Pues la novedad consiste en que por fin tenemos una imagen más completa, si no decisiva, de su obra crítica, que, entre otras cosas, podría ser de unos 45 tomos. Ahora tenemos a la mano su correspondencia con Martin Heidegger, con Golo Mann y alguna pieza de más con Hugo Friedrich. Tenemos otras dos mil quinientas piezas epistolares, por ejemplo las largas y jugosas cartas con el crítico uruguayo Ángel Rama, que suman más de sesenta, en la época más importante, como director de Biblioteca Ayacucho. Así que ya podemos saber con detalle cuál fue el proyecto de ambos, qué plan maestro se idea-

ron para llevar a cabo la más imponente realización editorial de nuestro continente. También tenemos, y esto quizá con valor simbólico para muchos, la última carta de Jorge Gaitán Durán, del 19 de junio de 1962. Tiene al margen la nota a lápiz: “última carta. El 21-22 murió en accidente” aéreo. También hay una extensa carta de 1960 al jesuita Jaime Vélez Correa brinda datos inéditos hasta ahora sobre su formación filosófica. Gracias a esta documentación adicional, de última hora, se lograron completar las piezas epistolares con la intelectualidad española.

¿Qué significa que venga este legado al país, que se añade al ya existente en la Universidad Nacional? Mucho. Una lección de patriotismo y generosidad para un país saqueado por todas partes. Solo basta pensar en la familia de García Márquez, que negoció sus papeles por millones de dólares con la University of Texas at Austin. Una vergüenza insólita. Es increíble que nadie, ni académicos ni profesores ni ministros de cultura o educación, haya pegado el grito en el cielo. Ni los que proclaman que García Márquez es de nuestras entrañas culturales, como, creo, lo fue su contemporáneo, Gutiérrez Girardot. La fama no es la única medida de la importancia cultural. El legado de Gutiérrez Girardot, y no hago un distinguo de escalas de éxito comercial o bulla mediática, es de gran importancia, una pieza central de la vida cultural de nuestra nación. No diferente es el asunto con los herederos de Tomás Carrasquilla, con los de León de Greiff, que acaparan hasta el abuso los escritos de sus ascendientes, de los ilustres literatos que se deben sacudir en su tumba por el atropello a su memoria.

La invención de un pasado para Baldomero Sanín Cano

Gildardo Castaño Duque¹

¹ Magister en Literatura Colombiana de la Universidad de Antioquia, candidato a doctor en Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia, coordinador del Semillero en Historia Intelectual del GELCIL y maestro oficial de la Escuela Normal Superior Rafael María Giraldo (Marinilla, Antioquia).
Correo: gjcastanod@unal.edu.co

Este hacer biográfico como estrategia de investigación

El ejercicio de la biografía intelectual se hace posible hoy en Colombia dado que, en los últimos años, tal vez como reflejo de un movimiento básicamente europeo, el género ha vuelto a florecer en el entorno académico.² Las razones para el hecho remiten a un resurgimiento de los individuos en el estudio del pasado,³ después de años de la marginación impuesta por formas de historia que ponían en duda el valor de centrarse en aquellos y en los acontecimientos. Lejos de tales posturas, Loaiza Cano propone la biografía intelectual como un ejercicio riguroso que supera el simple encadenamiento de anécdotas en el tiempo, a través de un proceso investigativo que no prescinde de modelo interpretativo, y cuyo propósito es entender tanto el conjunto de una vida como sus facetas, “dándole a cada una de ellas su lugar apropiado en el universo de la obra”.⁴ Por su parte, François Dosse afirma que este género se preocupa “por entender al autor [biografiado] y permite especialmente avanzar en el orden del conocimiento según el grado de intensidad de la implicación del biógrafo”.⁵

Se elige a un personaje de estudio a veces con el afán de reparar olvidos injustos. Dosse muestra que no pocas personas despreciadas o relegadas a segundo plano por la historia oficial captan el interés del biógrafo, quien se da a la tarea de recaudar evidencias y argumentos para zurcir brechas históricas.⁶ No obstante, el mismo autor advierte que dicha

² En general, el texto *La apuesta biográfica. Escribir una vida* (Valencia: Universidad de Valencia, 2005), de François Dosse, es no solo una amplísima exposición y demostración de este movimiento de revalorización de la biografía como género y método, sino también una contextualización histórica del fenómeno.

³ François Dosse, *La apuesta*, 48, Daniela Spenser, “Biografía, ¿para qué?”, *Desacatos* 50 (2016): 10-11.

⁴ Gilberto Loaiza Cano, “El recurso biográfico”, *Historia Crítica* 27 (2004): 224.

⁵ Dosse, *La apuesta*, 376.

⁶ Dosse, *La apuesta*, 76.

empatía puede ser fuente de ceguera o tendencia hagiográfica. Aquí se pisan terrenos de cuidado, pues el hacer biográfico conlleva la inevitable transformación del biógrafo según su compromiso y progreso con el trabajo: “esta alteración debe ser contenida para que permita la comprensión de este sujeto que sigue siendo ese otro cuya misteriosa singularidad tratamos de aprehender sin caer en la trampa de confundirlo con uno mismo”;⁷ o como lo plantea el profesor Juan Guillermo Gómez en su ensayo sobre el género biográfico, la empatía con el biografiado puede constituir un motivo para abordar al personaje, pero “no determina ni asfixia la distancia crítica, la modelación proyectiva del trabajo”.⁸ Es usual que los personajes, en el momento de encontrarse con el biógrafo, traigan tras de sí una larga estela de referencias que dan noticia de su existencia. Algunos incluso, como dice Dosse, ya son “Dios-fetiché”, pero es tarea del biógrafo encontrar al sujeto biografiado en su forma real y terrenal, pues el propósito que lo convoca no es transmitir arquetipos, sino cuestionarlos.⁹ Lo anterior legitima su trabajo. Por fuerte que sea la identificación entre las partes de la relación biográfica, ambas humanas, asumir cierta distancia, como base del encuentro que se da a través de las fuentes, valida una vía para mantener el género de la biografía en los predios de la historia.

Ahora, para encarar el aspecto metodológico de la tarea que aquí se analiza, es decir, la elaboración de una biografía intelectual de Baldomero Sanín Cano (1861-1957), sería importante partir de la pregunta que deja sugerida Loaiza Cano: ¿cómo se establecen vínculos entre una vida, una obra y el entramado político y social en que se produjeron?¹⁰

A la historia la agobia ese sentido aporético planteado por Ricœur de colocar una presencia en el vacío de su propia ausencia; sin embargo, a pesar de lo insoluble de su destino, la historia se resiste a entregar su afán de disponer en el escenario del presente a personas o hechos del pasado, las más de las veces, en una pugna tenaz contra la voracidad del olvido. Lo que aquí se expone es, pues, parte de la

⁷ Dosse, *La apuesta*, 60.

⁸ Véase el capítulo precedente: “¿Qué es una biografía intelectual? A propósito del caso de Rafael Gutiérrez Girardot”.

⁹ Dosse, *La apuesta*, 369.

¹⁰ Gilberto Loaiza Cano, “Entre la historia intelectual y la historia cultural, una ambigüedad fecunda”, en *Historia Cultural desde Colombia*, eds. Max S. Heing Torres y Amanda C. Pérez Benavides (Bogotá: Universidad de Los Andes), 351.

problemática de cómo hacer memoria al reconstruir los primeros años de la experiencia vital e intelectual de alguien ido. Su nombre, Baldomero Vladislao Sanín Cano. Nacido el 29 de junio de 1861 en Rionegro, entonces cabecera del departamento del mismo nombre, dentro del Estado Soberano de Antioquia.¹¹ Ausente desde el 12 de mayo de 1957. Su presencia balsea tercamente en los escritos de amigos y detractores; algunos de sus propios textos también aportan, como al azar, uno que otro recuerdo de sí, teñido casi siempre de una especie de modestia crónica. Huellas de su hacer son los innumerables artículos, producto de sus preocupaciones y afanes imbricados en el ambiente cultural, político y social en que le tocó obrar y sufrir.

Tejer la vida de Sanín Cano requiere paciencia para cosechar indicios en periódicos, revistas, cartas, congresos, conferencias, hojas sueltas, exposiciones industriales y de artes, instituciones, reuniones sociales, teatros, sermones, partes de guerra, eventos de caridad, tertulias, artefactos, programaciones culturales y académicas, celebraciones populares, planes de estudio, constituciones, exámenes, grupos de lectura, cafés, informes oficiales, decretos, acuerdos, cenas (familiares y oficiales), convenciones, reuniones políticas, anécdotas, relatos de viaje y eventuales caminatas de distensión o placer. Construir un pasado en torno a la figura de Baldomero Sanín Cano consiste en recortar de ese fondo episódico, informe e inconexo, por medio del recurso de la trama, una vida con sentido. Como dice Ricœur, una de las principales funciones mediadoras de la “trama” es la de terciar “entre *acontecimientos* o incidentes individuales y una *historia* tomada como un todo. [Es decir, la trama] extrae una historia sensata de una serie de acontecimientos o de incidentes”;¹² con ello, propicia un acto de creación al transformar “acontecimientos o incidentes en una historia”.¹³ El adjetivo “sensata” obliga a pensar que la biografía intelectual, como estrategia metodológica de investigación, no cruza lejos de la invención. De hecho, en la propuesta aquí expuesta, invención es el concepto clave, de ahí

¹¹ Aunque el intelectual repite en numerosas ocasiones que su fecha de nacimiento es el 27 de julio, su partida de bautismo reza 29 de junio. Cfr: Parroquia de Rionegro, libro 28 de bautismos, folio 136V.

¹² Siguiendo a Aristóteles, para Ricœur la trama “es la mimesis de una acción”. A su vez, es el modo de dotar de sentido el tiempo vivido, pues “Veo en las tramas que inventamos el medio privilegiado por el que re-configuramos nuestra experiencia temporal confusa, informe y, en el límite, muda”. Paul Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004), 33-34; María Teresa Bonet, “La narración histórica en la teoría de Paul Ricœur. Fragmentos de un debate”, *Revista electrónica de estudios latinoamericanos* 3 (12) (2005): 48. (103)

¹³ Paul Ricœur, *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico* (México: Siglo XXI Editores, 2004), 131.

¹⁴ Para este autor, una nación es una comunidad imaginada, en la medida en que las personas comparten una serie de actitudes, sentimientos y valores, con seres que sienten como hermanos de origen sin necesidad de conocerse personalmente. Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2007).

¹⁵ Los procesos de construcción de una identidad no siempre se ajustan a condiciones y hechos reales. Hobsbawm y sus colegas evidencian cómo el análisis empírico de la mayoría de las producciones identitarias recurre frecuentemente a la invención de situaciones. Los múltiples ejemplos que analizan del ámbito europeo demuestran la creatividad humana cuando de inventar sus tradiciones se trata. Eric Hobsbawm, “Introducción: la invención de la tradición”, en *La invención de la tradición*, eds. Eric Hobsbawm y Terence Ranger (Barcelona: Editorial Crítica, 2002).

¹⁶ En *La policía de familias. Familia, sociedad y poder* (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2008), Donzelot muestra cómo en la Francia posrevolucionaria se hizo necesario inventar la familia como estrategia de control de una sociedad desordenada y anarquizada. Por su parte, Casey, siguiendo muy de cerca los postulados de Anderson, plantea que una pequeña comunidad, ya sea un barrio, un pueblo u otra forma de grupo social en el que sus miembros tienen algún grado de conocimiento entre sí, igualmente recurren a elementos imaginativos para consolidarse como grupo. James Casey, “Conferencia de Cloenda: La Invención de la Comunidad y la Historia Social”, *Revista Pedralbes* 23 (2003): 779-796.

¹⁷ Ricœur, *Tiempo y narración I*, 117. Narrar encuentra su primer “anclaje” de inteligibilidad en la capacidad de utilizar en la trama de manera significativa la “red conceptual” de la “acción”.

En la elaboración de su biografía, identificar a Baldomero Sanín Cano como agente y reconocerle motivos se vuelven operaciones complementarias.

Las “circunstancias” en medio de las cuales actúa no han sido producidas por él, se le imponen desde el campo práctico, y estas circunscriben su intervención dentro del transcurso de los acontecimientos, al ofrecer a la acción ocasiones favorables o desfavorables.

la recurrencia, como se verá más adelante, a Benedict Anderson,¹⁴ Eric Hobsbawm,¹⁵ Jacques Donzelot y James Casey.¹⁶

Como todo acto de exhumación, también el nuestro consta de dos aristas. En primer lugar, el agotamiento en la simple y enfermiza hagiografía necrológica. Tal cosa expone al personaje biografiado como un figurón de su época. Con ello se logra apenas, en el mejor de los casos, la grotesca experiencia de exhibir un cadáver yacente entre crespones, enumerando las razones moralizantes que exigen su recuerdo en el presente como un ser más o menos ejemplar de su momento histórico. El tono de dicha exhibición es, por lo general, la ingenua lección escolar o el discurso efemérico que se recorta a medida entre la arrogancia y la falsa erudición. La segunda opción, entre frustraciones y logros, supone la entrega al asombro con los hallazgos que depara el acto intrigante de la búsqueda, en últimas para sorprender y narrar honestamente al agente que “actúa” y “sufre” sometido a las “circunstancias” impuestas por su entorno cotidiano.¹⁷ A eso aspira el presente ejercicio, a bosquejar vías para abordar una historia intelectual concreta, entendida esta como el rastreo, la comprensión y la explicación de los avances, los retrocesos y los virajes en el pensar de un hombre que vive y sufre inmerso en el entramado ideológico, político y cultural de su época.

Deponiendo los prejuicios

¿Habrá fórmulas metodológicas para encontrar un objeto de estudio? ¿Escogemos los temas o ellos nos escogen? En honor de la honestidad, habría que aceptar sin vergüenza que mi encuentro inicial con Baldomero Sanín Cano como tema de estudio fue producto del prejuicio. Un tiempo atrás, con mi proyecto de investigación de ingreso a la Maestría en Literatura, esperaba poner en aprietos críticos a tres intelectuales colombianos a través de un grillette común: la franca incomodidad que me producían algunas de sus simpatías. Parecían ser la deshonra del ‘gremio’ dado que, entregados a los arrullos del poder,

llegaron incluso a la triste condición de aduladores. Los reos: Baldomero Sanín Cano, Fernando González y José Antonio Osorio Lizarazo. El yerro: escribir cada uno un libro laudatorio acerca de un dictador. En su orden de pecadores, *Administración Reyes (1904-1909)* (1909), *Mi compadre* (1934) y *La isla iluminada* (1946). Mi propósito: enrostrarles su desvergonzada actitud, pues desde la ingenuidad y el desconocimiento del momento, mi concepción de intelectual se avenía bien con un compromiso político decantado en favor del respeto, la igualdad, la legalidad, la democracia y, sobre todo, la vida.

Tan eventual y contingente como el primer hecho con relación al objeto de estudio, fue el haber empezado la revisión de los tres intelectuales con Baldomero, sin tener de por medio una razón cronológica o de algún otro tipo. Entonces se fueron abriendo a la lectura unos textos llenos de sensibilidad, orientaciones e ideas valiosas cuya atracción no solo arrasó por completo el propósito inicial, sino que también instauró en su lugar la sensación de que había allí un hombre con el cual se cometía y se sigue cometiendo una injusticia histórica. Lejos quedaron Fernando González y José Antonio Osorio Lizarazo, así como el orgullo ingenuo del reclamo, para abrirle paso a la simple voluntad de conocer. El proyecto de la maestría se agotó en un ejercicio sencillo que, a pesar de todo, aportó experiencia y un acercamiento a la revista *Hispania*, publicada por Santiago Pérez Triana desde Londres, Inglaterra, y en la cual Baldomero Sanín Cano participó activamente. La rimbombante tesis, “Una Latinoamérica universal: contribuciones de Baldomero Sanín Cano (1861-1957) en la revista *Hispania* (1912-1916)”, consistió en una presentación de la publicación y un esbozo de la presencia intelectual de Baldomero en ella. Ya en las lides de mi formación doctoral en Ciencias Humanas y Sociales, sigo las huellas intelectuales del mismo personaje, pero con criterios un tanto más humildes y renovadas intenciones. Este nuevo afán, “Baldomero Sanín Cano (1861-1957). De Rionegro a Bogotá: un intelectual de provincia”, lleva inmersas dos fuerzas. Una convicción: “las reconstruc-

¹⁸ Paul Ricœur, *Tiempo y narración III. El tiempo narrado* (Madrid: Siglo XXI Editores, 1996), 778.

¹⁹ José Carlos Mariátegui, “Sanín Cano y la nueva generación”, en *Temas de nuestra América. Obras completas*, t. 12 (Lima: Biblioteca Amauta, 1960): 126-130.

²⁰ Francisco Romero, “Un maestro de América”, *Revista Iberoamericana* XIII (26) (1948): 249-253; Joaquín García Monge, “Mi deuda con Baldomero Sanín Cano”, *Revista Iberoamericana* XIII (26) (1948): 269-271; Gabriela Mistral, “Palabras sobre un Rector”, *Revista Iberoamericana* XIII (26) (1948): 259-261; Max Henríquez Ureña, “Sanín Cano, maestro del ensayo breve”, *Revista Iberoamericana* XIII (26) (1948): 287; Juan Marinello, “Baldomero Sanín Cano, sabiduría liberadora”, *Revista Iberoamericana* XIII (26) (1948): 284.

²¹ Waldo Frank, “Baldomero Sanín Cano”, *Revista Babel* 59 (1951): 95; Luis Araquistáin, “Un filósofo de la risa”, *Revista Babel* 59 (1951): 157-158.

ciones del historiador ambicionan ser *reconstrucciones* más o menos aproximadas de lo que un día fue ‘real’; y una sospecha: “Todo sucede como si el historiador se supiese vinculado por una deuda respecto a los hombres del pasado, respecto a los muertos”.¹⁸

El Baldomero conocido

Desde la década de 1890, el nombre de Baldomero Sanín Cano circuló en prensa y revistas latinoamericanas y españolas. Sin embargo, se puede considerar como inaugural en su difusión y reconocimiento una semblanza de 1927 de José Carlos Mariátegui en la que le reconoce su sólida formación política y cultural.¹⁹ Luego, diversos medios hicieron ediciones especiales en honor a su labor. En el homenaje correspondiente a la *Revista Iberoamericana*, Francisco Romero lo llama “maestro de América”, Joaquín García Monge habla de su deuda con él y Gabriela Mistral lo califica de “rector moral de las repúblicas”; en opinión de Max Henríquez Ureña, “si vasta es su cultura, que le permite recorrer con arte e ingenio todos los campos de la inteligencia, lo que mejor define su personalidad es su carácter, su conducta rectora y limpia, su actitud de apóstol del pensamiento”, y según Juan Marinello, desde sus inicios pensó una América que fuera ella misma, “pero sin darle la espalda a un entronque cultural que le viene de lo mejor de Europa, en lo que tiene Europa de levadura activa y libertadora”.²⁰ En la *Revista Babel*, Waldo Frank y Luis Araquistáin se suman al unánime reconocimiento destacando su papel modernizador de las letras americanas.²¹ Todos ellos escriben con la gratitud del amigo, el compañero, el discípulo. Destacan en Baldomero Sanín Cano su compromiso y su conciencia de los logros y dificultades propios del ámbito hispanoamericano. En 1954, debido a su espíritu conciliador y su incesante gestión internacional para solucionar las diferencias entre las naciones americanas, fue galardonado por la Unión Soviética con el Premio Lenin de la Paz.

Se le valora en especial como modernizador. Klein destaca el hecho de haber roto definitivamente con el rígido molde del intelectual propuesto por la Rege-

neración en la Bogotá de finales del siglo XIX; Triviño, su contribución a la formación de los intelectuales jóvenes de ese período, que bajo su tutela leyeron, entre otros, a Nietzsche, Taine, Brandes, Stendhal, Bourget, Zola, D'Annunzio y Flaubert.²² Aunque los discípulos más mencionados son José Asunción Silva y Guillermo Valencia, Uribe Ferrer muestra que el magisterio de Sanín Cano señoreó entre lo más destacado de las letras bogotanas; Cataño, por su parte, advierte que varios exponentes de ellos fundaron junto a Sanín Cano la *Revista Contemporánea* (1904-1905), primer ejercicio editorial modernizante, caracterizado por un afán de divulgación científica de las vanguardias literarias.²³ Lo anterior se suma al argumento de Gómez García al considerar a Sanín Cano en una tradición intelectual que, a través del ensayo y en contra del conservadurismo decimonónico, se esforzó por pensar la nación; esta tradición insistió, además, en una renovación del pensamiento que alcanzó loable expresión en Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, José Carlos Mariátegui y Mariano Picón Salas, entre otros. No es gratuito que Triviño se incline a clasificarlo más en este último grupo que con sus contemporáneos o antecesores.²⁴

Urriago Benítez retoma en tres trabajos la perspectiva ensayística de Sanín Cano: analiza sus innovaciones, estilo y lenguaje, así como su problematización axiológica de la cultura.²⁵ La crítica cultural y literaria son asuntos también estudiados por autores como López, Tobón y Acevedo;²⁶ estos trabajos, entre otros aspectos, se esfuerzan por responder a la pregunta por las bases teóricas de su crítica: en él no se manifiesta una postura estética explícita, aunque sí existe amplia rigurosidad, pues se conocen a profundidad y se aplican en sus juicios críticos varios modelos de análisis. Jiménez Panesso sostiene que desde el artículo “Núñez, poeta” (1888), Sanín Cano asume el arte como autónomo e independiente de toda instrumentalización didáctica, política o moral;²⁷ así logró alejarse del entorno intelectual y académico de fines del siglo XIX y principios del XX, que concebía el arte como medio político y no como fin.²⁸

²² Eva Klein, “Baldomero Sanín Cano: crítico literario del período de modernización colombiano”, *Revista de la Universidad Nacional* 3 (14-15) (1987): 41-51; Consuelo Triviño Anzola, “Baldomero Sanín Cano, fluido, cambiante e inclasificable”, *Arrabal* 1 (1998): 137-145.

²³ René Uribe Ferrer, “Introducción”, en Baldomero Sanín Cano, *Letras Colombianas* (Medellín: Ediciones Autores Antioqueños, 1984), XX-XXII; Gonzalo Cataño, “La *Revista Contemporánea* y las vanguardias científicas y literarias”, *Polygramas* 25 (2006): 211.

²⁴ Juan Guillermo Gómez, comp., *El desencanto y la promesa. Antología del ensayo hispanoamericano del siglo XIX* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2003), XXIII; Triviño, *Baldomero Sanín Cano*, 137.

²⁵ Hernando Urriago Benítez, “La hermenéutica o el diálogo entre la tradición y la innovación en el discurso ensayístico de Baldomero Sanín Cano”, *Polygramas* 27 (2007): 1-14; *El signo del centauro: variaciones sobre el discurso ensayístico de Baldomero Sanín Cano* (Cali: Programa Editorial Universidad del Valle, 2007); “Un capítulo del ensayo del siglo XX en Colombia: Baldomero Sanín Cano”, *Linguística y Literatura* 57 (2010): 79-91.

²⁶ Clemente López, *Rionegro. Narraciones sobre su historia* (Medellín: Editorial Granamericana, 1967); Jerónimo Tobón Giraldo, “Arte y cultura: el pensamiento estético de Baldomero Sanín Cano”, *Polygramas* 31 (2009): 141-161; Claudia Acevedo Gaviria (2013), “Intelectuales, críticos y modernidad cultural. Los casos de Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez y Jorge Zalamea”. (Tesis doctoral, Universidad Nacional de Colombia, Medellín).

²⁷ David Jiménez Panesso, *Historia de la crítica literaria en Colombia, siglos XIX y XX* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Cultura, 1992), 75-80.

²⁸ Malcolm Deas, *Del poder letrado y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993).

²⁹ Rafael Rubiano Muñoz, “Baldomero Sanín Cano: un intelectual humanista en el siglo XX. Prensa, modernidad y masificación”, *Diálogos* 17 (2) (2013): 383-414; “Baldomero Sanín Cano y la revista *Nosotros* de Buenos Aires (1907-1943). Intercambio y redes culturales e intelectuales”, *ACHSC* 41 (1) (2014): 127-156; Rafael Rubiano Muñoz y Andrés Londoño, *Baldomero Sanín Cano en La Nación de Buenos Aires (1918-1931)*. *Prensa, modernidad y masificación* (Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2013); Claudia Patricia Acevedo Gaviria, “Intelectuales, críticos y modernidad cultural”; Rafael Rubiano Muñoz y Juan Guillermo Gómez García, *Años de vértigo. Baldomero Sanín Cano y la revista Hispania (1912-1916)* (Medellín: Siglo del Hombre Editores, Universidad de Antioquia, GELCIL, Kultur, 2016); Gildardo Castaño Duque, “Una Latinoamérica Universal: contribuciones de Baldomero Sanín Cano (1861-1957) en la revista *Hispania* (1912-1916)” (tesis de Maestría, Universidad de Antioquia, Medellín, 2014a); “Revista *Hispania* (1912-1916): presencia cultural colombiana en la vida intelectual europea” en *Utopías móviles. Nuevos Caminos para la historia intelectual en América Latina*, coord. Selnich Vivas Hurtado (Medellín: Diente de León, Editorial Universidad de Antioquia, 2014b).

³⁰ Véase el capítulo siguiente: “Autobiografía de un viaje intelectual con Baldomero Sanín Cano”.

Recientemente, a través de la interpretación de ensayos y estudios de archivo, se ha abierto una fructífera línea de investigación en el campo de la historia intelectual.²⁹ Se aplican teorías de redes intelectuales para dar un panorama tanto de los grupos en los que se movió el ensayista antioqueño como del papel de gestor y difusor cultural que desde ellos ejerció. Tales análisis abordan revistas y periódicos en los que participó, ya fuera en calidad de editor o colaborador: *Nosotros* (1907), *Hispania* (1912-1916) y el periódico bonaerense *La Nación* (1870).

El capítulo del profesor Rafael Rubiano Muñoz, en el que trata “su encuentro con Baldomero Sanín Cano”, entre otros aciertos, aporta una valiosa imagen del personaje, de cuya importante difusión él mismo ha sido incansable artífice.³⁰

El problema y la estrategia metodológica

La figura de Sanín Cano se ha ganado, pues, un destacado lugar en las letras latinoamericanas. Aunque su trabajo intelectual ha sido objeto de estudios y cierta difusión, sobre su persona gravita un triste desconocimiento; la comprensión de las ideas de un intelectual encontrará evidentes tropiezos si se desconocen su formación y sus raíces. El nexo entre las ideas de Baldomero y su vida suele asumirse transparente e innecesario. Esa condición la enfatiza el distanciamiento académico, en especial cuando se toma el frío rigor documental como sinónimo de veracidad; pero a tal rigor le caben algunas contravenciones, pues el afán de contar historias responde a que lo vivido por los hombres demanda y merece ser contado; tal “observación adquiere toda su fuerza cuando evocamos la necesidad de salvar la historia de los vencidos y de los perdedores. Toda la historia del sufrimiento clama venganza y pide narración”.³¹ También lo pide Sanín Cano.

Las semblanzas iniciales que nos aportan imágenes sobre él deben leerse atentamente: con todo lo que pueda reclamársele a esos textos, en su mayoría dictados por el aprecio personal, son testimonios

³¹ Ricœur, *Tiempo y narración I*, 145.

contendientes. Cruzando esos umbrales, silencioso, pero demandando presencia, vaga el fantasma de Baldomero. Hacer y leer biografías pareciera responder a la urgencia de encontrar o incorporar a alguien con honestidad en las palabras justas. La biografía intelectual, quién lo creyera, es un acto de humanización.

Dada la dilatada trayectoria vital del personaje, en la tesis doctoral opté por trabajarla hasta 1909, año en que este empieza su periplo internacional. Las reflexiones metodológicas aquí expuestas corresponden pues a la familia, la escuela y la juventud, enmarcadas en el ámbito regional y nacional. Sigo para ello los lineamientos de la sociología del conocimiento de Karl Mannheim. Dependiendo del momento vivencial y la problemática por resolver, son fundamentales también modelos de comprensión como los de Jacques Donzelot, Quentin Skinner y Reinhart Koselleck. La categoría clave es el concepto de nación; la pregunta, cuáles son las características sociales, culturales y políticas de la propuesta de nación que, a través de sus escritos y de su participación en las redes intelectuales nacionales e internacionales, planteó y defendió el intelectual antioqueño Baldomero Sanín Cano desde sus inicios en la vida pública hasta 1909; la estrategia, biografiar intelectualmente al personaje.

El Baldomero por conocer

Confiados en sus propias palabras, la mayoría de autores que mencionan datos biográficos de Sanín Cano tienden a repetir la misma información: originario de Rionegro, nace a mediados del siglo XIX en el seno de una familia provinciana de tradición liberal, que contó con dos abuelos de activa participación política, uno de ellos supuestamente fusilado en 1840 en defensa de sus ideas; varias tías maestras, de las cuales aprendió sus primeras letras;³² un padre sastre de oficio y medianamente formado; una madre fallecida cuando era apenas un niño, y diez hermanos, tres hombres y siete mujeres.³³ En cuanto a su formación, lo más claro es que recibió su título de

³² Posiblemente, por ser costumbre que los hijos de familia acomodada, en vez de ir a escuela pública, reciban las bases escolares en casa o escuelas privadas, se ha dado pie a diversidad de opiniones en cuanto al estatus social del personaje: no falta quien asegure, erróneamente, que viene de una familia de clase media. (109)

³³ Alguna de las niñas debió morir a muy corta edad, pues Baldomero referencia siempre ese número de hijos, aunque por partidas de bautismo se constata que fueron once.

maestro hacia finales de 1879 en la Escuela Normal de Rionegro. El resto de su infancia y juventud es un largo silencio.

Sabido es que las grandes biografías nacionales, admirables en su factura, tienen a su favor el hecho de contar con copiosa información depositada en archivos familiares y personales; pienso, por ejemplo, en los valiosos trabajos que logra Loaiza Cano con Manuel Ancizar, López Bermúdez con Jorge Zalamea, Cataño con Luis Eduardo Nieto Arteta.³⁴ Ayuda sin duda el hecho de que tales personajes pertenecen a familias con tradición en las letras, familias que, además, se han instaurado cómodamente entre las élites capitalinas o regionales; pareciera que aparte de contar con un lugar ganado a pulso en el ámbito intelectual, aquello fuera condición previa para ser biografiado. Cabe entonces preguntarse si la carencia de un archivo familiar o personal hace metodológicamente imposible reconstruir la trayectoria vital e intelectual de un pensador de provincia, salido de una familia humilde y, como si fuera poco, nieto de un esclavo liberto.³⁵

Lo primero en cuestionar aquí sería el concepto de archivo. Sea personal, familiar, municipal o de la escala que se quiera, en última instancia el archivo no existe. Se cuenta con un cúmulo de fuentes y materiales que en el mejor de los casos se encuentran reunidos en un lugar y protegidos contra las inclemencias del tiempo; el caos y la dispersión son su condición natural. El verdadero archivo se construye, es elaboración del investigador; dicho por Ricœur, “nadie consulta un archivo sin proyecto de explicación, sin hipótesis de comprensión”.³⁶ Después del tema, son la pregunta y sus posibles respuestas los hilos que guían la incursión en el laberinto documental. Entrar atado a esas frágiles lianas es la salvaguarda contra una pérdida definitiva entre los datos apilados sin más sentido que la eventualidad. La búsqueda, la elaboración del archivo, es ya un acto propio de la narración, del poner en intriga. Hasta el acto narrativo más sencillo implica un momento prenarrativo que obliga a la búsqueda

³⁴ Gilberto Loaiza Cano, *Manuel Ancizar y su época. Biografía de un político hispanoamericano del siglo XIX* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2004); Andrés López Bermúdez, *Jorge Zalamea, enlace de dos mundos. Quehacer literario y cosmopolitismo (1905-1969)* (Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2014); Gonzalo Cataño, *La introducción del pensamiento moderno en Colombia. El caso de Luis E. Nieto Arteta* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2013).

³⁵ La partida de matrimonio del padre de su padre, Mariano Sanín, aclara que este es “liberto de la testamentaria de D. José Escalante, hijo natural de Francisca Rivas”. Parroquia de Rionegro, libro 5 de matrimonios, folio 26, fechado en junio 20 de 1814.

³⁶ Ricœur, *La memoria, la historia, el olvidado*, 177.

de imágenes, expresiones y contenidos, los cuales, organizados en una cierta y no gratuita disposición, formarán la historia.

El que se incline afirmativamente ante el interrogante enunciado arriba respecto a si la carencia de un archivo imposibilita reconstruir la trayectoria de Baldomero es víctima de un error de apreciación. Los archivos personales son solo una valiosa ayuda para el biógrafo, pero en ningún momento una garantía de veracidad en sí mismos; no por contar con ellos el estudioso queda exento de la responsabilidad de confrontar el documento y la palabra, en su función de huella y testimonio portante de información que suma a la resolución de dudas acerca de algo o alguien. De hecho, no son pocas las biografías que, al relajar esos compromisos de la selección y la confrontación, terminan por reproducir un ser inverosímil o la imagen que su familia, amigos o contradictores creían que era obligatorio mostrar, en lugar de consolidar al sujeto inmerso en su naturaleza.

Es difícil referirse desprevenidamente a una persona ausente hoy y cuyos aciertos o errores la convirtieron en objeto de interés académico. El lenguaje sobre el pasado “siempre será equívoco” y, en esa medida, requerirá mesura y cuidado, pues, como lo explica Ricœur, “la historia tiene la tarea de dar nombre a lo que ha cambiado, a lo que quedó abolido, a lo que fue *otro*”.³⁷ La despreocupación por el lenguaje lleva a que lo distante en el tiempo se disfraza con el sentido actual de las palabras, que para entonces tal vez estaban cargadas de matices distintos; incluso, a referenciar asuntos casi incomparables. Cuando decimos que Baldomero fue hijo de un “sastre”, nada de especial pareciera tener la expresión a primera vista. Sin embargo, el mísero sentido que hoy arrastra el término “sastre” no es ni sombra de lo que se entendió por tal en el siglo XIX. En dicho período, y en especial en las décadas de infancia y juventud de Sanín Cano, la clase artesanal, y el sastre en su interior, tuvo un peso económico, político, cultural y social fundamental. En buena medida, el joven Baldomero es producto de esa

³⁷ Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*, 177.

³⁸ Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*, 177.

experiencia. Sobre este tipo de anacronismos, Ricœur nos exhorta: “¿Cómo nombrar y hacer comprender en el lenguaje contemporáneo, en la lengua nacional actual, una institución o una situación ya abolidas, a no ser usando comparaciones funcionales que habrá que corregir luego por la diferenciación?”³⁸

Asegura Droysen que si se soslaya el estudio concienzudo de la familia como comunidad natural de la cual emergen los individuos de una época o una cultura en un momento determinado, la comprensión adolecerá de considerables vacíos. Si el historiador quiere realmente entender a través de la investigación una época, un Estado, una comunidad o, para el caso del presente trabajo, un intelectual, debe preguntarse por el tipo de familia que en dicho contexto impera: ¿cómo puede esperarse fidelidad y respeto a los hijos en una cultura donde lo usual es la estructura matrimonial poligámica?, o ¿cómo puede esperarse reciprocidad moral donde el valor de la mujer se ve solo en el parir hijos, como ocurría en Israel, donde la estéril se regresaba a sus padres?³⁹ Hay que concederle razón al autor y, en consecuencia, acopiar ánimos para abordar el presente tema de estudio, pues muchos biógrafos de intelectuales ignoran o pasan a grandes zancadas por los primeros años de sus personajes. Seguramente asumen con naturalidad que la intelectualidad, siendo asunto de adultos, surge y se teje lejos de la cuna. Pero, ¿cómo negar el peso del lugar de nacimiento o el origen familiar?

Al abordar la niñez de un personaje, especialmente desde la perspectiva de la biografía intelectual, habría que entrar a preguntarse por una serie de elementos que suelen asumirse como transparentes. No puede negarse que desde la niñez de Baldomero Sanín Cano se visibilizan posturas que, a pesar de lo aparentemente espontáneas, vienen ya dadas por elementos a los que usualmente se les da poca cabida en lo biográfico. Por sus propias palabras, se sabe de la existencia de un precoz sentido crítico que en buena medida fue base de la convivencia con su padre. Lo mismo podría decirse de una pronta inclinación política liberal, de la

³⁹ Johan G. Droysen, *Histórica. Lecciones sobre la enciclopedia y metodología de la historia* (Barcelona: Editorial Alfa S. A., 1983), 253.

cual manifiesta recuerdos desde los cinco o seis años. También el mismo autor nos da noticia con relación a su gusto por la lectura y el estudio de los idiomas desde su adolescencia. Para nada hay que descartar ciertas habilidades, aunque cabe aclarar que las tempranas inclinaciones, sentimientos e ideas con las que una persona empieza a enfrentar el mundo no son simple producto de dotación o inteligencia especial. Requieren el concurso de un contexto experiencial favorable a su desarrollo, ya que el individuo “no es el resultado de propiedad intrínseca alguna, sino producto de necesidades sociales y en cuanto tal reductible a la tarea específica en que ha sido socializado: la familia, la escuela, el Estado”.⁴⁰ En este orden de ideas, toma especial relevancia el estudio de tales ámbitos de aprendizaje y sociabilidad.

El estudio de Virginia Gutiérrez de Pineda sobre la familia en Colombia, a partir de una caracterización por regiones, identifica rasgos básicos para diferenciar las tipologías familiares del país. En lo que la autora denomina “complejo cultural antioqueño o de la montaña”, a la unidad familiar se le identifican rasgos precisos como una fuerte estructuración, predominio de la relación formalizada por la Iglesia, prole numerosa, compromiso con el trabajo y la crianza de los hijos, fuerte sentido religioso, papel integrador de la mujer y predominio del hombre en lo económico. La responsabilidad insoslayable de la familia como unidad de producción social consistía en aportar un producto femenino sumiso, entregado y presto a sufrir el acto de la procreación tras las bambalinas silenciosas de la vida hogareña.⁴¹ A primera vista, con el lente de Gutiérrez de Pineda, la familia de Baldomero poco llamaría la atención y se podría afirmar simplemente que es funcional.

Ahora, si se entiende el núcleo familiar como una simple forma de asociación dada básicamente para la sobrevivencia, poco se vería de interesante en el caso de Baldomero y sus orígenes. Pero otras perspectivas empiezan a emerger cuando, además de eso, se agudiza la mirada sobre esa unidad social entendida como un entramado de relaciones cohe-

⁴⁰ Ramón Ramos Resquejo, “La familia como agente de socialización política”, *Revista Interuniversitaria de Formación de Profesorado* 9 (1990): 91.

⁴¹ Virginia Gutiérrez de Pineda, *Familia y Cultura en Colombia. Tipologías, funciones y dinámica de la familia. Manifestaciones múltiples a través del mosaico cultural y estructuras sociales* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1994), 355 y ss.

sionantes. Es claro que allí circulan ideas, formas de pensar y actitudes que determinan las acciones de los miembros del grupo. Las concepciones de hombre, padre, mujer, madre y niño que yacen naturalizadas en su seno determinarán el ser y hacer de cada uno de esos agentes al interior de la familia misma, a su vez los hará objeto de aceptación y reconocimiento, o de rechazo y exclusión tanto en lo familiar como en lo social. Por ejemplo, para el caso aquí tratado, el hecho de que unas mujeres de extracción humilde se empeñaran en aprender a leer y escribir a principios y mediados del siglo XIX fácilmente podría ser causal de proscripción social; y recordemos que varias tías de Baldomero Sanín Cano, así como algunas de sus hermanas, fueron maestras oficiales.

Con base en la información que se recaba en los archivos y los pocos datos que nuestro personaje transmite, para la pregunta de quiénes fueron los Sanín Cano, la respuesta, ya sabemos, sería sencilla en apariencia... pero la realidad no es tan simple.

Lo primero para tener en cuenta, siguiendo a Jacques Donzelot, sería que esa unidad social, la familia, no solo es una invención del Estado moderno como estrategia para reforzar la gobernabilidad, sino que, al mismo tiempo y como contrapartida, puede fungir igualmente a manera de trinchera de resistencia.⁴² En este sentido, los abuelos paternos de Baldomero propiciaron condiciones para que el entorno familiar fuera un verdadero espacio de rebeldía. En su seno, ciertas ideas y condiciones tuvieron que posibilitar el surgimiento de tres mujeres sujetos de visibilidad pública, treinta o treinta y cinco años antes de que, hacia 1885, el viajero alemán Ernst Röthlisberger expresara su admiración ante la dama antioqueña de extracción humilde: hacendosa, de actitud monástica y tranquila entrega a la parición y crianza de proles numerosas.⁴³ Laureano García Ortiz, contemporáneo y coterráneo de Baldomero, deja inscrita en la historia una evidencia que confirma la aseveración aquí expuesta acerca de las tías. En elogio al maestro Sanín Cano, acude a sus propios recuerdos para rescatar el Rionegro que compar-

⁴² Jacques Donzelot, *La policía de familias...*, 53. El autor, en el apartado “El gobierno por la familia”, muestra cómo el Estado moderno crea a través de esta institución una acertada estrategia para controlar una sociedad totalmente anarquizada. En ese sentido, la familia se vuelve objeto oficial de estudio y perfeccionamiento funcional para el logro de una sociabilidad ajustada a los intereses de las clases poseedoras. El hecho permite al mismo tiempo ver la familia como un espacio social desde donde es posible

(114)

hacer resistencia a los ejercicios de control estatal, a través de la puesta en circulación de actitudes e ideas que incentiven, al interior de la unidad familiar, formas de relación dispares o contrarias a la expectativa oficial.

⁴³ Ernst Röthlisberger, *El Dorado* (Bogotá: Banco de la República, 1963), 48.

tieron en la niñez; según él, en el hogar “honorable, recogido y laborioso” de Baldomero, donde el intelectual “solo vio y respiró virtudes”, había también disposición y vocación para la docencia. Sus tías Felicidad, Dolores y Concha educaron la mayor parte de la juventud femenina de las familias distinguidas de Rionegro: “El primer duelo público que yo vi en mi primera infancia, fue a causa de la muerte de la maestra Felicidad. Tal día hubo llanto en la parte femenina joven de mi casa”.⁴⁴

Se deduce claramente que cuando se esperaba de la mujer una actitud silenciosa y sumisa, aparece algo diferente. No se está hablando de tres mujeres gregarias, sino de seres marginales que toman visos de aberración social, siempre que se deponga el lente donzelotiano y se opte por mirarlas a través de la familia orgánica funcional develada por Virginia Gutiérrez de Pineda.

Paralelo a lo anterior, ocurre otro hecho poco visible pero que metodológicamente aporta elementos para el estudio y la comprensión de la familia de Baldomero. En el mismo sentido en que Benedict Anderson propone las naciones como entidades imaginarias, y James Casey expone las comunidades como producto de un artificio, la familia, al interior de sí misma y con unos propósitos específicos, también se inventa. Con el mismo dinamismo y compromiso con que contribuyó ampliamente a imaginar la nación colombiana, Baldomero Sanín Cano vivió, amó y ayudó a inventar la comunidad rionegrera; a su vez, fue producto de una familia construida a través de una tradición que, como ocurre con cualquier otra, en términos de Hobsbawm, se traza sin ninguna ortodoxia al hilar tradiciones tanto “realmente inventadas, constituidas y formalmente instituidas como aquellas que emergen de un modo difícil de investigar durante un período breve y mensurable, quizás durante unos pocos años y se establecen con gran rapidez”.⁴⁵

Siguiendo de cerca a Hobsbawm, puede plantearse que la invención de una tradición familiar consistiría en el acto cotidiano y prolongado en el tiempo de

⁴⁴ Laureano García Ortiz, “Reminiscencias de Rionegro: a propósito de un ilustre rionegrero”, en Baldomero Sanín Cano, *Jorge Isaacs. Vida, estilo y época*. Gonzalo Cataño, comp. (Bogotá, Colombia: Universidad Externado de Colombia, 2015), 143.

⁴⁵ Eric Hobsbawm, “Introducción: la invención de la tradición”, 7.

seleccionar, relegar, marginar o dulcificar situaciones, eventos y personajes. Así, lo que quede a la vista y se acumule en la memoria colectiva contribuye a concretar una unidad más o menos diferenciada que aporta identidad a un determinado número de personas. Igualmente, esas personas encuentran sus actos con sentido, en gran medida gracias a la coherencia de dicha unidad. Este último aspecto es el propósito esencial. De hecho, se hace palpable que lo menos importante a la hora de inventar una tradición es la demostración de la veracidad o falsedad de muchos de los episodios o situaciones acumulados en ella. Como en el caso de la familia Sanín Cano, múltiples aspectos asociados con su configuración histórica se asumen acríticamente y se naturalizan de inmediato como patrimonio del grupo. Los abuelos liberales y las guerras en las que participaron, las tías maestras, el oficio del padre. He ahí la razón de los recuerdos precisos y altamente selectivos de Baldomero Sanín Cano. Para el presente estudio es fundamental entender que esa minuciosa elaboración nunca es gratuita ni fija. Lo que hoy apremia esconder, mañana puede urgir sacarlo a la luz. Es decir, la tradición no solo responde a intereses concretos que se desplazan en la continuidad del presente, sino que además es variable, dinámica; se transforma o se acomoda según las exigencias de nuevas condiciones sociales, económicas, políticas o culturales, en la medida en que estas amenacen o no su capacidad identitaria; del mismo modo, en ciertos momentos puede ofrecer más rentabilidad en función de la generosidad propia de las circunstancias.

Pero aun si se reconoce que la existencia real de la familia como unidad social se da gracias a las múltiples relaciones que se tejen internamente entre los seres que la conforman, persiste en ello una incómoda sensación de aislamiento. Con respecto al autor aquí biografiado, la pregunta cabal no podría ser la planteada unos párrafos más arriba, sino la siguiente: ¿quiénes fueron en medio del siglo XIX los Sanín Cano de Rionegro? Queda por dilucidar otro aspecto tan fundamental como el primero, y es la rica dinámica

que se presenta entre la familia como unidad y el exterior. James Casey, al valorar los aportes clásicos de la sociología de Weber y Durkheim, destaca como primordial el haber demostrado que era necesario estudiar la vida social “desde abajo”; en otras palabras, “explorando las posibles corrientes ocultas que unían a los hombres y que influían en la formación de las reglas sociales por las cuales actuaban”; sugiere luego que cualquier institución social, sea un gobierno o las formas de contraer matrimonio, son solo la punta del *iceberg*. De ahí que la sociología clásica evitara abordar la comunidad “como algo ya existente y definitivo”, y más bien asumiera como hipótesis para su estudio el hecho de que “fuera un proceso en movimiento constante: o sea, que lo que se trataba de investigar era justamente la naturaleza de las redes de solidaridad que relacionaban a unos hombres con otros”.⁴⁶

Para el caso de Baldomero Sanín Cano, esta perspectiva de análisis ayuda a conectar su entorno familiar con el regional y el nacional. En ese orden de ideas, no podrían dejar de sondearse las posibles conexiones, por ejemplo, entre el alevoso asesinato del héroe local Salvador Córdoba (1801-1841) y el abuelo materno de Baldomero, de nuevo, supuestamente “fusilado en defensa de sus ideas”;⁴⁷ o el ensamblaje de sentimientos y propósitos que a través de las ideas puede tejerse alrededor del gobierno reformista de José Hilario López (1798-1869) y las acciones heroicas del abuelo paterno, a los sesenta y seis años de edad, repartiendo pertrechos en medio de la guerra civil de 1851, en la cual estaba puesta en juego la libertad de los esclavos;⁴⁸ o las formas de relación internas y externas de las familias de los sastres, además de la cercanía del gremio artesanal con la actividad política de las décadas de los años cuarenta y cincuenta del siglo XIX.⁴⁹ Casey sugiere que, a diferencia de esas comunidades imaginadas a gran escala que explica Anderson, la frontera entre la calle y la casa, o entre la economía y la política, “no podía ser nunca rígida en comunidades cuyos miembros se conocían personalmente los unos a los

⁴⁶ Casey, “Conferencia...”, 782.

⁴⁷ Jaime Posada (1946, junio 27). “Baldomero Sanín Cano. Su vida”. *Lecturas Dominicales de El Tiempo*.

⁴⁸ A la gestión liberal del gobierno de López se le atribuyen denodados impulsos de modernización de la nación, entre otros, la abolición de la esclavitud. La guerra civil de 1851 se explica como una reacción del sector conservador ante tales reformas. Dicha guerra se definió en una batalla dada en las afueras de Rionegro, en la colina del cementerio, donde la población del distrito peleó en favor de la constitucionalidad.

⁴⁹ *Cabezas duras y dedos inteligentes* (Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2003), de Alberto Mayor Mora, da una valiosa mirada sobre el gremio artesanal y lo fundamental de su papel social y político en la segunda mitad del siglo XIX colombiano.

⁵⁰ Casey, "Conferencia...", 793.

otros y guardaban el recuerdo de favores recibidos o injurias infligidas desde tiempo atrás".⁵⁰

Conclusiones

Actualmente, la historia intelectual, entendida como la comprensión y explicación de las ideas de un pensador circulando en el contexto histórico vivido, puede recurrir con todo derecho a la biografía intelectual, si se asume esta como ejercicio riguroso que no prescinde de un modelo interpretativo y cuyo propósito es entender tanto el conjunto de una vida como las facetas de su trayectoria. Sin embargo, como método, este tipo de biografía exige una apertura y diversificación de las fuentes. El filtro no podría ser solo la matriz lectoescritural occidental, sino cualquier indicio del pensar, independiente del medio portador. Un abuelo, por ejemplo, que posiblemente jamás garabateara palabra alguna, pero del cual sus hijos son prueba fehaciente de ciertas formas de pensar, o al que un nieto reconoce como origen de sabios aprendizajes, tendría que ser asumido en calidad de fuente. Como ocurre con Baldomero Sanín Cano, en muchos casos ignorar algo así resta comprensión de individuos ya miembros de una élite letrada, pues sin la adecuada postura del primero, la del segundo tal vez hubiera sido imposible. La biografía intelectual de Baldomero Sanín Cano sería injusta si se ignorara que en el fondo de su pensamiento respiran, entre otros, los abuelos, las tías y el padre.

Si se tomaran como precepto y exigencia las experiencias biográficas nacionales de gran reconocimiento, sería poco probable considerar la posibilidad de biografiar intelectualmente a un personaje como Baldomero Sanín Cano, del cual no existe archivo personal ni familiar. Sin embargo, si se quiere hacer justicia histórica, hay que emprender esta tarea. Las condiciones adversas no pueden ser sinónimo de imposibilidad, sino reto para la búsqueda de nuevos métodos. Además de lo escrito, la vida misma del personaje, su contexto cultural, social, político y económico, constituye el cúmulo de la información;

el archivo se viene a crear a partir de la pregunta que se plantea.

En el ámbito intelectual, abstraer las condiciones de la vida y la historia personal desemboca en la deificación de los hombres. ¿Cuántos admiran a Baldomero Sanín Cano sin tener una mínima idea de quién era realmente o de dónde venía? Hacer una historia intelectual honesta tendría que devenir en la reivindicación de la capacidad creadora del género humano, sin excepciones. Es decir, no solo la escritura es portadora de ideas: la existencia o ausencia de un objeto en la vida cotidiana, por ejemplo, puede ser muchas veces indicio de una forma de pensamiento. Las miradas rígidas marginan. En muchas situaciones, la categoría de intelectual, más que un privilegio, tendría que ser un derecho. Hacer historia intelectual con prospección es romper una ideología estatizante que eterniza la intelectualidad como condición de unos pocos. No habría otra estrategia más adecuada que la biografía intelectual para dar respiro a semejante ahogo, pues esta rescata los escenarios de existencia no solo del personaje, sino también, y sobre todo, de sus formas de pensar.

Autobiografía de un viaje intelectual con Baldomero Sanín Cano

Rafael Rubiano Muñoz¹

¹ Doctor en Ciencias Sociales de Flaco-Argentina, profesor titular de la Facultad de Derecho y Ciencias políticas de la Universidad de Antioquia, miembro del grupo de investigación KULTUR. Este capítulo reflexiona sobre la investigación doctoral “Baldomero Sanín Cano. Un intelectual liberal, humanista y transeúnte del siglo xx” (2019).
Correo: rafael.rubiano@gmail.com

Antesala: confluencias de ideas

¿Baldomero Sanín Cano en la sociología o estudiado por un profesional en este campo? La pregunta puede parecer arbitraria, e incluso inadecuada, porque en el *habitus* de algunos que se dedican a esta rama de las ciencias sociales se advierte que el estudio de letrados, pintores, profesores, políticos o músicos no constituye ningún problema. La comunidad sociológica nacional califica las ideas, las opiniones o la vida de un personaje impropios de la naturaleza y de los objetos de esta disciplina, que proviene justamente de ideas, de personas con múltiples ideas.

La enseñanza de la sociología en las sociedades capitalistas del mundo globalizado hace creíble que el interés disciplinar sea exclusivamente resolver conflictos, pues son mayores las demandas de los problemas urbanos y rurales. No obstante, desde principios del siglo xx, y dependiendo de ciertas tradiciones geográficas y culturales, se abandonaron los extremos de micro y macrosociología. Por tanto, se procuró cada vez más que esta ciencia social articulara las particularidades y las totalidades: por ejemplo, de la mano de Georg Simmel o de Walter Benjamin y la Escuela de Frankfurt, o a partir de los trabajos de Robert E. Park, Erving Goffman y la Escuela de Chicago.

Una forma de lograr dicha articulación consiste en el estudio biográfico, imprescindible para el caso de la sociología y de la historia intelectual, según François Dosse.² Restringirse tajantemente a las ideas o corrientes, sin alguna conexión a la vida social e

² François Dosse, *La apuesta biográfica: escribir una vida* (Valencia: Universidad de Valencia, 2007); *El arte de la biografía* (México: Universidad Iberoamericana, 2007).

histórica, es una actitud de empobrecimiento de los estudios de las ciencias sociales y humanas. Así no comprenderíamos cómo se fundaron las corrientes sociológicas de los autores clásicos, e incluso las de los contemporáneos. Para señalar algunos casos, sería infructuoso intentar indagar en el positivismo de August Comte sin atender a los rasgos sociales de Francia después de la revolución burguesa de 1789; la sociología funcionalista de Émile Durkheim, sin los conflictos o las guerras acaecidas en Europa después de las revoluciones proletarias de 1848; el materialismo histórico de Karl Marx, sin su experiencia del exilio, el avance del capitalismo y las formas industriales en el siglo XIX, y la sociología comprensiva de Max Weber, sin los avatares de la Alemania Imperial de finales del siglo XIX, el progreso de la universidad y la construcción de la nacionalidad en ese Estado.³

Por todo lo anterior, este escrito se inspiró en la historia intelectual y en lo que para ella ha significado la autobiografía: un recurso imprescindible no solo para evitar la sobreidentificación de los biógrafos con sus biografiados, contribución de Juan Guillermo Gómez García en el capítulo “¿Qué es una biografía intelectual?”, sino también para el estudio mismo de la *intelligentsia* latinoamericana, como muy bien lo observó Carlos Altamirano, porque esta se mueve en las memorias, los relatos de viaje, los testamentos y los testimonios.⁴ O aun en las cartas, sobre las cuales reflexiona Zuluaga Quintero en el capítulo segundo de este libro. Si bien todos estos registros son personales, se ajustan a asuntos del orden social e histórico y, en muchas ocasiones, a las fronteras de lo privado con lo público, lo cual comprobaba tempranamente el historiador argentino Tulio Halperin Donghi, abriendo una veta invaluable de trabajo.⁵ De hecho, en los campos de la sociología de la literatura o de la historia literaria es obligado leer algunos nombres que dejaron testimonios y guías para el análisis de la función social o incidencia pública del escritor en nuestros territorios. Basta con citar los casos de Rubén Darío y Joaquim Nabuco, por mencionar dos nombres al azar.⁶

³ Kenneth Thompson, *Augusto Comte* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995); Harry Alpert, *Durkheim* (México: Fondo de Cultura Económica, 1986); Franz Mehring, *Carlos Marx, historia de su vida* (México: Grijalbo, 1957); David Mellelan, *Karl Marx, su vida y sus ideas* (Barcelona: Crítica-Grijalbo, 1977); Francis Wheen, *Karl Marx* (Madrid: Debate, 2000); Jacques Attali, *Karl Marx o el espíritu del mundo* (México: Fondo de Cultura Económica, 2007); Mary Gabriel, *Amor y capital. Karl y Jenny Marx y el nacimiento de una revolución* (Barcelona: El Viejo Topo, 2014); Marianne Weber, *Biografía de Max Weber* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995). Al respecto, véase también el dossier en homenaje a Max Weber que publica el número 84 de la revista *Debates* de la Universidad de Antioquia, homenaje con motivo del centenario de su fallecimiento, el cual, por cierto, fue provocado por esa otra pandemia de la gripe española.

⁴ Carlos Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX* (Buenos Aires: Katz, 2010), 9-28.

⁵ Tulio Halperin Donghi, “Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica”, en *El espejo de la Historia* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1987), 40-63.

⁶ Rubén Darío, *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991); Joaquim Nabuco, *Mi formación* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2000).

En Sala, antes de abordar

Desde que en 1989 fui estudiante de Sociología de la Universidad de Antioquia, me esforcé por leer algunas de las biografías de los pensadores clásicos de esta disciplina, e incluso de los estudiosos de la literatura latinoamericana. De estas primeras lecturas nació la curiosidad, muy vaga e intuitiva, por un campo que con el tiempo ha ganado espacio en Latinoamérica dentro de la historia intelectual y la sociología de los intelectuales. Uno de los encuentros fortuitos que me obligó moralmente a asumir con seriedad ese campo fue el libro *Hombres de ideas* (1968), de Lewis A. Coser; años después, *Mozart. Sociología de un genio* (1991), de Norbert Elias. Estas dos lecturas —acompañadas de la introducción a la *Sociedad cortesana* (1982) de Elias y de algunos trabajos de Immanuel Wallerstein, por ejemplo *Las incertidumbres del saber* (2005)— me introdujeron en la historia y la sociología como campos teóricos y metodológicos problemáticos, y también en sus interrelaciones más específicas: el tiempo, las ideas e incluso las individualidades. En 1991 transité al ámbito de los letrados y pensadores latinoamericanos. Con Rafael Gutiérrez Girardot y José Luis Romero exploraba los vastos problemas sociohistóricos, literarios y políticos de nuestro continente. A partir de estas lecturas, y sirviéndome de los estudios sobre autoridad y familia de la Escuela de Frankfurt, concluí mi pregrado en 1995 con un trabajo sobre el autoritarismo en Tomás Carrasquilla.

Los nuevos impulsos me orientaron hacia una maestría en ciencia política. Inicialmente pensaba enfocar mi maestría en el problema de los intelectuales y la política en América Latina, aunque en 2003 me gradué con una tesis sobre Miguel Antonio Caro. Esta investigación, gracias a una beca que obtuve en 2007 junto con Juan Guillermo Gómez y Óscar Julián Guerrero Peralta en la Fundación Carolina, la perfeccioné y publiqué bajo el título *Prensa y tradición. La imagen de España en Miguel Antonio Caro* (2011). El objetivo que me había trazado en esos años era el estudio, la relectura y el redescubrimiento de dicho personaje, tan central en las élites colombianas

y en el pensamiento latinoamericano; el enfoque, la historia y la sociología de los intelectuales.

Resultaba extraño que en Colombia no se asumiera críticamente la historia y la sociología de los intelectuales, un país donde muchos de estos cumplieron funciones políticas en el siglo XIX y parte del XX, así como ocurrió en los demás países latinoamericanos. Por ejemplo, en Colombia existen muy pocas biografías de los políticos del siglo XIX, y aún menos de los líderes y actores importantes del XX, tan necesarias para una historia intelectual del conflicto armado o de las violencias en nuestro territorio. Tampoco la prensa era atendida con este enfoque o con la intención de superar las rígidas fronteras entre la historia, la sociología, la literatura y la ciencia política. Incluso en la Universidad de Antioquia ha habido renuencia por los cursos y los estudios latinoamericanos centrados en la historia de las ideas o la historia intelectual. Las apologías europeístas, decoloniales o poscoloniales dominan la enseñanza universitaria. Para criticar estos extremos, la lectura del profesor Carlos Altamirano es instructiva, pues confronta las perspectivas teóricas y metodológicas de la historia y la sociología de los intelectuales —no solamente en Europa, sino también en América Latina—, en lugar de evadir cualquiera de ellas.⁷

Siguiendo este enfoque, me postulé en 2010 a los doctorados en ciencias sociales de Flacso-México y Colmex con el proyecto “Élites y poder político. Un estudio comparado de México y Colombia (1930-1950)”. El objetivo era, en palabras de José Luis Romero, desentrañar la cultura política de *El ciclo de la revolución contemporánea* (1997),⁸ obra en que se aprecia cómo los intelectuales y las élites oscilaron entre las ideologías o doctrinas del liberalismo, conservadurismo, fascismo, socialismo y comunismo. Más aún: el tránsito del liberalismo al fascismo era perfectamente investigable en la Colombia de los años treinta a los cincuenta, como bien lo había indicado Rafael Gutiérrez Girardot tras leer y publicar a Herbert Marcuse.⁹ Inicialmente, el proyecto comparaba los liberalismos de izquierda de Lázaro Cárdenas

⁷ Carlos Altamirano, *Intelectuales. Notas de investigación de una tribu inquieta* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2013).

⁸ José Luis Romero, *El ciclo de la revolución contemporánea* (México: Fondo de Cultura Económica, 1997).

⁹ Herbert Marcuse, “La lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del Estado”, en *Cultura y Sociedad*, colección Estudios Alemanes (Buenos Aires: Editorial Sur, 1970); Rafael Gutiérrez Girardot, “Notas sobre la República Liberal. Conversación con Rafael Gutiérrez Girardot”, *Magazín Dominical de El Espectador* 261, marzo 27, 1988, el cual queremos citar por su vigencia: “De manera análoga sucede con una versión del liberalismo colombiano, inspirado por Eduardo Santos, que es un liberalismo que se muestra identificado con unos ideales democráticos hacia el exterior, pero hacia dentro es un liberalismo que mantiene la estructura social-feudal, jerárquica. Así, Santos suprimía las conquistas impulsadas durante la primera administración de López Pumarejo. En esa medida se acercaba a su enemigo más íntimo, Laureano Gómez. En esta situación se enfrentaron dos dogmas y no dos posiciones políticas sustentadas y racionalizadas. Y así, la élite colombiana aplazó su experiencia de la modernidad y, en consecuencia, de esta manera, alentó la violencia política”. Un trabajo pionero que siguió esta provocación fue “Notas sobre la República Liberal” de Juan Guillermo Gómez García; primero fue el prólogo de la compilación *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas* (Bogotá: Temis, 1989) y luego un capítulo de *Colombia es una cosa impenetrable* (Bogotá: Diente de León, 2006).

y Alfonso López Pumarejo, el populismo ecléctico de Jorge Eliécer Gaitán Ayala y las inclinaciones protofascistas de Laureano Gómez Castro. Sin embargo, no pude realizar el proyecto, pues no ingresé a los respectivos doctorados.

Me postulé a Flacso-Argentina, donde fui aceptado con el proyecto “Élites y poder político. Un estudio comparado de Colombia y Argentina (1930-1950)”. Proponía una comparación de los populismos de Gaitán y del militar Juan Domingo Perón. Tras una entrevista en diciembre de 2010, ingresé al doctorado en el país austral, al que me desplazé en abril de 2011, después de que la Universidad de Antioquia me concediera la comisión de estudios por cinco años.

Abordaje: una espera siempre inesperada

Arribé a Buenos Aires en plena época de otoño, siempre muy cálido y lluvioso. Los cursos doctorales empezaban en julio, espera que me permitiría mejorar el proyecto y, en particular, reflexionar con cuidado sobre las fuentes y la metodología. Había llevado a Argentina la bibliografía colombiana: López Pumarejo, Gaitán Ayala, Eduardo Santos Montejó y Gómez Castro. Mientras los releía, construía de biblioteca en biblioteca la principal bibliografía sobre Perón y el populismo. Pero esta parecía ilimitada, minando mi confianza en el proyecto.

Los cursos iniciaron y, por ende, los proyectos debían exponerse ante los profesores y los pares académicos. Bastó con poco tiempo para darme cuenta de que la noción de corporativismo de Gaitán, que está en la raíz de su eclecticismo político, chocaba con la de la tierra austral, referida a solidaridad, sindicalismo y asociacionismo. Al mostrarla como una noción de derecha, hubo una inacabable discusión, así que no imaginaba cómo podría llevar a cabo en cuatro años una investigación comparada, con las incalculables variantes ideológicas sobre el peronismo.

Finalizando el mes de agosto, decliné. Los temas de los compañeros no me fueron afines, pues se orientaban más a problemas ambientales, educati-

vos, de género, posmodernidad o relaciones internacionales. Casi eran análisis de coyuntura, aunque habría encontrado más interlocutores si los colegas hubiesen conocido *Las luchas de clases en Francia* o el *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* de Marx o *Los recuerdos de la Revolución de 1848* de Alexis de Tocqueville, indispensables para el estudio del poder, la dominación, las clases sociales y las élites. En fin, presenté mi dimisión con el proyecto y me debatía entre claudicar o seguir, entre volver a Colombia sin adelantos o reiniciar con otro proyecto.

El plazo límite de Flacso era noviembre, y el estancamiento era evidente. Entre mis cavilaciones, una noche cualquiera recordé el nombre de Baldomero Sanín Cano. Confieso que este autor antioqueño se me reveló, en el sentido más místico de la palabra. Recuerdo que lo había leído entre 1991 y 1992 cuando me introduje en el campo de la sociología de la literatura. Gutiérrez Girardot rescataba, en el acápite “Mirada al mundo” del ensayo “La literatura colombiana en el siglo xx”, al autodidacta Sanín Cano como a uno de los que impulsó, por su cosmopolitismo y avanzados conocimientos, la renovación literaria modernista.¹⁰ Me resultaba muy atractiva la idea de compararlo con los también autodidactas Andrés Bello, José Carlos Mariátegui, José Martí, Manuel González Prada o Domingo Faustino Sarmiento. Aunque el casual recuerdo sobre Sanín Cano era todavía brumoso y vago, intuía que vendría, en esta cosmópolis porteña, su redescubrimiento.

Un primer arribo a Baldomero Sanín Cano

Hurgando en diferentes fuentes, rememoré que en Biblioteca Ayacucho, editorial fundada por Ángel Rama, existía el libro *El oficio del lector* (1977), una de las primeras compilaciones póstumas de Sanín Cano. Las cincuenta páginas del prólogo de Cobo Borda me sorprendieron con la noticia de la vinculación del colombiano, desde 1914, a la planta del diario bonaerense *La Nación*. Su primer artículo se tituló “El descubrimiento de América y la higiene”, luego compilado en *Indagaciones e imágenes* (1926). En él

¹⁰ Rafael Gutiérrez Girardot, “La literatura colombiana en el siglo xx”, en *Manual de historia de Colombia*, tomo III (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1980), 445-536. El ensayo fue compilado luego en *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*, 347-410, y en *Ensayos de literatura colombiana 1. Narrativa* (Medellín: Ediciones Unaula, 2012), 27-143.

discurrió sobre el problema del drama épico-histórico de nuestro continente: sostuvo que la gripe y algunos otros virus habían permitido la dominación violenta de la cultura española sobre las poblaciones precolombinas. Siguiendo la huella de la *Carta de Jamaica* de Simón Bolívar, el antioqueño se había adentrado en el problema por excelencia de la historia latinoamericana: el mestizaje.¹¹ Sus artículos se sucedieron hasta asumir, en 1923, la corresponsalía en Madrid. Pero el dato que me cayó como un rayo —como cuando Marx describió la llegada de Bonaparte III en *Las luchas de clases en Francia...*— tiene que ver con que en 1925 se radicó en Buenos Aires como editor internacional. Además, en 1933 fue nombrado ministro plenipotenciario de Colombia en la capital argentina por el presidente Enrique Olaya Herrera. Tras algunas idas y venidas, finalmente volvió a radicarse en su país natal en 1937.

¿Un colombiano periodista y editor de la sección internacional de *La Nación* de Buenos Aires? ¿Además diplomático? No hallaba respuesta o clave alguna para entenderlo: a Sanín Cano apenas se le ha asignado un lugar restrictivo y parcial en las historias literarias y en los compendios del modernismo.¹² De su vida, hasta hoy tan solo existen relatos fragmentarios. Su biografía intelectual está por hacerse. Los datos que tenemos sobre él se encuentran en una variedad de entrevistas y, hasta cierto punto, en *De mi vida y otras vidas* (1949), inicialmente titulado “La memoria de los otros”; si bien en este libro escasamente habló de su infancia —la cual aborda Castaño Duque en el quinto capítulo del presente libro—, se puede considerar una autobiografía a partir de a quienes conoció y de los sitios que visitó o donde residió.¹³ Eva Klein lo presentó del siguiente modo:

El lector latinoamericano se familiariza con el nombre de Baldomero Sanín Cano a través de alusiones y citas. Raras veces se encuentra directamente con sus libros o artículos [...]. ¿Quién fue en realidad este escritor? ¿Cuál es la línea de su pensamiento y qué circunstancia pudo permitir que, en un continente que a principios de siglo estaba internamente bastante incomunicado, su nombre se conociera desde México hasta el Sur? [...]. El primer problema que se le presenta al estudioso interesado en re-

¹¹ Rafael Rubiano Muñoz, “Simón Bolívar y Baldomero Sanín Cano. A propósito de los 200 años de la Carta de Jamaica (1815-2015)”, *Revista de Derecho* 162 (2016): 269-287.

¹² Juan Gustavo Cobo Borda, “Sanín Cano, Baldomero”, en *Diccionario Enciclopédico de las letras de América Latina* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1995), 4332-4337.

¹³ Cabe destacar las siguientes entrevistas: Guillermo Manrique Terán, “De Núñez a Sanín Cano”, *El Tiempo*, 1 de julio, 1932; Juan de las Indias, “Una Hora con Sanín Cano”, *El Tiempo*, 30 de mayo, 1937; Edgardo Salazar Santacoloma, “Baldomero Sanín Cano”, *Sábado* 4 (1943); Jaime Posada, “Baldomero Sanín Cano”, *Sábado* 122 (1945); Jaime Posada, “Baldomero Sanín Cano, su vida y su obra: un reportaje”, *El Tiempo*, 27 de junio, 1946; Jorge Cabarico Briceno, “El lado humano de los personajes. Baldomero Sanín Cano”, *El Tiempo*, 10 de noviembre, 1946; Luis Enrique Osorio, “Baldomero Sanín Cano me dijo”, *Vida: Revista de Arte y Literatura* 40 (1941). Por lo demás, Sanín Cano explica la razón del nombre inicial en “La memoria de los otros”, *Semana* 133 (1949): 20-25.

solver estos problemas es conseguir los textos del escritor. Por lo abundante y constante es relativamente fácil encontrar la bibliografía indirecta de Sanín Cano; existen muchos artículos que lo mencionan, estudian y le hacen homenaje, pero su producción directa es difícil y en algunos casos imposible de localizar, puesto que se encuentra dispersa en decenas de periódicos y revistas latinoamericanas y europeas.¹⁴

¹⁴ Eva Klein, “Baldomero Sanín Cano: Crítico literario del periodo de modernización colombiano”, *Revista de la Universidad Nacional* 3 (14-15) (1987): 41.

Su caso me brindó razones más sólidas para seguir en el doctorado de Flacso y asentó mi convicción de encaminar la tesis por la vía de la historia intelectual. De inmediato partí hacia la Biblioteca del Congreso de la Nación y empecé la metodología artesanal que implica toda investigación, para decirlo con Charles W. Mills.¹⁵ Cuaderno en mano, registré y clasifiqué los datos relevantes: bibliografía y trayectoria intelectual y diplomática. Dejé constancia de sus publicaciones en revistas o prensa, sin pasar por alto cualquier asunto con el que pudiera llegar a problematizar la investigación. Pero levantar los artículos de Sanín Cano en *La Nación* y explicar su vinculación con el diario tenía otra dificultad adicional, pues al no existir archivo digital ni microfilmado, debía hacer las pesquisas en ejemplares originales custodiados en hemerotecas. Los números se hallaban dispersos e incompletos, con hongos y en ocasiones rayados, muchos humedecidos y rotos, como si se tratase de rompecabezas destruidos; situación lamentable para una de las fuentes esenciales de la investigación en historia intelectual. Incluso intenté indagar en las propias oficinas del diario porteño, pero en ese año eran profundamente álgidas las disputas entre el gobierno de Cristina Kirchner y *La Nación*, por discrepancias ideológicas y por el impuesto al papel. Y a razón de ello, fue imposible consultar los archivos.

¹⁵ Charles Wright Mills, *La imaginación sociológica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1964).

Para completar la bibliografía del nuevo proyecto, mientras daba con los artículos de *La Nación*, acudí a los estudios previos sobre Sanín Cano. Internet fue una herramienta fundamental por dos razones. Primero, con Google Scholar y Jstor hallé gran variedad de reseñas sobre libros de Sanín Cano que fueron escritas por conocidos suyos. También hallé registros de colombianos que en las décadas de 1980 y 1990 se encargaron de releerlo y reeditararlo con cierto esfuer-

zo filológico.¹⁶ Si esta producción se compara con lo que hoy se ha hecho, se comprueba la necesidad de enfoques diferenciados y fuentes nuevas: a la fecha solo cuatro trabajos han intentado de manera decisiva la renovación de la figura intelectual de Sanín Cano.¹⁷ Segundo, en MercadoLibre conseguí casi todas las primeras ediciones de Sanín Cano. Empecé con su primer libro, *La civilización manual y otros ensayos* (1925), una compilación de sus artículos publicados en *La Nación*. Siguiéron la Sierra las compilaciones de 1926, 1932, 1944 y 1955, publicadas con auspicio de entrañables amigos, aunque en ocasiones fueron concebidas en contra de la voluntad del mismo autor. Para la consecución de estos libros hice largos viajes en tren a las provincias, pues muchos provenían de antiguas bibliotecas heredadas que algunos libreros tenían como joyas de colección.

Entre las dificultades para renovar la imagen de Sanín Cano con fuentes nuevas se cuenta la pérdida de su biblioteca, epistolario y archivo personal. Ni la familia ni el Estado colombiano conservaron ese material imprescindible. La ausencia de conciencia de conservación, fundamental para la edificación del capital cultural e intelectual de una nación, nos habla del desprecio a que se ven sometidos algunos de los intelectuales colombianos. Como se plantea en *Cien años de soledad*, en Colombia todo se tiñe de olvido. Todas las cosas deben nombrarse de nuevo. Las intolerancias, las guerras y las violencias continúan, mientras los pensadores y letrados yacen bajo las lápidas. Luego lo seguí corroborando al enterarme de que ni la casa de nacimiento de Sanín Cano se salvó de la indiferencia —convertida en un ‘agáchese’—,¹⁸ y la placa conmemorativa que yacía en la casa paterna fue robada. Súmese la ausencia de ediciones sistemáticas de su obra. Al día de hoy solamente se ha publicado de modo completo su producción entre 1927 y 1954 en el diario colombiano *El Tiempo*.¹⁹ Pero hay que asumir esas dificultades con tranquilidad para no declinar en la consecución de fuentes y registros. Cualquier pieza documental, por insignificante que sea, puede abrir un camino inesperado. Nunca

¹⁶ Entre los más citados se pueden mencionar: Academia Antioqueña de Historia, *Eruditos Antioqueños. Tomás O. Eastman, Laureano García Ortiz, Baldomero Sanín Cano* (Bogotá: Minerva, 1937); Jorge Eliécer Ruiz, *Baldomero Sanín Cano* (Bogotá: Procultura, 1991); Hernando Uriago Benítez, *El signo del centauro. Variaciones sobre el discurso ensayístico de Baldomero Sanín Cano* (Cali: Universidad del Valle, 2007); Néstor Villegas Duque, *Sanín Cano. Viajero del espíritu* (Bogotá: Tercer Mundo, 2007).

¹⁷ Compárese Rubén Sierra Mejía, “Baldomero Sanín Cano”, en *Pensamiento colombiano del siglo XX*, ed. Santiago Castro-Gómez et al. (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar, 2007), 69-90, con los siguientes trabajos: Gildardo Castaño Duque, “Una Latinoamérica universal: contribuciones de Baldomero Sanín Cano (1861-1957) en la *Revista Hispania* (1912-1916)” (tesis de maestría, Universidad de Antioquia, 2014); Gildardo Castaño Duque, “*Revista Hispania* (1912-1916): presencia cultural colombiana en la vida intelectual europea”, en *Utopías móviles. Nuevos caminos para la Historia intelectual en América Latina*, coord. Selnich Vivas Hurtado (Medellín: Diente de León, Universidad de Antioquia, 2014), 32-63; Johnny Andrés Martínez Cano, “Conciencia histórica y arte moderno en los escritos de Baldomero Sanín Cano entre 1887 y 1924” (investigación de maestría, Universidad Nacional de Colombia, 2019); Luis Fernando Quiroz Jiménez, “Panidas, rubendariacos y apolonidas. Apropiación y legitimación de Rubén Darío en ‘Colombia’ (1894-1915)” (trabajo de grado, Universidad de Antioquia, 2019).

¹⁸ *Agáchese* es la palabra coloquial que se utiliza en Medellín para referirse a los saldos de mercancías chinas que se venden a precios irrisorios.

¹⁹ Sus editoriales, artículos, cartas, ensayos y otros registros, como notas y comentarios, fueron compilados y prologados con fárrago por Otto Morales Benítez: Baldomero Sanín Cano, *Ideología y Cultura*, 6 vols. (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 1998).

desestimé, por breve o en apariencia insignificante, cualquier registro, telegrama, fotografía, comentario o huella, pues todo era un engranaje inestimable para rehacer la figura intelectual de Sanín Cano.

La producción del autor se publicó principalmente en periódicos y revistas, por lo que era necesario estudiar metodológicamente la prensa hispanoamericana, en especial el papel de las revistas desde la historia intelectual. Primero consulté la revista *Prismas* de la Universidad Nacional de Quilmes, de la cual obtuve los referentes intelectuales más relevantes sobre historia y sociología, y otros más para la construcción metodológica de la investigación. Acudí también a los trabajos de Aimer Granados, Alexandra Pita González y Carlos Marichal. Luego conseguí los dos volúmenes editados por Carlos Altamirano sobre la historia intelectual de América Latina. De modo discriminado leí y anoté los trabajos referidos a la prensa y las revistas.²⁰ Todo eso fue un horizonte inestimable, además de una brújula de trabajo. Así, tras mejorar el enfoque teórico y la metodología, al calor de las fuentes, en su recolección y análisis, y tras al menos diez formulaciones, en noviembre de 2011 presenté el proyecto “Baldomero Sanín Cano: un intelectual liberal y humanista en la República Liberal (1930-1950)”. Tenía una prioridad antes de regresar a Colombia: encontrar fuentes que no se conocieran o que no estuvieran disponibles en el país.

En Buenos Aires encontré decenas de escritos suyos en fuentes distintas a *La Nación*: en las revistas *Caras y Caretas* (1898-1941), *Nosotros* (1907-1943), *Sur* (1931-1991), *La Vida Literaria* (1928-1932) y *Babel* (1921-1928), esta última dirigida por el socialista Samuel Glusberg. Me topé también con los libros de Horacio Tarcus, estudioso de las ideas de izquierda en el continente.²¹ En *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg* (2001), Tarcus busca redescubrir, a través de memorias y epistolarios, al judío polaco que emigró en los años veinte a la ciudad porteña. Glusberg aparece en su papel de editor, promotor cultural, divulgador literario e intelectual comprometido con el socialismo y el anar-

²⁰ Gustavo Adolfo Otero, *El periodismo en América. Esquema de su historia a través de la cultura Latino-Americana (1492-1946)* (Lima: Empresa Editora Peruana, 1946);

Jesús Álvarez Timoteo y Ascensión Martínez Riaza, *Historia de la prensa hispanoamericana* (Madrid: Mapfre, 1992);

Carlos Galván Moreno, *El periodismo argentino. Amplia y documentada historia desde sus orígenes hasta el presente* (Buenos Aires: Claridad, 1944); Aimer Granados y Carlos Marichal, *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura* (México: Universidad

Autónoma Metropolitana-Unidad Cuajimalpa, Juan Pablos Editor, 2012);

Alexandra Pita González, *Redes intelectuales transnacionales en América Latina durante la entreguerra* (México: Universidad de Colima, 2016); Alexandra Pita y Carlos

Marichal, *Pensar el Antimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930* (México: El Colegio de México, Universidad de Colima, 2012);

Carlos Altamirano, ed., *Historia de los intelectuales en América Latina*, 2 vols. (Buenos Aires: Katz, 2008).

(130)

²¹ Horacio Tarcus, *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg* (Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 2002); *Cartas de una Hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio*

Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg (Buenos Aires: Emecé, 2009).

quismo. Al leer en estas revistas los escritos de Sanín Cano y los trabajos de Tarcus, pude recabar algo que no se había visto, o que quizás no se había querido ver: las relaciones de Sanín Cano con personajes e ideas radicales de izquierda.

Sanín Cano tuvo una estrecha y perdurable amistad con Glusberg, documentada en el epistolario conservado en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI). Según se colige del trabajo de Tarcus, ellos dos hicieron parte de una generación latinoamericana ligada estrechamente a algunos postulados del marxismo y de ideas de izquierda. Glusberg dio a conocer a nivel continental las obras del socialista norteamericano Waldo Frank, del marxista peruano José Carlos Mariátegui y del liberal de izquierda y adepto a las ideas anarquistas y comunistas Baldomero Sanín Cano. El vínculo de Glusberg y Sanín Cano, junto a Frank y Mariátegui, marcó una línea fronteriza en la historia intelectual frente a otros personajes que giraron hacia posiciones moderadas e incluso retardatarias, como Jorge Luis Borges y Victoria Ocampo en *Sur*.²²

²² Tarcus, *Mariátegui*, 47-56.

En 2012, durante un viaje corto a Bogotá, me encontré con el profesor Gonzalo Cataño, uno de los principales estudiosos del rionegrino en Colombia y Latinoamérica. Con nobleza y amabilidad me facilitó las cien páginas de su bibliografía sobre Sanín Cano. En ella registra libros, reseñas, artículos de prensa y revistas, algunas cartas y otros datos. Con este gran aporte retorné muy agradecido a Buenos Aires.

Retomé el levantamiento de fuentes: registros epistolarios y diplomáticos, también de congresos, foros, conferencias, banquetes, fiestas... Con mi amigo Andrés Felipe Londoño, hallé cajas con ejemplares de *La Nación* en una librería de viejo.²³ Encontramos una decena de originales de Sanín Cano de los años veinte en aceptable estado. Fue casi alucinante, aunque el diario y su traslado a Colombia costaban más que la propia investigación. Así sucedió con otros registros de las revistas *Nosotros*, *Caras y Caretas* y *Sur*. El archivo se fue completando en la ciudad de La Plata, hacia donde me desplacé por la indicación de

²³ Agradezco a mi amigo, el librero y sociólogo Andrés Felipe Londoño, quien además me acogió en su casa de Parque Patricios, me recomendó el recurso de MercadoLibre Argentina y me acompañó en la investigación con gran entusiasmo. (131)

que allí estaba la hemeroteca mejor conservada, más organizada y completa de *La Nación*. Ajusté cientos de escritos.

Por otro lado, ese año debía entregar avances de la tesis y resolver la dirección. Gracias a la profesora Isabella Cosse, me contacté y reuní con Paula Bruno, una de las mejores conocedoras de la historia intelectual argentina. A su vez me sugirió al profesor Alejandro Blanco, quien aceptó la dirección con una amabilidad y disposición incondicionales. El profesor Blanco, discípulo del connotado profesor Altamirano, había hecho su trabajo sobre algunos intelectuales de la sociología, en especial sobre Gino Germani.²⁴ Bajo su dirección cursé los seminarios de tesis y fotografía, transcribí y analicé más registros para el archivo argentino de Sanín Cano. Resultó un primer libro en coautoría con Andrés Felipe Londoño: *Baldomero Sanín Cano en La Nación de Buenos Aires (1918-1931). Prensa, modernidad y masificación* (Bogotá, 2013).

²⁴ Alejandro Blanco, *Razón y modernidad: Gino Germani y la sociología en Argentina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2006).

Regreso a la patria

El problema metodológico central de la investigación fue combinar vida, contextos y producción en Sanín Cano. Su larga actividad de escritura supuso una primera dificultad. Nació en la remota provincia de Antioquia en 1861 y murió en la capital colombiana en 1957, dos días después de la caída de la dictadura militar de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) —es decir, falleció en medio de dos acontecimientos desfavorables para su recepción popular en el país: en lo político, la firma y ejecución del pacto o tratado del Frente Nacional (1958-1974), y en lo cultural, el dominio del movimiento nadaísta—. Noventa y seis años de vida, setenta de producción. Su primera publicación de resonancia fue un análisis crítico e irónico de la política y la literatura del presidente exliberal Rafael Núñez (1888), y su última publicación fue el cuento “Almoneda” en el diario *El Tiempo* (1954),²⁵ en el que con óptica visionaria captó tanto el aplastamiento de los librerías y las bibliotecas por la tecnología como la redefinición del libro, de artículo popular a uno de lujo. Además, nuestro investigado tuvo una amplia

²⁵ “Núñez, Poeta”, en *El oficio del lector*, 16-34; “Almoneda”, *El Tiempo, Suplemento Literario*, 4 de abril, 1954 y *Revista Mito* 14 (1957). Este cuento fue compilado y publicado en *Pesadumbre de la belleza y otros cuentos y apólogos* (Bogotá: Ediciones Mito, 1957).

movilidad y una extensa sociabilidad intelectual. Él mismo aseguró que parecía un inmueble que se trasladaba de un lado a otro:

La gente tiene de mí una idea errónea. Green que me gusta la vida andariega, que busco siempre la oportunidad de viajar [...] y no es así. Yo soy inmueble. Son fuerzas exteriores las que se han encargado de moverme para un lado y otro, como puede trasladarse a cualquier objeto inanimado. Comencé a ambular a los cuarenta y ocho años de edad; y hasta entonces solo hice un viaje: de mis montañas antioqueñas a la sabana de Bogotá [...]. Por mi gusto, nunca habría abandonado un rincón como este, unos cuantos libros, mi mujer.²⁶

Fue un intelectual transeúnte: caminaba en las ideas y en la vida diaria, de una ciudad a otra.²⁷ Las ciudades que visitó y donde permaneció —Bogotá, Londres, París, Berlín, Copenhague, Ginebra, Madrid y Buenos Aires—, y su vínculo con los círculos literarios o las sociabilidades de esas ciudades forjaron y transformaron su talante. A través de algunos homenajes realizados en la prensa y en varias revistas se perciben los vínculos que edificó en Europa, Estados Unidos y, primordialmente, América Latina,²⁸ pues las revistas, más que documento empírico, son “huella de las sociabilidades” y observatorio de los itinerarios intelectuales, como señala Jaramillo Restrepo en el tercer capítulo de este libro. Resolví entonces tomar las fuentes con una mirada discontinua o no lineal. Asumí un estudio lento pero seguro de la actividad intelectual de Sanín Cano aplicando dos nociones: viaje y vida urbana. Los cortes por ciudades y viajes me ayudaron a ir recomponiendo el rompecabezas.

¿Pero cómo llegó a Buenos Aires nuestro intelectual transeúnte? Tras mi regreso definitivo a Colombia en 2013 intenté responderlo. El periodismo y la diplomacia eran claves. Londres fue el lugar donde Sanín Cano se vinculó al diario argentino. Llegó como agente fiscal, nombrado por el presidente Rafael Reyes (1904-1909) para defender a Colombia en un litigio con el gobierno británico por la explotación de esmeraldas. Allí, junto al exiliado Santiago Pérez Triana y Enrique Pérez Lleras, publicó la revista *Hispania* (1912-1916), una voz hispanoamericana en Europa

²⁶ Luis Enrique Osorio, “Baldomero Sanín Cano me dijo”, *Vida: Revista de Arte y Literatura para el Hogar* v (40) (1941): 26-29, 34-35.

²⁷ Sobre el intelectual nómada o transeúnte para referirse a Sanín Cano, véase Enzo Traverso, *Siegfried Kracauer. Itinerario de un intelectual nómada* (Valencia: València Edicions Alfons El Magnànim Diputació Provincial de València, 1998).

²⁸ *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, 20 de marzo, 1932; revista *Novotros* 46-47 (1940); revista *Iberoamericana* 26 (1948); revista *Babel* 59 (1951); revista *Repertorio Americano* 16 (1952) y en noviembre de 1951 en La Habana (Cuba) organizado por Juan Marinello.

²⁹ Pérez Triana se exilió por la persecución de Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro, los gramáticos y líderes del régimen conservador de la Regeneración (1885-1904). Fue amigo y consejero diplomático de Carlos E. Restrepo, presidente colombiano (1910-1914) cuya biblioteca se donó al claustro donde también fue rector. En la correspondencia de ambos, también conservada allí, se puede encontrar que Pérez Triana recomendó a Sanín Cano para el consulado londinense (Carta de Santiago Pérez Triana a Carlos E. Restrepo. (1911). Londres, 10 de marzo. Archivo Personal de Carlos E. Restrepo, Colección Patrimonial, Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, Universidad de Antioquia). También se conserva correspondencia de Sanín Cano y Restrepo. Esto empezó a insinuar otro frente de investigación que debía asumir: por ejemplo, la parte referida al diplomático, al analista político nacional e internacional.

sobre la que no se había hecho entonces ninguna investigación.²⁹ Me dirigí a la Colección Patrimonial de la Biblioteca de la Universidad de Antioquia, donde *Hispania* estaba completa. Empecé el estudio de las 1657 páginas para levantar todos los registros del rionegrino. Entonces hallé el nervio central de la investigación doctoral: Sanín Cano había girado del liberalismo hacia la izquierda, simpatizó con las ideas anarquistas y comunistas de esa época. En Londres estableció una fuerte sociabilidad intelectual. Junto a Pérez Triana, entabló amistad con Robert Bontine Cunninghame Graham, William Morris y el socialista español Luis Araquistáin, entre otros. Incluso las lecturas y conferencias de Bertrand Russell y Bernard Shaw en la capital inglesa fueron alicientes para sus reflexiones. Su actitud antimperialista e hispanófila, su crítica al capitalismo, su defensa del obrero y la mujer, su simpatía con las ideas comunistas se solidificaron en un liberalismo de izquierda que continuó con cincuenta colaboraciones en la revista *Universidad* (1921-1931), fundada por Germán Arciniegas, y con innúmeras páginas en Buenos Aires. Después de seis décadas de acaecida la muerte del antioqueño, no se había concebido ni tratado su liberalismo de izquierda, aunque sus compilaciones ya lo permitían.

La civilización manual y otros ensayos fue publicado por la editorial Babel, de Samuel Glusberg, y reseñado por el historiador de derecha Oswald Spengler.³⁰ Al leer el libro, son perceptibles dos acentos intelectuales de Sanín Cano: su sensibilidad de microsociólogo y su vena anarquista. Recuerdo que durante semanas en mi cabeza giró el título de ese libro. Como se recordará, la postura marxista frente a la técnica y el maquinismo condujo a Horkheimer y Adorno a repensar el legado de la Ilustración con *La dialéctica del iluminismo* (1944). En esa obra plantearon cómo la razón se tornó en mito y cómo la técnica, junto a las máquinas y a la industria cultural, incitaba a la destrucción de la razón humana o a la deshumanización del hombre. Si se revisa con cuidado *La civilización manual...*, ya Sanín Cano en 1925 había captado sociológicamente la tragedia de

³⁰ Reseña hecha en *El hombre y la técnica*, según consta en una nota comentada por Glusberg: “Nota sobre el regreso de Baldomero Sanín Cano”, *La Vida Literaria* 40 (1931): 4.

la modernidad capitalista industrializada, pues en su obra defendió la mano —al artesano y al obrero— en contra de la dominación de las máquinas y del maquinismo —las tecnologías como instrumentos de dominio y aplastamiento de los seres humanos—. Los dos artículos más significativos al respecto son “Cadenas de... estuco”, de enero 1 de 1918, y “Shakespeare amenazado”, de junio 29 de 1921.

El artículo de 1918 fue una crítica severa a la cultura de masas y del entretenimiento. Plantea que el tiempo libre en las sociedades capitalistas destruye la conciencia de clase del obrero, porque mediante el entretenimiento y el consumo fácil se neutraliza el inconformismo y la tendencia a la rebelión. Ese escrito recuerda el relato de Horkheimer sobre la impotencia de la clase obrera alemana, primero en el capitalismo y luego en el totalitarismo.³¹ El segundo, desde su título, ya era una reflexión sociológica profunda: la muerte del teatro por el cine sonoro y la industria cultural, en lo que se adelantó a Ernst Bloch en *Huellas* (1927) y a Walter Benjamin en *Calle de dirección Única* (1926), por solo citar dos clásicos.

¿Anarquismo en Sanín Cano? No fue militante, menos aún intelectual orgánico, sino una inteligencia libremente oscilante a la manera de Karl Mannheim —quien a su vez se remonta a Alfred Weber—.³² En los años veinte y treinta, la postura del colombiano se volcó al socialismo y el comunismo, a una variedad de registros en contra del capitalismo y el imperialismo. Sus actitudes se concentraron en la defensa de la mujer y los obreros, víctimas de la violencia sistemática del mundo capitalista. De hecho, por la postulación de Pablo Neruda, su leal y entrañable amigo, ganó en 1955 el Premio Lenin de la Paz.³³ Es decir, ganó un premio auspiciado por la Unión Soviética en plena Guerra Fría y en la transición de la dictadura militar de Rojas Pinilla al Frente Nacional —luego lo recibieron Luis Vidales y Jorge Zalamea—.³⁴ El anticapitalismo y antimperialismo de Sanín Cano se evidencian también en su referida participación en Londres, junto a Pérez Triana, en la edición de *Hispania*,³⁵ en las colaboraciones en *Babel* y *La Vida Literaria*, de

³¹ Max Horkheimer, “La impotencia de la clase obrera alemana”, en *Ocaso* (Madrid: Taurus, 1986), 85-91.

³² Karl Mannheim, *Ensayos de sociología de la cultura* (Madrid: Aguilar, 1957).

³³ Karina Jannelo C., “El Congreso por la Libertad de la Cultura: el caso chileno y la disputa por las ‘ideas fuerza’ de la Guerra Fría”, *Revista Izquierdas* 14 (2012): 14-52. (135)

³⁴ Álvaro Rojas de la Espriella, “Tres humanistas colombianos ganan la paz”, *Fojas Universitarias* 24 (1986): 84-114.

³⁵ Rafael Rubiano Muñoz y Juan Guillermo Gómez García, *Años de vértigo. Baldomero Sanín Cano y la Revista Hispania (1912-1916)* (Bogotá: Siglo del Hombre, 2016).

Glusberg, y en los más de trescientos registros en *Repertorio Americano* del socialista costarricense Joaquín García Monge. Neruda, Sanín Cano, Monge y Mistral, entre otros, realizaron congresos comunistas en el continente, y otras actividades políticas que no se habían estudiado y que se incorporaron como tema central de la investigación doctoral.

Pese a lo aparentemente inorgánico de las compilaciones publicadas en vida de Sanín Cano, hay que destacar que en ellas se encuentran líneas continuas: por ejemplo, la relación del intelectual con la crítica o la función social del intelectual. En las culturas hispanoamericanas, especialmente en las colombianas, la crítica se desenvuelve bajo una actitud unilateral de choques personales. Hay una inclinación innata a usar gestos o burlas, a simplificar el lenguaje con violencia para ridiculizar y desacreditar al oponente. Sanín Cano, de hecho, fue objeto de severas discriminaciones e insultos en tiempos de la Regeneración y luego en los del protofascista y franquista Laureano Gómez. Frente a esta cultura acrítica del descalificativo, no fue casual que Sanín Cano defendiera la crítica a la manera de Zola en el *Yo Acuso* (1898), esto es, con la concepción del intelectual como conciencia vigilante de la sociedad. Así, para el colombiano la crítica debe ser un juicio sereno, no un insulto impulsivo. Debe ser un instrumento de verdad, argumentado y amparado en el raciocinio, con elementos filológicos e históricos, sin cejar en el cuestionamiento social o político. El crítico debe asumir esa entereza espiritual y ha de estar acorde con una mirada universal, generosa, creativa e innovadora, es decir, con una sabiduría que emparente lo particular con la totalidad.³⁶

³⁶Baldomero Sanín Cano, "El ocaso de la crítica" [1939], en *Escritos* (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1977), 727-733.

Por otro lado, sus libros se orientan a la comprensión de la crisis del mundo occidental y a la construcción de América Latina como alternativa. Su latinoamericanismo no riñe con lo bueno y lo mejor de Occidente, porque consideró que nuestro subcontinente completaba lo que Europa y Norteamérica no podían realizar. Sin derivar en extremismos o exotismos, Sanín Cano fue uno de los primeros en el ámbito continental que, por sus viajes y sociabilidades,

comprendió y asimiló lo que se podría denominar el mestizaje o encuentro de culturas, y para ello le fue muy útil la noción de mediación. Con las obras principales de Sanín Cano es posible comprender las tragedias más resonantes de la modernidad, en especial las que se refieren a la falta de ilustración y a la desdicha cotidiana —falta de felicidad— o al aplastamiento del individuo. Pero si algo es indeclinable en Sanín Cano es la idea de utopía, pese a la crueldad de la destrucción masiva. Él fue uno de los primeros periodistas latinoamericanos en cubrir las guerras mundiales y los ascensos de los regímenes totalitarios. Se opuso a estos despotismos y a todas las formas de tiranía en la sociedad occidental, incluida América Latina.

Así, en enero de 2019 presenté la tesis “Baldomero Sanín Cano. Un intelectual liberal, humanista y transeúnte del siglo xx”, enfatizando en sus ideas de izquierda y en su labor de crítico social y político. De seguro se dirá que es demasiado tiempo para hacer una tesis doctoral, pero confieso que han sido muchos los tropiezos. Obviamente, no se puede referir todo; aquí solo se ha planteado lo primordial de la trayectoria de la investigación, o el proceso teórico-metodológico. He pretendido mostrar que más allá de un plan lógicamente concebido, la investigación es material, sociológicamente material, y sujeta al esfuerzo personal para llevarla a cabo. Sanín Cano esperó varias décadas a ser redescubierto en Buenos Aires. Ambos, investigador e investigado, se ‘exiliaron’ en ese rincón del sur, pero ambos retornaron a la patria natal.

Una aproximación al valor del
expediente criminal para la historia
intelectual en Antioquia.
Manuel Antonio Balcázar y el delito de imprenta

Andrés Alejandro Londoño Tamayo¹

¹Doctor en Historia de América de la Universidad Complutense de Madrid, profesor de la Universidad de Antioquia, miembro del Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana —GELCIL—.
Correo: alejolondono32@gmail.com

Introducción

En este capítulo discutimos la relación entre la historia intelectual y la documentación producida por el Poder Judicial, caso puntual: los expedientes criminales. Partimos con dos objetivos. Primero, aproximarnos al valor de dichos expedientes como fuente para la historia intelectual, por lo cual abordamos su trayectoria histórica en la administración de la justicia colombiana, destacando sus contenidos discursivos y prácticos para la reconstrucción de los imaginarios y las acciones de los actores de un proceso. Segundo, a partir de un estudio del proceso por delito de imprenta seguido a Manuel Antonio Balcázar en la Medellín de 1846, ejemplificar el uso de los expedientes para reconstruir facetas intelectuales y reflexionar sobre la práctica de la justicia.

Este proceso, juzgado a través de un jurado conformado por un grupo de ciudadanos que representa la sociedad en la administración de justicia, refleja cómo el Poder Ejecutivo y el Judicial de la provincia se alinearon con la élite de Medellín del siglo XIX para condenar un texto que llamaba al motín, criticando a la Iglesia y al gobierno central. Lo singular de la causa recae en que las autoridades usaron una tipificación penal inexistente: reimpresión, a pesar de que la ley únicamente señalaba como responsables a los autores y a los editores.

Entonces profundizaremos en algunos valores e instituciones del periodo, como la libertad de expresión y de imprenta, la formación de la opinión pública y la censura y el castigo por textos transgresores de la ley. De este modo respondemos interrogantes como qué tipo de actores sociales y discursos pueden estudiarse a partir de expedientes criminales, cuáles dinámicas, problemáticas y desarrollos en torno al derecho, la justicia y la sociedad se ven reflejados en la documentación judicial, y qué perspectivas teóricas y metodológicas al respecto pueden definirse desde la historia intelectual.

El expediente judicial en Colombia y su valor documental para la historia intelectual de los siglos XIX y XX

En la actualidad, la historia intelectual expresa un dinamismo notable, marcado por la apertura al intercambio teórico y metodológico con otras disciplinas. Esta historia perfila reconstrucciones complejas del intelecto de mujeres y hombres a partir de nuevas fuentes, hipótesis y objetos de investigación,² razón que justifica una indagación sobre el expediente criminal, una fuente poco usada en las ciencias sociales. Los expedientes judiciales o criminales generados por la administración de justicia contienen características formales determinadas por los modelos procesales que los rigen: inquisitorial, acusatorio o mixto; incluyen también discursos reveladores de representaciones y prácticas. Se trata de un artefacto material que conserva, difunde y legitima ideas sobre la justicia, la sociedad, el derecho y la criminalidad.

Joaquín Escriche definió así el término *expediente judicial* en 1837: “La dependencia o negocio que se sigue sin juicio *contradictorio* en los tribunales a solicitud de algún interesado o de oficio; conjunto de todos los papeles correspondientes a un asunto o negocio”.³ Se trata de acepciones que, aún vigentes en el *Diccionario de la lengua española* de la RAE, marcaron una diferencia entre los juicios que incluían expediente y los que no; estos últimos contemplaban el juicio contradictorio, o sea que se desarrollaban

² Véanse: Selnich Vivas (coord.), *Utopías Móviles. Nuevos caminos para la Historia intelectual en América Latina* (Bogotá: Diente de León/Universidad de Antioquia, 2014); Carlos Altamirano y Jorge Myers (eds.), *Historia de los intelectuales en América Latina. 1. La ciudad letrada: de la conquista al modernismo* (Buenos Aires: Katz, 2008).

³ Joaquín Escriche, *Diccionario razonado de legislación y jurisprudencia* (Madrid: Librería de la señora Viuda e Hijos de D. Antonio Calleja, 1847).

en juicio oral y con un jurado, como era el caso del modelo acusatorio inglés y del estadounidense. Joaquín Escriche planteaba con ello que el expediente criminal era una característica del derecho común europeo, es decir, del modelo inquisitorial practicado por la monarquía hispánica en la península ibérica y en las colonias americanas.

A partir de la teoría del lenguaje, la literatura y la narrativa actual, el historiador debe aceptar que el expediente y su resolución no son equivalentes a la realidad de lo acontecido, ni siquiera una representación fiel, en la medida en que las subjetividades de las autoridades o las estrategias de los acusados pueden definir las resoluciones. Esto, sin embargo, no implica que los jueces y fiscales no reconstruyan explicaciones y discursos probatorios de la veracidad de los hechos ocurridos y sus responsables a través de los expedientes y la investigación judicial.

Comentemos ahora la trayectoria del expediente criminal en la historia de Colombia, señalando sus características y funciones procesales, administrativas y políticas según el modelo que lo enmarca, ya sea inquisitorial o acusatorio. Empecemos indicando que, tras la independencia frente a España, en la Nueva Granada se puso en vigor tanto el modelo inquisitorial como el acusatorio; los esquemas arreglados por los legisladores no fueron puros, sino mixtos, es decir, mezclaron elementos de ambos modelos.

En materia penal y civil, por ejemplo, se estableció un modelo marcadamente inquisitorial para la República, pero por los principios del nuevo Estado constitucional se anularon prácticas inquisitoriales y, en su reemplazo, se integraron garantías como publicidad y oralidad. Este modelo se mantuvo regularmente durante los siglos XIX y XX con una estructura procesal fundada en el sumario, en el predominio de la labor del juez sobre la del fiscal; a través de la apelación, se asignó a tribunales superiores y a las cortes la capacidad de establecer errores y modificar la labor desempeñada por el inferior. Gracias a esto y a que el Poder Ejecutivo local y el nacional designaban a los jueces y fiscales, se comprende que no era un modelo inde-

pendiente: difícilmente podía contrapesar al gobierno. En lo práctico, además, estaba estructurado en tres fases, según las leyes procesales: instrucción sumarial, defensa de abogado y establecimiento de sentencia por parte del juez. Este ha sido el modelo protagónico en material procesal penal en Colombia, legitimado por la diferente codificación nacional.

Exploremos ahora los principios y mecanismos del modelo acusatorio en la historia de Colombia, a través del cual se siguió el juicio al impresor Balcázar. Un caso no se resolvía a partir de la investigación desarrollada en el expediente, sino a través del juicio oral y público. Así que cuando se trata de modelo acusatorio, se habla de juicio por jurados, por ciudadanos; es un juicio en el que no existe apelación porque el veredicto se considera representación de la soberanía popular. El jurado popular en el siglo XIX fue concebido como la concreción del derecho político de participación en la justicia.⁴ En Colombia, dicho modelo se estableció para delitos de imprenta en 1821 y para delitos penales comunes en 1851. La institución del jurado popular tuvo un notable peso jurídico en la segunda mitad del siglo XIX, siendo el mecanismo de juicio para todos los delitos penales graves de la justicia ordinaria y generando así una prominente participación ciudadana. Sin embargo, en el siglo XX fue debilitándose y perdiendo competencias hasta su derogación en 1989.⁵

En materia de delitos de imprenta, el modelo acusatorio establecido en 1821 no tomó el expediente judicial como fundamento de juicio, y dispuso dos paneles de jurados para acusar y aplicar las tipificaciones de la ley de imprenta. El manejo y el trámite administrativo de la participación ciudadana fueron atribuidos a las autoridades ejecutivas, la alcaldía; su aplicación judicial, a las autoridades judiciales y a la ciudadanía. La ciudadanía elegida por sorteo se ocupaba de sancionar veredictos sobre los textos denunciados y los debates, mientras que el juez letrado ejercía como regulador de las actividades de los actores en el juicio.⁶ Los requisitos de participación fueron la alfabetización, la propiedad, el género

⁴ Andrés Alejandro Londoño Tamayo, “El juicio por Jurado en Colombia (1821-1863). Participación ciudadana y justicia penal” (tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2014), <https://eprints.ucm.es/29634/1/T35966.pdf>; Bartolomé Clavero, *Happy constitution: cultura y lengua constitucionales* (Madrid: Editorial Trotta, 1997).

⁵ Santiago Gómez Parra, *Sobre el jurado de conciencia* (Bogotá: Ministerio de Justicia, 1989), 16-18.

⁶ Andrés Alejandro Londoño Tamayo, “Juicios de imprenta en Colombia (1821-1851). El jurado popular y el control de los libelos infamatorios”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 40 (2013): 75-112. En este artículo puede verse resumida la estructura judicial completa que reguló el juicio de Manuel Antonio Balcázar.

masculino y la vecindad. El segundo requisito fue eliminado desde el siglo XIX, y los otros tres se mantuvieron durante el siglo XX, dificultando el acceso para más sectores de la población.

Como dijimos, lo anterior se impuso para delitos penales graves a partir de 1851, aunque con un carácter mixto, diferente al empleado en los casos de juicios de imprenta. El nuevo modelo integró la realización de una instrucción sumarial y una etapa de defensa de abogado con el juicio oral en cuanto lugar de resolución. Este último, regulado según los principios de contradicción, concentración y publicidad, concluía con un veredicto del jurado sobre el hecho delictivo y con la sanción del juez sobre el derecho. La apelación ante el Tribunal Superior del Distrito solo era motivada por errores formales en los procedimientos. Por todo lo que se ventilaba en el juicio oral en materia de conocimientos e informaciones, dicho escenario fue teorizado como una escuela política y civil para la ciudadanía: en el juicio podían reproducirse conocimientos políticos, jurídicos, judiciales, morales; era un espacio pensado para la legitimación de la democracia y los valores del Estado republicano.

Dentro de los dos modelos acusatorios mixtos ya descritos, si bien el expediente no constituía el único fundamento para la resolución de los procesos, sí era determinante como labor escrita de investigación que informaba en el juicio. En tal medida, los sumarios hoy en día siguen teniendo gran valor para la investigación histórica. Entre los documentos preservados así, se encuentran declaraciones e interrogatorios, los cuales ofrecen información biográfica de inculcados y acusadores: costumbres, transgresiones, conflictos, profesiones y alfabetización; hay peritajes de médicos, cerrajeros, armeros, parteras y otras profesiones; también reseñas de cárceles, fotografías, fichas señaléticas, diversas actuaciones de las autoridades judiciales, representaciones dirigidas por los defensores, documentos relativos a la formación del jurado, actas de los debates entre fiscal y abogado, cuestionarios de veredicto diseñados por

las autoridades y constituidos por las preguntas de acusación, las respuestas del jurado, la sentencia y la revisión realizada por el tribunal superior.

A continuación presentamos dos ejemplos de la información y los documentos consignados en los expedientes criminales. En la ilustración 1 se aprecia la fotografía de Aureliana Osorio, una menor de dieciséis años violada, de cuya convalecencia se quiso dar cuenta. No es común el registro fotográfico de las víctimas en los expedientes, pero sí de los inculcados. Este es el caso de Manuel Aguirre, cuya fotografía acompaña una descripción física y biográfica (véase la ilustración 2).

Ilustración 1. Fotografía de Aureliana Osorio, causa contra Luis E. Sierra y Emilio Tavera por “fuerza y violencia”

Fuente: Juzgado 1.º Superior de Medellín, 1928. Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín, Archivo Histórico Judicial de Medellín (AHJM), documento 10539, f. 52. Agradecemos especialmente a Juliana Vasco Acosta por la asesoría y el acompañamiento prestados en el Laboratorio de Fuentes Históricas de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín.



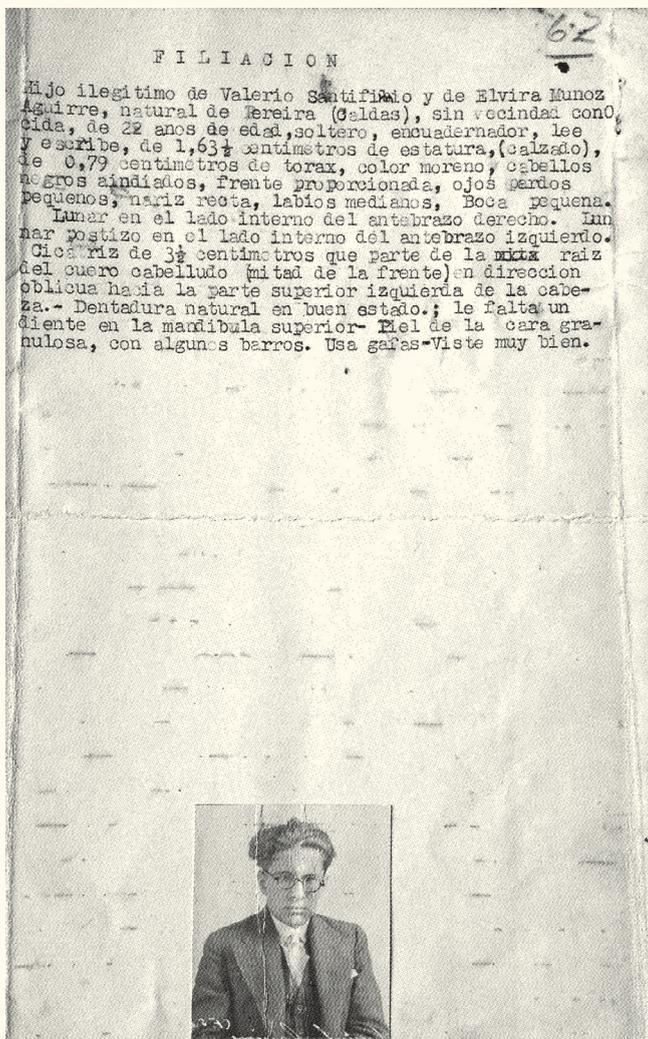


Ilustración 2. “Filiación” de Manuel Aguirre, causa en su contra por el homicidio de Ana Rita Villa

Fuente: Juzgado 1.º Superior de Medellín, 1933, AHJM, documento 12801.

Con todo, debemos decir que los archivos histórico-judiciales en Colombia son escasos y solo han sido promovidos por investigadores que han rescatado los documentos.⁷ Lamentablemente, no existe una cultura de protección del patrimonio documental colombiano, por lo que deben desarrollarse acciones inmediatas para salvaguardar los expedientes judiciales y otros documentos que todavía albergan los juzgados de las ciudades de Colombia y que no están debidamente custodiados. En el país existen dos archivos histórico-judiciales importantes: el

⁷ Redacción *El Tiempo*, “Procesos judiciales serán archivo histórico”, *El Tiempo*, 30 de abril de 2002, Sección Archivo, <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1334640> (145)

Laboratorio de Fuentes Históricas de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, y el Archivo Histórico Regional de la Universidad Industrial de Santander. Ambos custodian materiales judiciales cuyo género resulta casi inexistente en archivos históricos como los de Medellín, Antioquia, Bucaramanga o Santander. También existen los fondos del Archivo General de la Nación, donde reposan materiales judiciales producidos tanto por juzgados menores como por las altas cortes de justicia. Aunque ellos no contienen un volumen notable de materiales judiciales —en comparación con el de México—, se encuentran ordenados y son de fácil acceso al público. Otros archivos sobre los que se tiene menor conocimiento y que permanecen cerrados al público general son los fondos de documentos judiciales que poseen las altas cortes: la Corte Suprema de Justicia y la Corte Constitucional. Hay, entonces, una riqueza material inédita para hacer historia intelectual, de la institucionalización de las ideas jurídicas y de la práctica judicial en Colombia.

El juicio en contra del impresor antioqueño Manuel Antonio Balcázar

No sabemos la fecha de nacimiento de Manuel Antonio Balcázar, pero sí que falleció en 1852.⁸ Él logró destacarse en el mundo de las publicaciones bajo diferentes roles: autor, editor, sufragante e impresor. En su imprenta de Medellín publicó hojas sueltas, libros, cartillas, manuales y diferentes periódicos políticos, como *El Constitucional Antioqueño*.⁹ Tuvo una participación notable a través de sus impresos en la política local y nacional durante las décadas de 1830 y 1840, en los que reflejaba su cercanía con Francisco de Paula Santander, entre otros personajes destacados de la política, y un distanciamiento de los sectores conservadores. Ante tales aspectos, sorprende el desconocimiento de Balcázar por parte de la historiografía de Antioquia, lo cual ocurre en buena medida debido a los pocos estudios sobre la imprenta, la libertad de expresión y la opinión pública en la región antioqueña en dicho periodo. En contra-

⁸ Herencia yacente de Manuel A. Balcázar denunciada por Norberto Balcázar, 1880, AHJM, doc. 7721.

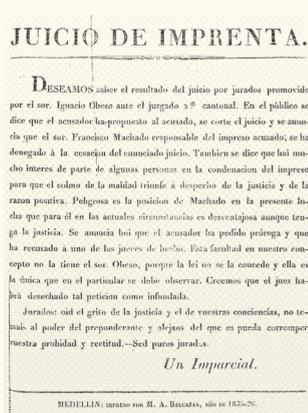
⁹ María Arango Tobón, *Publicaciones periódicas en Antioquia 1814-1960. Del cibaleta a la rotativa* (Medellín: Eafit, 2006), 17-20. Véase también: <http://babel.banrepcultural.org/cdm/ref/collection/p17054coll26/rd/1445>

posición a ello, el estudio del expediente criminal en contra de Balcázar desde la historia judicial y la intelectual aporta información valiosa para la reconstrucción de las ideas de un intelectual que se caracterizó por la promoción del liberalismo, el republicanismo y la participación política de los ciudadanos.

Balcázar inició actividades en Medellín a partir de la década de 1830. Sus impresos, algunos de los cuales publicó bajo seudónimos, se comercializaron en diferentes ciudades del país. Como hombre de letras, demostró su capacidad para analizar y discutir problemas políticos locales y nacionales, capacidad reflejada en textos como *La Constitución de libertad o Proyecto de una Nueva Forma de Asociación política* (1832). Su propuesta para los inicios del Estado de la Nueva Granada tras la disolución de la Gran Colombia consistió en una democracia representativa fundada en los principios de división tripartita del poder y en el sorteo para la elección de los populados, organismo donde se concentraría el gobierno público. Balcázar consideraba que la verdadera libertad estribaba en la justa igualdad de los derechos del pueblo, y defendió enfáticamente la separación entre Iglesia y Estado. Para ello tradujo y publicó discursos como el de la tolerancia religiosa de François Guizot, en el que se considera la libertad de cultos bajo la idea de que la razón y la libertad de pensamiento pueden articularse con aquella otra libertad: la religiosa.¹⁰ Dicha publicación chocaba con la postura de la Iglesia en Antioquia, un enemigo notablemente poderoso. Pero ello no le importó a Balcázar, quien en 1843 desarrolló una polémica con el clérigo José María Botero, sobre la cual volveremos más adelante.¹¹ Por motivos como estos, a Balcázar se le debe considerar un precursor de los liberales radicales.

Centrémonos ahora en tres facetas. Primero, la acusación y actividad de las autoridades judiciales, cuyo análisis debe considerar tanto la normativa aplicada como el arbitrio judicial, en la medida en que no se puede perder de vista el carácter ideológico existente en la figura del juez y los otros operadores de la

Ilustración 3. Hoja suelta publicada en la imprenta de Balcázar



Fuente: Un imparcial (seud.), *Juicio de imprenta* (Medellín: Imprenta Manuel Antonio Balcázar, 1835). Universidad de Antioquia, Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, Colección de periódicos y hojas sueltas, HS1/D19/f. 32

¹⁰ Manuel Antonio Balcázar (trad.), *Discurso sobre la tolerancia religiosa por Mr. Guizot* (Rionegro: Imprenta Manuel Antonio Balcázar, 1828).

¹¹ Acerca de esta polémica existe un testimonio del mismo implicado: Manuel Antonio Balcázar, *Juicio de imprenta* (Medellín: Imprenta Manuel Antonio Balcázar, 1843), Universidad de Antioquia, Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, Colección Patrimonial, documento 6 de FM/273; véase también un análisis en: Andrés Alejandro Londoño Tamayo, "Libertad de imprenta y ley penal en los orígenes del Estado colombiano (1810-1851)", en *Sangre de Ley. Justicia y violencia en la institucionalización del Estado en América Latina*, eds. Marta Irurrozqui y Miriam Galante (Madrid: Editorial Polifemo, 2011), 131-169. Un análisis de la discusión sobre libertad de imprenta protagonizada en 1835 por Botero, quien entonces se sirvió de la imprenta de Balcázar, se encuentra en: Diana Paola Herrera Arroyave, "La Revolución del cura Botero en Antioquia (Colombia). Una aproximación microhistórica a la disputa por las fuentes del derecho, 1835-1848", *Fronteras de la Historia* 17 (1) (2012): 136-166. Sirva esta nota para ejemplificar también la ausencia de estudios sobre Balcázar. (147)

Juicio de imprenta

promovido por el Señor Fiscal del
Fral. Don Joaquín Emilio Lemer
contra el editor de la "proclama de un
artessimo"

Es responsable el señor

Juan Manuel Ant. Balsarzas

Juzgado de Circuito

Escritorio 4^a.

1846

UNA APROXIMACIÓN AL VALOR DEL EXPEDIENTE ORIGINAL PARA LA HISTORIA INTELECTUAL EN ANTOCÚA: LONDOÑO TAMAYO

justicia. Segundo, el hecho delictivo y las estrategias de defensa empleadas por el inculpatado. Tercero, en la sentencia y cultura jurídica y judicial de la época para visibilizar errores, aciertos, caminos posibles de la justicia e injusticias notorias.

Joaquín Emilio Gómez, fiscal de la ciudad de Medellín, señaló en el auto cabeza de oficio del expediente judicial que había iniciado la causa “excitado por el jefe político”, el señor Mariano Ospina Rodríguez.¹² Se trataba de dos notables del gobierno conservador de la provincia de Antioquia.¹³ El fiscal señaló las máximas del texto donde encontraba invitación a la sedición y a la asonada, y la tipificación delictiva que las castigaba, el artículo 259 del Código Penal de 1837: “El que de palabra o por escrito publicare o propagare máximas o doctrinas con el objeto de excitar algún motín o asonada, o diere voz con igual objeto en sitio público de concurrencia”. El arbitrio más importante de Gómez radicaba en que al reimpresor se le debía considerar editor, única interpretación a partir de la cual podía inculpar a Manuel Antonio Balcázar, dada la inexistencia de tipificaciones para inculpar por reimpresión. El texto acusado está cargado de ideología política y religiosa.

La ley de libertad de imprenta de 1821, la cual enmarcaba el proceso, esperaba de los impresores el registro del nombre completo y lugar de residencia de los autores de cada escrito para garantizar el proceso de denuncia. Solo consideraba la inculparción de los impresores en caso de no llevar el registro. No tipificaba castigo alguno para reimpresores, tan solo para autores y editores cuyas publicaciones se dirigieran contra el orden constitucional y el gobierno, la Iglesia y la moral, la fama y el buen nombre.¹⁴

La ley de imprenta integró para este juicio el modelo procesal acusatorio con jurado, cuyos miembros determinaban el hecho y el derecho a partir de las tipificaciones de la ley. Recordemos que bajo dicho modelo, la conciencia de los jurados constituía el único fundamento del veredicto, mas no el expediente judicial (como sucede en el caso del modelo inquisitorial). La acción del juez Pascual González, titular del juzgado de circuito en el inicio del proceso,¹⁵

Ilustración 4. Portada del expediente criminal contra Balcázar por delito de imprenta (p. 146)

Fuente: Expediente criminal contra Manuel Antonio Balcázar por delito de imprenta, instruido por el Juzgado de Circuito de Medellín en 1846, AHJM, documento 16020, f. 1.

¹² Expediente criminal contra Manuel Antonio Balcázar, f. 2.

¹³ Jorge Orlando Melo, *Historia de Antioquia* (Bogotá: Suramericana, 1988), 101-117.

¹⁴ Véase el texto de la ley en *Cuerpo de Leyes de la República de Colombia. Comprende la constitución y las leyes sancionadas por el primer Congreso general en las sesiones que celebró desde el 6 de mayo hasta el 14 de octubre de 1821* (Colombia: Poder Legislativo, Bruno Espinosa-Impresión del Gobierno Jeneral, 1822), 96-108.

¹⁵ El circuito judicial estaba compuesto por la jurisdicción de la ciudad de Medellín y las de otros cantones de la gobernación de Antioquia. La carencia de jueces y letrados era notable durante el periodo, de allí que los circuitos judiciales integraran diferentes localidades. Como lo ha indicado Campuzano, los jueces letrados y los juzgados de circuito también se establecieron “para fraccionar el territorio y establecer un juez de mayor jerarquía que el local, que mediara entre él y las instancias superiores”. Rodrigo Campuzano, “Historia de las instituciones judiciales en Antioquia durante el siglo XIX” (Informe de Investigación Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad Nacional de Colombia sede Medellín, 1999), 91; Londoño Tamayo, “El juicio por Jurado...”, 61.

PROCLAMA DE UN ARTESANO.

¡COMPATRIOTAS Y CAMARADAS!

La impiedad se ha desmascarado: su lenguaje es la blasfemia: jamas su osadia habia llegado à tanto: led *La noche* y os desengañareis.

En ella se dice que los Padres Jesuitas son unos malvados: que corrompen al mundo: que gastan el dinero que cojen en la corrupcion: que sus maldades y rapiñas las cometen porque siguen el instituto del SOLDADO de la bandera colorada S. Ignacio de Loyola! qué blasfemia? unos relijiosos estimados y protegidos por el Sumo Pontífice! por la Iglesia Católica! Esto es decir que el Sumo Pontífice, que la Iglesia protege el crimen que protege à los malvados! ¡qué blasfemias . . . ! Y esto se publica en medio del católico pueblo bogotano! à vuestra vista! à vista del pueblo que siempre ha hecho callar à los impíos! ¿Qué haceis? ¿en qué pensais? . . . quereis que consiga la impiedad su triunfo en 1846 cuando no lo consiguió en 1842? ¿Quereis que se acabe la Relijion?

Desengaños. No es à los Jesuitas que se trata de destruir, es el Catolicismo . . . ! Es al Gobierno.

Mirad que no es à los Jesuitas à quienes se insulta; es à vosotros mismos, porque se insulta lo que vosotros amais y respetais En tan poco tienen vuestro valor estos malvados fracones hijos del Diablo.

¿Sufriréis que se insulte y vilipendie à un gran Santo canonizado por la Santa Iglesia? qué se blasfeme del grande Ignacio de Loyola?

Vosotros lo sabreis.

¿No es una mengua que cuatro facciosos viles à quienes tuvisteis en vuestras manos en 1842 y que jenerosamente perdonasteis; se burlen de vosotros hoi, y que os menosprecien é insulten con tanto desearo?

Se nos llama canalla fanática despreciable Es preciso amigos que les hagamos entender à estos miserables impíos que valemos mas que ellos, si es que lo han olvidado.

Estos son los enemigos de la Iglesia, del Gobierno y del Pueblo. ¿Los sufrirémos impasibles?

¡Compatriotas de la Sabana, compañeros de armas en Buenavista, Aratocha y Tescua! Con nosotros à defender la Relijion Santa atacada en sus ministros por los impíos mazonos de *La noche*! ¡Con nosotros, valientes Guantereros de Antioquia! Con nosotros à sostener al Gobierno à quien atacan estos malvados facciosos que se venden por *amigos del pais*! ¡Con nosotros, que nuestra santa causa ha de triunfar y los malvados han de sucumbir! ¡VIVA LA RELIJION! ¡Viva el Gobierno! ¡Mueran los impíos perturbadores del orden y enemigos de las buenas costumbres!

¡¡¡ABAJO LOS NOCHEROS!!!

(150)

Cuartel jeneral en la sociedad de la Lanza, Febrero 10 de 1846.

El Jeneral Zapatero.

Bogotá, impr. por José Ayarza.

Medellin: Reimpresa por Manuel Antonio Balcázar.

consistió en llamar al jurado de calificación y responder las solicitudes del inculcado. El juez no consideró la complejidad del caso ni el posible error en la tesis del fiscal, sino que procedió rápidamente a formar el jurado de acusación. Además, sancionó que “había lugar a causa” contra Manuel Antonio Balcázar por la publicación del texto *Proclama de un artesano* (1846). El panel fue compuesto por hombres notables de la ciudad, algunos cercanos al jefe de gobierno y a las autoridades judiciales: Manuel J. Tirado, Joaquín Sañudo, Juan Lalinde, Francisco Piedrahíta, Juan Bautista Vásquez, Sebastián Amador, José María Uribe Restrepo. Este no es un hecho de poco valor porque, de acuerdo con la ley, la participación en el jurado estaba reducida y atribuida a quienes cumplieran los requisitos de poseer medios económicos y alfabetización, además de ser hombres. La participación de ciudadanos pertenecientes a sectores populares en tal modelo era reducida, lo que indudablemente afectaba a personajes como Balcázar, defensor de los derechos de aquellos sectores.

El curso autorizado por el juez enfrentaba a Balcázar con un delito de prevaricación, en tanto las disposiciones de la ley de imprenta no tipificaban la reimpresión como delito. El juez rechazó los argumentos de defensa de Balcázar sobre la falta de fundamento para considerar editor a un reimpresor:

No es de este lugar averiguar si el que mandó hacer la reimpresión puede en razón llamarse o no editor, basta saber que se ha determinado [por el jurado] que debe seguirse juicio, para que se infiera por consecuencia previa que se ha cometido un delito i que este debe tener algún autor.¹⁶

El juez consideraba que, pese a que no existía una disposición del Código Penal de 1837 ni de la ley de imprenta de 1821 para castigar a los reimpresores, ello no implicaba que todas las reimpresiones debieran ser permitidas. Tal fue el punto central en la determinación del arbitrio del juez Pascual González.

El juez rechazó los recursos interpuestos por Balcázar y continuó con el llamado del segundo jurado, mostrando rigor en su conformación. Envío solicitudes en busca de los ciudadanos que se encontra-

Ilustración 5. Texto que motivó el proceso, conservado en el expediente criminal

¹⁶ Expediente criminal contra Manuel Antonio Balcázar, ff. 7-9.

¹⁷ Expediente criminal contra Manuel Antonio Balcázar, f. 46.

ban fuera de Medellín, rechazó excusas inocuas de quienes querían evitar la participación y varió los paneles conforme a las solicitudes de recusación presentadas por Balcázar. Conformaron el segundo jurado Rafael Piedrahíta, Federico Escobar, Carlos Gaviria, Ricardo Posada, José Manuel Restrepo Escobar, Jorge Gutiérrez de Lara y Tomás Uribe; fue suplente Tomás Trujillo. Los miembros de dicho jurado indicaron: “culpable del quebrantamiento del artículo 259 del Código penal y en primer grado del impreso titulado *Proclama de un artesano*”.¹⁷ El jurado, ciudadanos en representación de la sociedad, aceptó el artículo polémico dispuesto por el fiscal y el juez al inicio del proceso. Este último, por su parte, estableció la siguiente sentencia: “La ley condena a una multa pecuniaria de sesenta pesos y el pago de las costas procesales”, lo cual dejó de lado la condena de arresto de dos meses que pudo haber sido impuesta al impresor.

La perspectiva del inculpatado puede sintetizarse de la siguiente forma. El juez le notificó el primer veredicto del jurado y le solicitó los datos del autor del texto. Balcázar contestó en un recurso que no los “anotó”, porque no lo consideró necesario, en tanto reimprimía un documento que circulaba en Bogotá sin sanción. El juez desatendió este argumento y continuó el juicio. El inculpatado presentó un segundo recurso que, tras analizar la ley de libertad de imprenta y las prácticas seguidas en los juzgados, demostró el error cometido al considerar editor a un reimpressor. Enfatizó que la ley no castigaba a quien reimprimiera un documento, salvo el caso del art. 599 del Código Penal, que tipificaba delito por reimpresión de textos prohibidos anteriormente. Resaltó que la ley de libertad de imprenta solo establecía como responsables al autor o al editor, quienes debían dejar el original firmado al impresor. Manifestó que su juicio se trataba de una causa política, pues el gobierno conservador provincial había querido mostrar su poder y capacidad de castigo contra aquellos que se opusieran a su ideario de estabilidad y control social. El argumento final que expuso el impresor, y en el

que refleja su notable cultura jurídica y política, fue la solicitud de traslado de la causa a Bogotá para que se requiriera al primer impresor del documento la información de su autor y se desarrollara el proceso judicial conforme a la legislación. Anexamos íntegro este último argumento no solo por su valor para entender la cultura política, jurídica y judicial sobre la imprenta, sino para dar cuenta del significado y la dinámica de los juicios criminales en el siglo XIX, cuando los autores apelaban a la opinión pública para buscar su vindicación social.

Política, religión y censura

El proceso contra Manuel Antonio Balcázar fue seguido en 1846, cuando la legislación orgánica de tribunales permitía a las autoridades ejecutivas (gobernador) elegir tanto a jueces como a fiscales y revisar sus resoluciones en algunas tipificaciones en condición de instancia administrativa. Este proceso en particular refleja un uso político de la justicia por el gobierno de la provincia de Antioquia. El entonces gobernador, Mariano Ospina Rodríguez, figura prominente del conservatismo nacional, dirigía una red política integrada por familias notables de la provincia,¹⁸ red en la que sobresalen los Gómez y los Barrientos por su presencia en el poder ejecutivo municipal y en el judicial durante la década de 1830. Dicha red fue apoyada por Juan de Dios Aranzazu González. El proyecto político de Ospina tras la derrota de los liberales en la Guerra de los Supremos (1840-1842) reforzaba el ideario conservador: hizo más excluyente la participación ciudadana, ejerció mayor control sobre las libertades individuales y sociales y mostró suma protección a la Iglesia. Por ello la publicación de *Proclama de un artesano*—texto donde se plasmaron críticas a la Iglesia y al gobierno central y se llamó al motín, aunque para proteger a la Iglesia misma— fue considerada criminal por las autoridades. Se trataba de un texto contrario a la formación del tipo de ciudadano que se estaba perfilando en Antioquia, estimado por su propiedad, moral, laboriosidad y respeto por la Iglesia y el Gobierno. Para el gober-

¹⁸ Melo, *Historia...*

nador, la ideología y las publicaciones liberales de Balcázar ya no tenían cabida como en la década de 1830, cuando el impresor era apoyado por el sector liberal santanderista. Ospina, quien había compartido con Manuel Antonio Balcázar un espacio en la prensa política en los inicios de 1830 por medio de *El Constitucional Antioqueño*, conocía las relaciones y las perspectivas ideológicas de Balcázar, dirigidas en 1840 hacia la democracia política, el federalismo, la participación política y la crítica al centralismo.

La acusación formulada por el fiscal Joaquín Emilio Gómez y aceptada por el juez Pascual González —la de considerar como editor a un reimpresor— era opuesta a la legislación. Otras autoridades la habrían desestimado: el texto fue publicado bajo el seudónimo de Jeneral Zapatero en la ciudad de Bogotá por el impresor José Ayarza. El procedimiento debió tener lugar en un juzgado criminal de Bogotá, no en uno de Medellín. El debate jurídico y judicial sostenido por Manuel Antonio Balcázar remarcó la inexistencia de una tipificación legal para incriminar a un reimpresor. Sin embargo, el juez aceptaba que en la acción de reimprimir también podía existir una acción delictiva, aunque no existiera una tipificación legal previa y con esto se rebasaran los principios del nuevo modelo constitucional y procesal republicano.

El resultado del juicio de imprenta contra Balcázar fue polémico y erróneo si se consideran los procedimientos judiciales del periodo, como las decisiones de la Corte Suprema de Justicia y de los Tribunales de Distrito. En el marco de las prácticas de la ley de libertad de imprenta, según indica la documentación de la época, tuvieron lugar delitos no previstos cometidos por autores. Estos, con la finalidad de no verse incriminados, entregaron nombres y direcciones falsas o pagaron a terceros por sus firmas y direcciones. Por ejemplo, José Azuero denunció un texto titulado *Al público no prevalece la impostura*, firmado por Unos Veleños. Cuando las autoridades le consultaron al impresor el nombre del autor, encontraron a Antonio García, uno de los mendigos más conocidos y despreciables de la ciudad, si hacemos caso al denun-

ciante. Según José María Samper, dichas prácticas de los escritores para guardar su anonimato fueron habituales y respondieron a las tensiones políticas del periodo.¹⁹

Las autoridades no pudieron hacer nada frente a tales prácticas delictivas ni tampoco ante las reimpressiones publicadas que transgredían los principios y los límites de lo permitido por la ley. Manuel Antonio Balcázar conocía y practicaba dichas acciones delictivas por su desacuerdo con el constreñimiento de las libertades y derechos de la ley de imprenta de 1821. Si con ella se había eliminado la “censura previa”, la posterior ley contrariaba la libertad de expresión e imprenta en tanto reprimía las críticas al Gobierno, a la Iglesia y a la moral. Antes del juicio por la *Proclama...* de 1846, el impresor había publicado una disputa con el clérigo José María Botero, por la que fue incriminado como autor, a falta de la persona de quien entregó los datos cuando fueron requeridos. El jurado lo condenó y el juez estableció dos meses de cárcel pública y costas. Ante ello, la respuesta de Balcázar fue:

O jurados! con el fallo de vuestro leal saber y entender quizá pretendisteis retrotraernos a los tiempos anteriores a la prensa, dándole un golpe a esta, y que nuestras costumbres volvieran a ser tan bárbaras como lo son las que dimanar de la ignorancia.²⁰

Las prácticas de la libertad de imprenta indican que jueces y jurados podían cometer errores u omisiones, y que si bien los tribunales superiores realizaron intervenciones correctivas sobre estos, no lo hicieron sobre el veredicto. Así ocurrió en el expediente entre Casimiro Calvo y el clérigo José Antonio Pérez, quien en condición de incriminado denunció que el juez había permitido del jurado de acusación un mandato diferente a lo estipulado en la ley: la verificación de la identidad del denunciante, Casimiro Calvo. La ley indicaba que dicho jurado solo podía declarar “haber lugar a causa”. La apelación fue aceptada por las autoridades judiciales, las cuales no eran precisamente cercanas al ideario del clérigo venezolano.²¹ Con este antecedente, no es claro por qué las autoridades medellinenses desestimaron la petición de

¹⁹ José María Samper, *Historia de un alma. De 1834 a 1881* (Bogotá: Biblioteca popular de Cultura Colombiana, Editorial Kelly, 1946), 119.

²⁰ Balcázar, *Juicio...*

²¹ Proceso criminal de Casimiro Calvo (editor de la *Gazeta de Colombia*) contra José Antonio Pérez (presbítero y representante a la Cámara) por el delito de libelo infamatorio, 1825. Archivo General de la Nación, Bogotá, Sección Republica. Fondos Asuntos Criminales. Juicios de imprenta, ff. 1-10.

Balcázar para el cambio de jurisdicción a Bogotá para iniciar el procedimiento contra el verdadero autor de la *Proclama de un artesano*.

Como se puede apreciar, el caso de Balcázar tratado en este capítulo sirve de ejemplo para insistir en la importancia que reviste una fuente documental nutrida de discursos jurídicos, políticos, sociales y judiciales para la historia intelectual. El expediente criminal refiere ideas y prácticas que la sociedad forjó en el foro público. Se trata de una fuente que refleja prácticas y dinámicas de la justicia: la aplicación de la legislación por las autoridades judiciales, el pensamiento y el carácter de algunos personajes notables, el uso de estrategias promovidas por defensores o acusados y las representaciones ciudadanas sobre la justicia y el castigo. De ahí que el abordaje del expediente judicial a partir de una metodología centrada en las dinámicas de acción de las autoridades y la interacción social permita una notable comprensión de discursividades y prácticas de la justicia en el marco de forjación del Estado colombiano. Más concretamente, los procesos judiciales contra los impresores son importantes para entender las disputas entre el mundo editorial y el poder político y el religioso; son la prueba de que la autonomía intelectual a mediados del siglo XIX podía ser coartada por la administración y las élites regionales.

Ilustración 6. Manuel Antonio Balcázar. “A la Opinión Soberana”. (Medellín: Imprenta Manuel Antonio Balcázar, 1846). Universidad de Antioquia, Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, Colección de Periódicos, Signatura HS2/D144/F163.

ES la opinion pública el tribunal supremo: el público, el jurado cuya decision es mas digna de respeto. Si por un momento se logra fascinarlo, entrando luego en la calma de la meditacion, tributa el homenaje debido à la justicia. Jamas LA OPINION absuelve al criminal, por mas que la justicia doblegándose lo absuelva; jamas la opinion condena al inocente. Sometido à juicio por no haber presentado la firma de quien me mandara reimprimir un papel que se ha creido alarmante por sedicioso, recurro al tribunal supremo de la opinion, sometiedole gustoso mi causa i mi defensa, para que sentencie inesorablemente. Cuando se me presentó el impreso para que lo reimprimiera, dije yo que por la reimpresion no habia responsabilidad; de esto estoi convencido; mas si hubiera incurrido en un error, estoi pronto à someterme con lealtad à todas las consecuencias. Los fundamentos de mi convencimiento están consignados en un escrito que he presentado al Señor Juez de la causa, i que publico para que decida la opinion.

SEÑOR JUEZ LETRADO DEL CIRCUITO.

Mañe A. Balczar ante U. respetuosamente digo: que habiendo declarado el tribunal de jurados haber lugar à la formacion de causa contra un impreso titulado «Proclama de un artesano» que fué reimpreso en esta ciudad, U. me ha cesijido que presente la firma del autor ó editor, i por no haberlo hecho me ha declarado sometido à responder ante el jurado de calificacion. Casi estaba resuelto Señor Juez à presentarme ante los jueces de hecho, i defender allí enérgicamente mi inocencia; pero reflexionando con mas detencion, que los jurados no pueden conocer ni decidir sino sobre la materia del libelo acusado i solamente sobre este hecho; pero no sobre la materia de mi defensa, que es puramente de derecho, porque consiste en la intelijencia de la lei que no se ha aplicado testualmente declarándome U. sujeto à una responsabilidad que ella no me impone, me veo en la necesidad de reclamar ante U. mismo el remedio de esta injusticia.

En efecto Sor. Juez: el jurado de acusacion no ha podido ni debido declarar otra cosa, sino que ha lugar à la formacion de causa contra el impreso; pero no ha podido declarar, ni ha declarado en realidad que responda à la acusacion esta ó aquella persona, que responda el autor ó editor, ni mucho menos que responda à la acusacion el impresor que lo reimprimió. El encontrarme yo sometido hoy à la acusacion, no es obra de los jueces de hecho: es decision esclusiva del juez ordinario que aplicando el derecho escrito en la L. 3ª P. 3ª T. 2ª R.G. ha decidido que yo me encuentro comprendido en el caso 1º del artículo 16. El jurado de calificacion nada podrá resolver à circa del derecho, i no pudiendo hacer otra cosa que decidir si en las palabras escritas en aquel papel se ha infringido algun artículo del código penal, no podrá en manera ninguna ocuparse de la cuestion de la injusticia cometida sujetandome à la responsabilidad. Es innegable por tanto que à los jueces ordinarios toca dirimir este punto de derecho; i una vez establecido el principio, paso à manifestar por qué es ilegal é injusta la resolucion del Sor. Juez; i por que lleno de razon i con el respeto debido, solicito que la emiende, precaviendo con prudencia males que despues no podría remediar.

Es injusta la resolucion del Sor. Juez Letrado del Circuito, por que la lei no declara responsable al impresor que no presenta firma del que le mandó reimprimir un papel que impreso habia visto la luz pública. Para persuadirse de la verdad de lo que afirmo basta leer con imparcialidad i con recto criterio el mismo inciso 1º del art. 16 que dejo citado. Son responsables del abuso de la libertad de imprenta EL AUTOR O EDITOR que al efecto deben dejar su firma en el ORIGINAL; i el impresor es responsable cuando requerido legalmente para presentar EL ORIGINAL FIRMADO POR EL AUTOR O EDITOR no lo hiciere. He aquí Sor. apuntables ya mis fundamentos. ¿El que manda reimprimir un papel es autor ó editor? ¿El que manda reimprimir un papel está obligado à dejar su firma en el orijinal? ¿El impresor à quien se manda reimprimir un impreso tiene obligacion de cesijir que se le deje firmado el orijinal? ¿I puede el que lo manda reimprimir, presentar aunque quisiera el orijinal firmado para dejarlo en la imprenta? ¿I puede el impresor que reimprime tener en su poder ni presentar jamas el orijinal firmado por el autor ó por el editor? Hé aquí Sor. Juez varias cuestiones, cuya resolucion forzosamente negativa, es la prueba de mi proposicion.

Es en el orijinal adonde debe quedar la firma de responsabilidad; esto es lo que justa i clarisimamente dispone la lei. Con justicia lo dispone así, por que el responsable del delito de abuso de libertad de imprenta es el que dà à luz pública una composicion que contiene pensamientos reprobados por la lei; i supuesto que clarisimamente lo determina, nadie puede interpretarla con estension para comprender cosas que ella no comprende. Un impreso que ha circulado ya, no es el orijinal. Si esto necesitara de probarse, lo probaria con autoridades tan irrecusables como son los diccionarios de Valbuena, de la academia española, de Salvá, de Taboada etc. etc. El orijinal de un escrito es la primera escritura, invencion ó composicion, luego no siendo un papel que se dà para reimprimir el orijinal, no está sometido por el testo de la lei à quedar en la imprenta con la firma del que lo manda reimprimir; luego la lei no sujeta à responsabilidad, sino el orijinal de la impresion primera; luego en la reimpresion no hai responsabilidad; luego el impresor no está obligado à cesijir que el que manda reimprimir, le deje su firma en un papel que no es el ORIJINAL.

¿I cómo podría cesijirle que dejase su firma, cuando ademas de no ser el orijinal un impreso que ya ha circulado, tampoco es AUTOR NI EDITOR el que lo manda reimprimir? Autor segun las autoridades arriba producidas, i segun el clarisimo sentido de la palabra es, el que enjendra la cosa, el que la hace, el que la produce; i un reimpresor nada de esto hace: en materias literarias autor es el que inventa i escribe; i uno que manda reimprimir nada escribe i nada inventa. Si un reimpresor fuera autor, ¿cuán facilmente me cubriria yo de gloria eterna, reimprimiendo las obras de Homero i de Virjilio, para ser el autor de la Iliada i de la Eneida! Tampoco es EDITOR un reimpresor. Quizá por no entender el idioma castellano, ha pensado alguno que ser editor es llevar à la imprenta un papel publicado ó no publicado. No Sor.: la palabra editor, viene del verbo latino *edere* que significa *echar afuera, sacar à luz*. Se echa afuera una cosa que estaba escondida, se saca à luz una cosa que estaba en la oscuridad; pero no se echa afuera ni se saca à la luz, lo que está en medio de la plaza à la mitad del dia: no se publica lo que ya está publicado: nada echa afuera, nada saca à luz el que reimprime un papel, que ha estado en manos de todo el mundo i que todos han visto i leído. Inéditas se llaman las obras que todavia no han sido impresas; luego *edere operam*, es sacar à luz, echar afuera por la primera vez la obra de un autor; i esto es lo que en castellano se llama editor. El verbo *EDERE* tiene la acepcion de *parir*; i esto prueba claramente que su accion es la de dar à luz por la vez primera; luego un reimpresor que no dà à luz por la vez primera un escrito, no es EDITOR.

Recta es por tanto la siguiente consecuencia: si un impreso que se dá para reimprimir NO ES EL ORIGINAL: si el que manda reimprimirlo, no es AUTOR NI EDITOR: si la lei ordena que sean responsables el autor ó editor, i que al efecto dejen el orijinal firmado al impresor: si en una impresion no hai orijinal ni autor ó editor; es evidente que en el caso de reimpression, la lei no sujeta à responsabilidad al que manda reimprimir, ni ordena una cosa que sería imposible, à saber: que deje este su firma en el orijinal en poder del impresor. Si la lei dispone que el impresor sea responsable cuando requerido legalmente para presentar la firma del autor ó editor no lo hiciere: si, como está probado, en el caso de reimpression, no dispone la lei que se deje esa firma, ni hai autor ni editor que la pongan; ni orijinal en que escribirla; es evidente que un impresor NUNCA ES LEGALMENTE REQUERIDO cuando reimprime PARA QUE PRESENTE EL ORIGINAL FIRMADO POR EL AUTOR O EDITOR (inciso 1º, art. 16. Lei 3ª P. 3ª T. 2º, R.G.). Luego el impresor que reimprime, no es responsable si no presentare ese orijinal firmado; luego es notoriamente injusta i contraria à la lei espresa i terminante, la resolusion de U. que me ha sometido à ser juzgado.

¿I quién creyera Sor. Juez que para hacer mi defensa en esta materia, para esonerarme del titulo de criminal i de todas las molestias de un juicio, i para libertarme en fin de una pena que no he merecido, me fuera indispensable recurrir à los últimos arbitrios, cuando sin necesidad de investigar mi inocencia en las leyes de que he tratado, ella se manifiesta, clara i sencilla en una lei espresa i terminante? Yo he trabajado Sor. para probar que reimprimiendo el papel que está acusado, ni cometió delito el que lo mandó reimprimir, ni yo lo he cometido. ¿I qué otra cosa es lo que se encuentra sancionado en el art. 599 de la L. 1ª P. 4ª T. 2ª. R. G. El que reimprima dice este art., un impreso sabiendo que está mandado recoger por la autoridad competente, además de las penas en que ha incurrido el autor ó editor pagará el valor de 500 ejemplares etc. Hé aqui, pues, Sor., dos importantísimas observaciones: la 1ª, que la lei misma establece la distincion perfecta entre reimpresor, autor i editor, justificando así mis principios; i la 2ª, que el reimpresor no comete delito, sino cuando reimprime un impreso que estaba mandado recoger por la autoridad; pero la proclama del artesano, no estaba mandada recoger por la autoridad; luego no se ha cometido delito reimprimiéndola. Si hai lójica que discorra i que deduzca consecuencias de otro modo, no es la lójica de la RAZON, no es la lójica de la VERDAD.

Yo sé muy bien, Sor. Juez, que muchos de los mismos que desearian verme condenado, estan profundamente convencidos de la fuerza irresistible de estos argumentos; empero la proclama; dicea ellos, es un papel alarmante, concita à la sedicion: es necesario un ejemplar: el órden público no debe ser turbado impunemente: se necesita de un castigo muy severo. ¿Mas por qué tanta festinacion? ¿Por qué no reflexionan, que procurando que se descargue la lei sobre mi que soi inocente, perjudican sobre manera la causa del órden i de la justicia, dejando sin castigo al criminal, i escitando forzosamente en favor mio la benevolencia jeneral i la persuasion de injusticia contra la lei, à quien ofrecen por victima à mi que no la he violado? Aparten la venda que les cubre los ojos: cesamen las cosas à la luz de la imparcialidad, consideren por un momento que la responsabilidad de un impresor ES PURAMENTE SUBSIDIARIA; i reflexionando sobre esto, descubrirán muy pronto el blanco adonde deben dirigirse los tiros de la justicia. El jurado de acusacion ha declarado que ha lugar à la formacion de causa contra el impreso titulado «Proclama de un artesano»: busca el juez EL ORIGINAL FIRMADO POR EL AUTOR O EDITOR, para averiguar quien es el delincuente: me lo pide, pero no lo tengo ni puedo tenerlo. Hai un delito conocido ya, i el delincuente se sabe adonde existe. En Bogotá está el impresor que debe presentar el orijinal firmado por el autor ó por el editor. Es por tanto el caso terminante del art. 551 de la L. 1ª P. 4ª T. 2ª. R.G.: toca à otra jurisdiccion el juzgamiento del delincuente: cúmplase con lo que previene dicho art.; i logrando por ese medio que sea juzgado i que sufra la pena el delincuente verdadero, la lei, la justicia, la venganza pública quedarán rectamente satisfechas.

Por tanto à U. Sor. Juez respetuosamente pido, declare no estar comprendido yo en el inciso 1º. del art. 16 de la L. 3ª P. 3ª T. 2ª. R.G., i ordenar en consecuencia que se me levante la caucion que tengo dada, i que se sobresea en mi juzgamiento. Es justicia etc.

Manuel Antonio Balcázar.

Índice analítico

A

administración de justicia 139, 140
afinidad(es) electiva(s) 10, 54, 56, 57, 62, 63, 64, 70, 71
arbitrio judicial 147
archivo(s) 11, 12, 13, 22, 23, 26, 36, 37, 38, 39, 54, 88, 89, 90, 91, 110, 118, 128, 131, 132, 145, 146
 epistolar 11, 36
 familiares 110
 histórico-judiciales 145
 Personal 11, 12, 13, 37, 38, 39, 40, 88, 111, 118, 129, 134
 regionales 12
arco 68
autobiografía 11, 74, 95, 97, 122, 127
autonomía intelectual 35

B

biografía(s) 8, 15, 26
 intelectual 11, 37, 53, 73, 79, 80, 81, 83, 85, 92, 93, 94, 97, 101, 102, 103, 109, 112, 118, 119, 122, 127

C

campo
 de poder 34, 35, 61
 intelectual 31, 34, 35, 36, 41
 literario 15, 28, 34
carta(s) 10, 11, 12, 31, 33, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 46, 47, 89, 90, 91, 94, 103, 122, 127, 129, 130, 131
censura 12, 26, 27, 98, 140, 153, 155
Código penal 151, 152
comunidad(es) 64, 84, 94, 104, 112, 115, 117, 121
 imaginada(s) 11, 104, 117
correspondencia(s) 22, 32, 33, 36, 37, 38, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 81, 89, 134
 crítica literaria 25, 26, 27, 48, 81, 88
cultura jurídica 11, 12, 149, 153

D

delito de imprenta 139, 149
derecho 140, 141
 penal 12
diario(s) 10, 126, 128, 129, 131, 132, 133

E

editor(es) 8, 10, 12, 21, 25, 27, 38, 46, 47, 51, 68, 81, 98, 108, 127, 130, 146, 149, 151, 152, 154
 impresores 27
 libreros 27

élite(s) 58, 59, 66, 110, 118, 123, 124, 125, 126, 139, 156
epistolario(s) 8, 27, 31, 36, 37, 40, 41, 42, 46, 47, 129, 130, 131
escritor profesional 27
etnografía 40
expediente(s) 139, 140, 141, 142, 144
 criminal 8, 12, 139, 140, 141, 144, 147, 149, 156
 judicial 140, 142, 149, 156

F

familia(s) 27, 54, 59, 61, 62, 63, 71, 84, 104, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 123, 129
filosofía 8, 12, 17, 53, 69, 73, 74, 75, 78, 80, 85, 86, 88, 92, 95

G

Goethezeit 78

H

hemeroteca(s) 37, 88, 128, 132
historia 7, 13, 36, 46
 de América Latina 130
 filosofía de la 11, 75, 76, 78
 filosofía ilustrada de la 73, 74
 ideas, de las 7, 124
 intelectual 7, 8, 9, 13, 15, 16, 17, 31, 38, 41, 46, 51, 53, 54, 83, 85, 97, 98, 104, 108, 118, 119, 121, 122, 123, 124, 128, 130, 139, 131, 140, 146, 156
historiografía 19
 latinoamericana 19

I

imprentas 27
impresores 27
institución de la literatura 15, 16, 28
intelectuales 21
 de izquierda 53
 del compromiso 68
 responsable 51
 transeúnte 11, 12, 133
invención 11, 101, 103, 104, 114, 115
itinerario(s) intelectual(es) 55, 133

L

legitimación 15, 27, 35, 36, 129
libertad de imprenta 12, 147, 149, 152, 154, 155
librero(s) 66, 129, 131, 132

M

macrosociología 121
masas 74, 76, 77, 87, 96, 135

mediador cultural 33, 36
memoria(s) 11, 20, 22, 60, 61, 65, 67, 93, 103, 110, 111, 112, 116, 122, 127, 130
microsociología 33
modelo acusatorio 141, 142

N

nadaísmo 65, 69
nadaísta(s) 66, 69, 132

O

opinión pública 12, 86, 87, 140, 146, 153

P

Poder Judicial 12, 139
prensa 21, 27, 61, 106, 124, 128, 130, 131, 133, 154
Primera Guerra Mundial 74, 75, 79
progreso indefinido 11, 74, 75
prosopografía 10, 15, 18, 24, 26, 27, 29

R

redes 11, 33, 47
 epistolares 10, 31, 37
 intelectuales 8, 36, 66, 108, 109, 130

S

sociabilidad(es) 10, 11, 12, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 23, 24, 25, 27, 28, 29, 33, 55, 57, 59, 60, 63, 64, 67, 70, 71, 75, 80, 113, 114, 133, 134, 136
sociedad(es) literaria(s) 16, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28
sociología 15, 17, 53, 68, 83, 109, 117, 121, 122, 123, 126, 130, 132
 de la cultura 8, 54, 135
 de los intelectuales 123, 124

Índice onomástico

A

Adorno, Theodor W. 73, 75, 78, 98, 134
Aguirre, Alberto 59, 66
Agulhon, Maurice 15, 17, 18, 19, 23
Alegria, Fernando 32
Alpha (revista) 20
Altamirano, Carlos 21, 53, 86, 122, 124, 130, 132
Alzate Avendaño, Gilberto 32
Anderson, Benedict 104, 115
Ángel Montoya, Alberto 60
Arango, Gonzalo 65, 69, 70
Araquistáin, Luis 106, 134
Archila Neira, Mauricio 52, 68
Arciniegas, Germán 32, 38, 47, 134
Arrubla, Mario 8, 10, 11, 51, 52, 53, 54, 55, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 66, 67, 68, 69, 70, 71
Asturias, Miguel Ángel 32, 47

B

Babel (revista) 130, 135
Balcázar, Manuel Antonio 12, 139, 142, 146, 147, 149, 151, 152, 153, 154, 155, 156
Barba Jacob, Porfirio 60
Benjamin, Walter 75, 77, 78, 121, 135
Betancur, Cayetano 32
Biblioteca Ayacucho 49, 126
Biblioteca del Congreso de la Nación 128
Blanco, Alejandro 132
Borges, Jorge Luis 36, 47, 91, 99, 131
Botero, Fernando 59, 67
Botero, José María 147, 155
Bourdieu, Pierre 28, 34, 35, 36, 46, 55

C

Caballero Calderón, Eduardo 32, 47
Camus, Albert 66, 68, 69
Caras y Caretas (revista) 130, 131
Caro, Miguel Antonio 23, 123, 134
(160) Carrasquilla, Tomás 20, 123
Casey, James 104, 115, 117
Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI) 131
Cerezo Galán, Pedro 32
Chang-Rodríguez, Raquel 32
Cobo Borda, Juan Gustavo 32, 38, 40, 126, 127
Collazos, Óscar 32

Collins, Randall 32, 33, 47
Comte, August 78, 122
Condorcet, Nicolas 74, 77
Coser, Lewis A. 17, 25, 26, 123
Cosse, Isabella 132
Crisis (periódico) 57, 67, 68, 69
Cromos (revista) 66
Cunninghame Graham, Robert Bontine 134

D

Darío, Rubén 99, 122, 129
Darnton, Robert 21, 26
Donzelot, Jacques 104, 109, 114
Dosse, François 55, 79, 80, 97, 101, 102, 121
Droysen, Johann Gustav 90, 93, 94, 112
Dubois, Jacques 15, 22, 28
Durkheim, Émile 83, 117, 122

E

El capital (C. Marx) 51
El Casino Literario (soc. literaria) 23
El Colombiano (periódico) 61, 66, 67
El Espectador (periódico) 124
El hombre rebelde (A. Camus) 68
Elias, Norbert 123
El Montañés (revista) 20
El Mundo (periódico) 66
El Oleaje (revista) 20
El Oleaje (soc. literaria) 23
El Repertorio (revista) 20
El Tiempo (periódico) 127, 129, 132, 145
Escuela de Chicago 121
Escuela de Frankfurt 121, 123
Estrategia (revista) 8, 10, 52, 53, 57, 62, 71

F

Frank, Waldo 106, 131
Freud, Sigmund 66, 73, 76, 78
Fromm, Erich 74, 76
Furet, François 19

G

García Monge, Joaquín 106, 136
Garrigues, Emilio 32
Glusberg, Samuel 130, 131, 134, 136
Goethe, Johann Wolfgang 56, 74, 76, 77, 91, 95
Gómez, Joaquín Emilio 149, 154
Gómez, Laureano 65, 124, 125, 136
Gómez Valderrama, Pedro 32
Goytisoló, hermanos 32

Granados, Aimer 130
Greiff, León de 60
Guerra, François-Xavier 15, 19, 21, 24, 26
Gutiérrez de Pineda, Virginia 63, 64, 113, 115
Gutiérrez Girardot, Rafael 9, 10, 11, 22, 23, 31-49, 53, 73-99, 102, 123, 124, 126
Gutiérrez González, Gregorio 60

H

Halperin Donghi, Tulio 122
Hispania (revista) 7, 105, 108, 133, 135
Historia Caribe (revista) 19
Hobsbawm, Eric 104, 115
Hoyos, Bernardo 67

K

Koselleck, Reinhart 75, 109

L

La Bohemia Alegre (revista) 20
La Bohemia Alegre (soc. literaria) 23
La Calle (periódico) 69
Lacouture, Jean 77, 97
Laín Entralgo, Pedro 32
La infancia legendaria de Ramiro Cruz (M. Arrubla) 11, 58
La Miscelánea (revista) 20
La Nación (periódico) 7, 108, 126, 127, 128, 130, 131, 132
Las palabras (J. P. Sartre) 62
La Tertulia Literaria 23
La Vida Literaria 130, 134, 135
Lectura y Arte (revista) 20
Les Temps Modernes (revista) 8, 66
Letras Universitarias (revista) 57, 65, 67, 69
Loaiza Cano, Gilberto 23, 101, 102, 110
López, Luis Carlos 60
López Pumarejo, Alfonso 65, 117, 124, 125
Löwenthal, Leo 73, 78
Löwy, Michael 56, 57

M

Mallea, Eduardo 32, 39, 47, 49
Mannheim, Karl 83, 88, 135
Mann, Thomas 64, 82
Marías, Julián 32
Mariátegui, José Carlos 106, 107, 126, 130, 131
Marichal, Carlos 130
Marx, Karl 65, 77, 78, 122, 126, 127

Maya, Rafael 60, 82
 Mejía, Epifanio 60
 Mejía Vallejo, Manuel 67
 Mills, Charles Wright 22, 128
 Mistral, Gabriela 106, 136
 Molina, Gerardo 59
 Montoya, Ramiro 60, 63, 65, 67, 68, 69, 70
 Morales Benítez, Otto 32, 47, 129
 Moreno, Delimiro 60, 63, 68
 Moreno-Durán, R. H. 32, 39, 43, 47, 49, 81
 Morris, William 134
 Müller-Bergh, Klaus 32
 Murena, Héctor A. 32, 39, 47

N

Nabuco, Joaquim 122
 Neruda, Pablo 98, 135, 136
 Nosotros (revista) 108, 130, 131

O

Ocampo, Victoria 75, 131

P

Pacheco, José Emilio 32
 Palmer Thompson, Edward 19
 Partido de la Revolución Socialista 52, 71
 Pérez Triana, Santiago 133, 134, 135
 Pineda, Roberto 59, 64
 Pita González, Alexandra 130
 Pitol, Sergio 32
 Pombo, Rafael 60
 Premio Lenin de la Paz 106, 135
 Prismas (revista) 130

R

Rama, Ángel 31, 39, 44, 46, 47, 49, 126
 Rama, Carlos 32
 Ramos Resquejo, Ramón 113
 Repertorio Americano (revista) 136
 Revista Babel 106
 Revista Contemporánea 107
 Reyes, Alfonso 41, 49
 Reyes, Rafael 133
 Ricœur, Paul 80, 102, 103, 104, 106, 110, 111, 112
 Riera, Carme 32
 Riera, Miguel 32
 Rojas Pinilla, Gustavo 68, 70, 132, 135
 Romero, José Luis 32, 47, 91, 123, 124
 Romero, Luis Alberto 32, 91
 Rosales, Luis 32
 Ruffinelli, Jorge 32

S

Sábato, Hilda 19, 21
 Sánchez, Luis Alberto 32
 Sanín Cano, Baldomero 8, 11, 12, 20, 54, 101-119, 121-137
 Santo Tomás de Aquino (soc. literaria) 23
 Sarlo, Beatriz 56
 Sartre, Jean-Paul 8, 51, 62, 66, 68, 69, 80, 86
 Silva, José Asunción 20, 60, 99, 107
 Simmel, Georg 82, 83, 84, 85, 121
 Skinner, Quentin 42, 109
 Sobejano, Gonzalo 32
 Sociedad Científica Literaria del Colegio del Rosario (soc. literaria) 23
 Sosnowski, Saúl 32
 Sur (revista) 130, 131

T

Tarcus, Horacio 55, 130, 131
 Tertulia el Mosaico (soc. literaria) 23

U

Universidad de Antioquia 37, 59, 61, 64, 65, 124, 125
 Universidad Nacional de Colombia 37, 73, 88, 101

V

Valencia, Guillermo 60, 107
 Valente, José Ángel 32, 38
 Vargas Vila, José María 20
 Vargas, Virgilio 68
 Viala, Alain 26

W

Wallerstein, Immanuel 123
 Weber, Max 9, 56, 88, 117, 122
 Williams, Raymond 55, 56, 68

Z

Zola, Émile 86, 107, 136
 Zuleta Álvarez, Enrique 32, 38, 39
 Zuleta, Estanislao 8, 10, 51, 52, 53, 54, 55, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 66, 67, 68, 69, 70, 71
 Zweig, Stefan 73, 74, 75

Universidad de Antioquia, Medellín, 2021

